

Del autor del bestseller internacional *La prueba del cielo*

EBEN ALEXANDER

El MAPA
del
CIELO



*Cómo la ciencia, la religión y la gente corriente
demuestran la existencia de la otra vida*

zenith

Índice

Portada

Dedicatoria

Introducción

1. El regalo del conocimiento

2. El regalo del significado

3. El regalo de la visión

4. El regalo de la fuerza

5. El regalo de pertenecer

6. El regalo de la alegría

7. El regalo de la esperanza

Agradecimientos

Apéndice. Las respuestas están en cada uno

Bibliografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para todas las almas valientes cuyos corazones amorosos anhelan acercarse a la
verdad de nuestra existencia.*

INTRODUCCIÓN

Soy el hijo de la tierra y el cielo estrellado, pero mi verdadera raza es del cielo.

(Fragmento de un antiguo texto griego que daba instrucciones al alma recientemente fallecida respecto a cómo conducirse por la vida después de la vida.)

Imagínese una pareja joven el día de su boda. La ceremonia ya ha terminado, y todos los invitados se arremolinan en la escalinata de la iglesia para una foto. Pero la pareja, en ese preciso instante, no se percata de ello: están ensimismados en ellos mismos, mirándose profundamente a los ojos, a las ventanas del alma, como Shakespeare los llamó.

«Profundamente.» Una palabra curiosa para describir una acción que sabemos que en realidad no puede ser profunda en absoluto. La visión es un proceso estrictamente físico, mecánico: los fotones de luz impactan en la retina, la membrana interior del ojo, y la información que transmiten se traduce en impulsos electroquímicos que viajan por el nervio óptico hacia el centro de procesamiento visual en la parte trasera del cerebro.

Pero, por supuesto, todo el mundo sabe justamente lo que usted quiere decir cuando afirma que está mirando a alguien profundamente a los ojos. Usted está viendo el alma de esa persona, esa parte del ser humano de la que el antiguo filósofo griego Heráclito hablaba hace unos dos mil quinientos años cuando escribió: «Ni aun recorriendo todo camino llegarás a encontrar los límites del alma; tan profunda y vasta es». Sea una ilusión o no, alcanzar a mirar esa profundidad cuando se presenta es algo poderoso.

Vemos que esta profundidad se manifiesta con más fuerza en dos ocasiones: cuando nos enamoramos y cuando vemos morir a alguien. La mayoría de las personas han experimentado lo primero, pero son menos los que han advertido lo segundo en nuestra sociedad, donde la muerte está echada a un lado para que no sea vista. Sin embargo, las personas del área médica y quienes trabajan con enfermos terminales —que ven la muerte con regularidad— de inmediato sabrán de lo que les estoy hablando. De repente, donde había profundidad queda solo superficie. La mirada viviente —incluso si la persona en cuestión era muy mayor y esa mirada era vaga e intermitente— se aplana.

Vemos esto también cuando un animal muere. El camino directo a lo que el investigador sobre religiones del siglo XX Titus Burckhardt llamó «el reino introspectivo del alma» se muere y el cuerpo se convierte, en esencia, en algo similar a un aparato sin conectar.

Así que imagine a esa novia y a ese novio cuando se miran mutuamente a los ojos y ven esa profundidad sin fondo. El obturador se cierra de golpe. La imagen es capturada. Una fotografía perfecta de un par de jóvenes recién casados.

Ahora salte media docena de décadas hacia adelante. Imagine que esa pareja tuvo hijos y que esos hijos tuvieron, a su vez, hijos propios. El hombre de la foto ha muerto y la mujer vive sola en un piso donde recibe asistencia. Sus hijos la visitan y tiene amigos entre los vecinos, pero a veces se siente sola.

Es una tarde lluviosa y la anciana, sentada cerca de la ventana, ha tomado esa foto de la mesita lateral donde la exhibe, enmarcada. En medio de la luz grisácea que se filtra a través de la persiana, la mira. La foto, al igual que la propia mujer, ha recorrido un largo camino para llegar hasta ahí. Empezó en un álbum fotográfico, que le regalaron a uno de sus hijos, luego se colocó en un marco y se fue con ella cuando se mudó a esa vivienda. Aunque es frágil, la foto está un poco amarillenta y doblada en los bordes. Ha sobrevivido. En esa instantánea aparece ella, una mujer joven por aquel entonces, cuando miraba los ojos de su nuevo esposo, y recuerda cómo en ese momento él era más real para ella que ninguna otra cosa en el mundo.

¿Dónde está él ahora? ¿Todavía existe?

En días buenos, la mujer sabe que sí: el hombre que amó tanto durante todos esos años no pudo haber desaparecido simplemente cuando su cuerpo murió. Ella sabe — vagamente— lo que la religión tiene que decir al respecto. Su esposo ya está en el cielo: un cielo que, a través de años de asistencia a la iglesia más o menos constante, es algo en lo que ha aseverado creer. Aunque en el fondo nunca ha estado del todo segura.

Así que en otros días —días como hoy— ella duda. Porque también sabe lo que la ciencia tiene que decir al respecto. Sí, amó a su esposo. Pero el amor es una emoción, una reacción electroquímica que tiene lugar en la profundidad del cerebro y libera hormonas hacia el cuerpo, las cuales dictan nuestros estados de ánimo y nos dicen si debemos estar felices o tristes, jubilosos o desconsolados.

En pocas palabras, el amor es irreal.

¿Qué es lo real? Bueno, es obvio. Las moléculas de acero, cromo, aluminio y plástico en la silla de la anciana que está sentada; los átomos de carbono que componen el papel de la foto que sostiene en su mano; el vidrio y la madera del marco que la protege. Y, por supuesto, el diamante de su anillo de compromiso y el oro con que tanto este como su alianza están hechos: esos materiales son reales, también.

Pero ¿y el lazo de amor perfecto, entero y permanente entre dos almas inmortales que se supone que esos anillos representan? Bueno, eso es solo algo sin valor, pero que suena bonito. Materia sólida, tangible: eso es lo que es real. La ciencia lo dice.

El interior es su verdadera naturaleza.

AL-GHAZALI,
místico musulmán del siglo XI

La raíz de la palabra «realidad» es *res*, del latín «cosa». Las cosas en nuestras vidas, como las llantas del coche, las sartenes, los balones de fútbol y los columpios del parque son reales para nosotros, porque poseen una consistencia día tras día. Podemos tocarlos, podemos sentir su peso con nuestras manos, dejarlos y regresar después y encontrarlos sin cambio, justo donde los dejamos.

Nosotros, por supuesto, también estamos hechos de materia. Nuestros cuerpos están hechos de elementos como hidrógeno —el elemento más temprano y más simple—, y de otros más complejos como nitrógeno, carbono, hierro y magnesio. Todos estos fueron *cocinados* —creados— a una presión y un calor inconcebibles, en los corazones de estrellas antiguas que murieron hace mucho. Los núcleos de carbono tienen seis protones y seis neutrones. De las ocho órbitas que hay alrededor de este núcleo, cuatro están ocupadas por electrones y cuatro están desocupadas para que los electrones de otros átomos o elementos puedan unirse con el átomo de carbono al enlazar sus propios electrones a esas posiciones vacías. Esta asimetría en particular permite que los átomos de carbono se enlacen con otros átomos de carbono, así como con otros tipos de átomos y moléculas, con una eficacia fantástica. Tanto la química como la bioquímica orgánicas —temas inmensos que hacen ver pequeños a otros subconjuntos de la química— se dedican exclusivamente al estudio de las interacciones químicas en las que está involucrado el carbono. La estructura química de la vida en la Tierra se basa en el carbono y sus propiedades. Es la *lingua franca* del mundo químico orgánico. Gracias a esta misma simetría, los átomos de carbono, cuando son sometidos a una presión tremenda, se unen con una renovada tenacidad y de ser una materia negra y de textura terrosa se transforman en el más poderoso símbolo natural de la durabilidad: el diamante.

Pero aunque los átomos de carbono y otros cuantos elementos que componen la mayor parte de nuestro cuerpo son esencialmente inmortales, nuestros cuerpos en sí son extremadamente efímeros. Nacen nuevas células y las viejas mueren. En todo momento nuestros cuerpos están tomando materia del mundo físico que nos rodea y devolviéndosela. Antes de que pase mucho tiempo —el parpadear de un ojo en una escala cósmica—, nuestros cuerpos regresarán por completo al ciclo. Volverán a reunirse con el flujo de carbono, hidrógeno, oxígeno y otras sustancias primarias que se acumulan y desintegran, una y otra vez, aquí en la Tierra.

Por supuesto que esta percepción no es nada nuevo. La palabra «humano» en sí proviene de la misma raíz que *humus*, «tierra». También «humilde», lo cual tiene sentido, porque la mejor manera de mantener la humildad es ser consciente de qué se está hecho. Mucho antes de que la ciencia explicase los pequeños detalles de cómo sucede, las culturas de alrededor del mundo sabían que nuestros cuerpos están hechos de tierra y que cuando muramos nuestros cuerpos volverán a ella. Como Dios le dice a Adán —que en sí es un nombre derivado de la palabra hebrea *adamah*, «tierra»— en el Génesis: «Polvo eres, y en polvo te convertirás».

Sin embargo, nosotros los humanos nunca hemos estado completamente contentos con esta situación. Toda la historia de la humanidad puede ser vista como nuestra respuesta ante esta aparente condición terrosa que tenemos y los sentimientos de dolor y de no estar completos que genera. Sospechamos que hay algo más en esta historia.

La ciencia moderna —la más reciente e, indudablemente, la más poderosa de nuestras respuestas ante esta inquietud antigua respecto a nuestra mortalidad— se desarrolló en gran parte a partir de la alquimia, que es un conjunto de especulaciones y experiencias, generalmente de carácter esotérico, relativas a las transmutaciones de la materia. Los orígenes de este conjunto de antiguas doctrinas y experimentos se pierden en la historia. Algunos dicen que comenzó en la antigua Grecia; otros, en cambio, afirman que los primeros alquimistas vivieron mucho antes, quizá en Egipto, y que, en sí, el nombre de alquimia se deriva del egipcio *Al-Kemi* o «tierra negra», presuntamente una referencia a la tierra negra fértil a las orillas del Nilo.

Hubo alquimistas cristianos, alquimistas judíos, alquimistas musulmanes y alquimistas taoístas o confucionistas: en definitiva, estaban en todas partes. Con independencia de dónde y cuándo se iniciara, la alquimia desarrolló una serie de prácticas fantásticamente complejas y difundidas. La mayoría de estas tenían que ver con convertir metales «base», como cobre y plomo, en oro. No obstante, la meta principal de la alquimia era recuperar el estado de inmortalidad que los alquimistas creían que la humanidad originalmente poseía, aunque lo habría perdido mucho tiempo atrás.

La gran mayoría de los métodos y las herramientas de la química moderna fueron ideados por alquimistas, con frecuencia con gran riesgo. Entrometerse con la materia física puede ser peligroso, y además de envenenarse o ser víctimas de una explosión, los alquimistas corrían el riesgo de tener problemas con los poderes religiosos locales. Igual que la ciencia que surgió a partir de ella, la alquimia era, sobre todo en Europa en los años previos a la revolución científica, herejía.

Uno de los principales descubrimientos que hicieron los alquimistas mientras realizaban su búsqueda de la inmortalidad fue que cuando una sustancia química se somete a lo que estos llamaban un proceso «de transmutación» —esto es, se calienta o se combina con algún otro elemento con el que sea reactivo— se convierte en algo distinto. Igual que tantas otras aportaciones del pasado, esta ahora nos parece obvia, pero esto es así porque no participamos en el proceso para descubrirlo.

La primera época fue dorada.

OVIDIO, *Las metamorfosis*

¿Por qué los alquimistas estaban tan interesados en el oro? Hay una explicación obvia: los alquimistas inferiores —aquellos que no entendían el elemento espiritual más profundo, subyacente, que entra en juego— simplemente estaban tratando de hacerse ricos, pero los verdaderos alquimistas estaban interesados en el oro por otra razón.

El oro, al igual que el carbono, es un elemento inusual. El núcleo del átomo de oro es muy grande. Con setenta y nueve protones, solo otros cuatro elementos estables son más pesados. Esta gran carga eléctrica positiva hace que los electrones que orbitan alrededor del núcleo del átomo de oro se muevan a una velocidad excepcional: aproximadamente a la mitad de la velocidad de la luz. Si un fotón —cada una de las partículas que constituyen la luz— llega a la Tierra desde el Sol, el cuerpo celeste más asociado con el oro en los textos de alquimia, rebota contra un átomo de oro y luego entra por casualidad en uno de nuestros ojos y golpea la pared retiniana, genera una sensación curiosamente placentera en nuestra conciencia. Los humanos reaccionamos intensamente ante el oro y siempre lo hemos hecho.

El oro impulsa una gran parte de la actividad económica en nuestro planeta. Es hermoso y relativamente raro, y sin embargo, no tiene gran valor funcional, útil; en todo caso, no tiene para nada el que le hemos adjudicado. Como especie hemos *decidido* que tiene valor; eso es todo. Por ello los alquimistas, tanto a través de sus experimentos materiales como de sus prácticas interiores de meditación que con frecuencia acompañaban dichos experimentos, lo buscaban tan desesperadamente. El oro para ellos era la representación solidificada y tangible de la parte celestial del ser humano, el alma inmortal. Buscaban recuperar ese otro lado del ser humano: el lado dorado que se une con el lado terroso para convertirnos en las personas que somos.

Somos una parte tierra y una parte cielo, y los alquimistas lo sabían.

Nosotros necesitamos saberlo también.

Nos han enseñado que las cualidades del oro, como su «belleza» e incluso su propio color, no son reales. Incluso nos han enseñado que las emociones son menos reales: son solo patrones repetitivos generados por nuestros cerebros en respuesta a mensajes hormonales enviados por nuestro cuerpo como respuesta ante situaciones de peligro o deseo.

Amor. Belleza. Bondad. Amistad. En el modo de ver el mundo de la ciencia materialista no hay espacio para tratar estos conceptos como si fueran realidades. Cuando asumimos esta creencia —esto es, cuando creemos que no son tales— perdemos nuestra conexión con el cielo, aquello que los escritores en el mundo antiguo a veces llamaban el «hilo dorado».

Nos volvemos débiles.

El amor, la belleza, la bondad y la amistad son reales. Son tan reales como la lluvia, tan reales como la mantequilla, la madera, la piedra, el plutonio, los anillos de Saturno o el nitrato de sodio. No obstante, en el nivel de existencia terrenal, es fácil perder esto de vista.

Pero lo que se pierde puede recuperarse.

Los pueblos iletrados ignoran muchas cosas, pero rara vez son estúpidos porque, al tener que depender de su memoria, son más propensos a recordar lo que es importante. Los pueblos letrados, en contraste, son dados a perderse en sus vastas bibliotecas de información registrada.¹

Los seres humanos existimos en nuestra forma moderna desde hace unos cien mil años. Tres preguntas han sido particularmente importantes para nosotros durante la mayor parte de este tiempo:

¿Quiénes somos?

¿De dónde venimos?

¿Hacia dónde vamos?

Durante la gran mayoría de nuestro tiempo sobre este planeta, los seres humanos ni por asomo dudamos de que el mundo espiritual fuera real. Creíamos que era el lugar del que todos procedíamos al nacer y al que regresaríamos cuando muriéramos.

Hoy en día muchos científicos creen que estamos a punto de saber prácticamente todo lo que queda por saber en relación con el universo. Algunos incluso hablan prolijamente de una teoría del todo, que, como su propio nombre da a entender, explicaría *todo* lo que actualmente se sabe sobre el universo.

No obstante, hay algo bastante curioso acerca de esta teoría: no incluye la respuesta de tan siquiera una de esas tres preguntas de la lista de arriba, las preguntas que, durante el 99,9 por ciento de nuestro tiempo en la Tierra, fueron las más importantes de responder. Esta teoría del todo no hace mención alguna del cielo.

En su origen, la palabra «cielo» significaba simplemente la atmósfera que rodea la Tierra y es justo a esto a lo que se refiere dicha palabra en el Nuevo Testamento. Proviene, además, de la misma raíz que el término inglés *cieling* («techo»). Aunque ahora sabemos que el cielo, entendido como paraíso, no está literalmente arriba, muchos de nosotros todavía tenemos la sensación de que hay una dimensión o unas dimensiones que están *sobre* el mundo terrenal en el sentido de que están *más arriba* en un sentido espiritual. Cuando utilizo «cielo» en este libro y me refiero a que está *sobre* nosotros, lo hago bajo el supuesto de que hoy nadie piensa que el cielo simplemente es algo que está allá arriba, ni que se trata solo de ese lugar con nubes e inundado eternamente por la luz del sol que la palabra ha llegado a evocar. Estoy hablando de otro tipo de geografía: una que es muy real, pero también muy diferente a la terrenal con la que estamos familiarizados, y en comparación con la cual toda dimensión física observable es como un grano de arena en la playa.

Hoy existe otro grupo —un grupo que asimismo incluye a muchos científicos— que también cree que en realidad podríamos estar a punto de descubrir una teoría del todo. Pero la teoría del todo sobre la que habla este grupo es bastante diferente de aquella que la ciencia materialista cree estar a punto de descubrir.

Esta otra teoría será distinta a la primera en dos aspectos relevantes. El primero es que planteará que realmente *nunca* podremos tener una teoría del todo, si con esta denominación hacemos referencia a una teoría agresiva, materialista, orientada hacia los

datos. El segundo es que en esta otra teoría del todo se abordarán las tres preguntas primordiales, originales y tan importantes acerca de la condición humana. En ella, además, se incluirá el cielo.

Considero la conciencia como algo fundamental. Considero la materia como un derivado de la conciencia. No podemos ponernos detrás de la conciencia. Todo aquello de lo que hablamos, todo lo que consideramos que existe, postula la conciencia.

MAX PLANCK (1858-1947), físico cuántico

En el siglo XX, tras tres siglos fantásticamente exitosos, la ciencia —en especial la rama de la ciencia conocida como física— recibió una sorpresa. En el fondo, en el meollo del asunto, encontró algo que no podía explicar: la «materia», eso que la ciencia creyó entender tan bien, no era en absoluto lo que había creído que era. Los átomos —esas pequeñas partículas irrompibles y sólidas como la roca que la ciencia había pensado que eran los principales componentes del mundo— resultaron no ser tan sólidos ni tan irrompibles. La materia se reveló como una matriz deslumbrantemente compleja de fuerzas superpoderosas pero no materiales. No había *nada* de material en ella.

Hubo un descubrimiento aún más sorprendente. Si existía algo que la ciencia creía conocer tanto como la materia, era el espacio, el área en la que la materia se movía, simple y llanamente. Pero resultó que el espacio tampoco estaba realmente «ahí». Al menos no de la manera sencilla, directa y fácil de entender como los científicos habían pensado que estaba. Se doblaba. Se estiraba. Estaba inextricablemente relacionado con el tiempo. Era todo menos simple.

Luego, por si eso fuera poco, entró en juego otro factor, uno que la ciencia conocía desde hacía mucho, pero por el que hasta entonces no había mostrado interés. De hecho, la ciencia apenas había acuñado una palabra para este fenómeno en el siglo XVII, a pesar de que todos los pueblos precientíficos del mundo lo situaban en el centro de su visión de la realidad y contaban con docenas de palabras para designarlo. Este nuevo factor era la conciencia —ese hecho simple, pero supremamente no simple, de estar consciente— de conocerse a uno mismo y al mundo que lo rodea.

Nadie dentro de la comunidad científica tenía ni la más remota idea de lo que era la conciencia, pero nunca había constituido un problema. Los científicos simplemente la dejaban de lado porque, decían, al ser imposible de medir, la conciencia no era real. Sin embargo, en la década de los veinte, los experimentos de mecánica cuántica no solo revelaron que *sí* se podía detectar la conciencia, sino que, además, a nivel subatómico, no había modo de *no* hacerlo, porque la conciencia del observador de hecho lo ataba a todo lo que él o ella observara. Era, en suma, una parte inamovible de cualquier experimento científico.

Fue una revelación asombrosa, a pesar del hecho de que la mayoría de los científicos aun así eligió, en términos generales, ignorarla. Ante el desagrado de los muchos científicos que creían estar a punto de explicar todo en el universo desde una perspectiva completamente materialista, la conciencia ocupó un lugar directamente en el centro del escenario y se negó a ser empujada a un lado. Conforme avanzaron los años y la experimentación científica a nivel subatómico —un dominio conocido, en general, como mecánica cuántica— se tornó paulatinamente más sofisticada, el papel clave que desempeñó la conciencia en cada experimento fue cada vez más claro, aunque siguiera siendo imposible de explicar. Como escribió el físico-teórico húngaro-estadounidense Eugene Wigner: «No era posible formular las leyes de la mecánica cuántica de una forma plenamente coherente sin hacer referencia a la conciencia». El físico matemático español Ernst Pascual Jordan expresó el asunto incluso más enérgicamente: «Las observaciones —escribió— no solo afectan a lo que se va a medir, sino que lo producen». Esto no necesariamente significa que creemos realidad con nuestras imaginaciones, pero sí que la conciencia está tan vinculada a la realidad que no hay manera de concebir la realidad sin ella: la conciencia, en suma, es el verdadero fundamento de la existencia.

La comunidad de la física todavía debe interpretar lo que los resultados de los experimentos en mecánica cuántica revelan respecto al funcionamiento del universo. Los brillantes padres fundadores de este campo, entre quienes se incluyen Werner Heisenberg, Louis de Broglie, sir James Jeans, Erwin Schrodinger, Wolfgang Pauli y Max Planck, se adentraron hasta el misticismo debido a sus esfuerzos por comprender plenamente los resultados de sus experimentos respecto al funcionamiento del mundo subatómico. Con respecto al «problema de medición», la conciencia desempeña un papel crucial para determinar la naturaleza de la realidad que evoluciona. No hay forma de separar al observador del observado. La realidad representada por experimentos en mecánica cuántica es completamente contraria a lo que uno pudiera esperarse en relación con nuestras vidas diarias en el reino terrenal. Para un entendimiento y una interpretación de mayor profundidad se requerirá una completa reelaboración de nuestros conceptos de conciencia, causalidad, espacio y tiempo. De hecho, será necesario un fortalecimiento de la física que acepte plenamente la realidad de la conciencia (alma o espíritu) como la base de *todo lo que hay* para trascender el profundo enigma que está en el centro de la física cuántica.

Defiendo que el misterio humano es increíblemente menospreciado por el reduccionismo científico, dada su declaración de materialismo promisorio al explicar todo el mundo espiritual en términos de patrones de actividad neuronal. Esta creencia debe clasificarse como una superstición... debemos reconocer que somos seres espirituales con almas que existen en un mundo espiritual, así como seres materiales con cuerpos y cerebros que existen en un mundo material.

SIR JOHN C. ECCLES (1903-1997), neurofisiólogo

Ninguna descripción de la naturaleza de la realidad puede comenzar siquiera antes de que tengamos una visión mucho más clara de la verdadera naturaleza de la conciencia y de su relación con la realidad emergente en el plano físico. Podríamos lograr mayor progreso si aquellos que tienen una formación física también se lanzaran directamente al estudio de lo que algunos científicos han llamado el «difícil problema de la conciencia». La esencia de ese difícil problema es que la neurociencia moderna da por hecho que el cerebro crea conciencia a partir de su simple complejidad. Sin embargo, no hay absolutamente ninguna explicación que dé a conocer mecanismo alguno por medio del cual esto ocurra. De hecho, mientras más investigaciones hacemos sobre el cerebro, más cuenta nos damos de que la conciencia existe independientemente de él. Roger Penrose, Henry Stapp, Amit Goswami y Brian Josephson son ejemplos notables de físicos que han perseguido la incorporación de la conciencia a los modelos de la física, pero son pocos: la mayor parte de los físicos sigue haciendo caso omiso de los niveles más esotéricos de indagación que se requieren.

El día en que la ciencia comience a estudiar fenómenos no físicos, logrará más progreso en una década que en todos sus siglos previos de existencia.

NIKOLA TESLA (1856-1943)

La nueva teoría —el nuevo Mapa de Todo del que soy tan firme defensor— incluirá todos los descubrimientos revolucionarios que la ciencia realizó en el siglo XIX, especialmente aquellos sobre la naturaleza de la materia y el espacio, y aquellos sobre la centralidad de la conciencia que tanto caos causaron en la ciencia materialista a principios del siglo XX. Abordará descubrimientos como el del físico Werner Heisenberg, que reveló que las partículas subatómicas jamás están realmente en un mismo lugar, sino que ocupan un estado constante de probabilidad estadística: podrían estar aquí o podrían estar allá, pero nunca totalmente estáticas en un único y determinado punto, o que un fotón —una unidad de luz— se presenta como una ola si lo medimos de una manera y como una partícula si lo medimos de otra, *a pesar de que sigue siendo exactamente el mismo fotón*. La nueva teoría también englobará descubrimientos como el de Erwin Schrodinger, que puso de manifiesto que el resultado de ciertos experimentos subatómicos será determinado por la conciencia del observador que los registre, de tal modo que realmente pueda «revertir» el tiempo; así, por ejemplo, una reacción atómica detonada dentro de una caja que hubiera sido sellada tres días antes no se completaría de hecho hasta que la caja se abriera y los resultados de la acción fueran captados por un observador consciente. La reacción atómica se mantiene en un estado suspendido en el que al mismo tiempo sucede y no sucede hasta que la conciencia entra en juego y la afianza a la realidad.

Este nuevo mapa de todo también incluirá las ingentes cantidades de datos que están surgiendo desde un campo de investigación completamente al margen, al que la ciencia materialista le prestó incluso menos atención en el pasado que a la conciencia y que la visión dogmática también decididamente ignoró: las experiencias cercanas a la muerte. Las visiones en el lecho de muerte. Los momentos de contacto aparente con seres amados fallecidos. Todos relatan encuentros extraños, pero del todo reales, que las personas experimentan invariablemente con el mundo espiritual; sin embargo, ni la ciencia dogmática ni la religión dogmática han permitido hablar sobre ellos.

El tipo de sucesos que la gente *me* cuenta muy a menudo.

Estimado doctor Alexander:

Me encantó leer acerca de su experiencia. Me recordó la experiencia cercana a la muerte que tuvo mi padre, doctor en astrofísica, cuatro años antes de fallecer, la cual hizo tambalear su mentalidad absolutamente científica hasta la fecha.

A lo largo de su vida, mi padre había transitado por un camino emocionalmente difícil, como consecuencia de lo cual había caído presa del alcoholismo. Ello afectó a su organismo, hasta el punto de que contrajo una pulmonía doble que lo recluyó en la unidad de cuidados intensivos durante tres meses. En este tiempo, pasó incluso por un estado de coma inducido. Cuando empezó a recuperarse, comenzó a relatar su experiencia de estar con seres angelicales que le dijeron que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Le garantizaron que mejoraría y seguiría adelante con su vida. Le aseguraron también que lo estaban ayudando y que no temiera morir. Una vez se recuperó, mi padre solía decirme que no me preocupara cuando finalmente llegara el momento de su muerte porque estaría bien.

[...]

El cambió enormemente tras su experiencia. Ya no bebía, pero... hablar acerca de ello fue demasiado para él... era un hombre muy reservado... Murió súbitamente a causa de una ruptura traumática de la aorta en su casa mientras dormía, cuatro años después de su estancia en el hospital. Después de fallecer, seguíamos encontrando por toda la casa post-its en los que había escrito las letras: «AgTf». Al final, dedujimos que estas significaban «Ángeles de la guarda. Tengan fe». Quizá este mensaje lo ayudó a guardar abstinencia tras el episodio del hospital. Quizá lo ayudó a recordar el consuelo que había sentido al estar fuera de su cuerpo.

Poco antes de que muriera, recuerdo que le pregunté qué pensaba que sucede cuando nos morimos. Dijo que realmente no lo sabía, y que era simplemente algo que nosotros como humanos todavía no habíamos averiguado, pero que acabaríamos haciéndolo. Supongo que había experimentado este lugar donde se unen la ciencia y la espiritualidad.

Insisto en que fue un verdadero consuelo leer sobre su experiencia, lo que también me reafirmó la experiencia de mi padre.

Muchas gracias,

PASCALE

¿Por qué la gente me cuenta historias como esta? La respuesta es sencilla. Soy un médico que tuvo una experiencia cercana a la muerte, hasta ese momento, un miembro firme del lado de la habitación reservado para la «ciencia dogmática» que tuvo una experiencia que lo posicionó en el otro lado. No hacia el lado de la «religión dogmática», sino hacia un tercer lado de la habitación, por así decirlo: un lado que cree que tanto la ciencia como la religión tienen cosas que enseñarnos, pero que ninguna tiene —ni jamás tendrá— todas las respuestas. Este lado de la habitación cree que estamos a punto de

presenciar algo auténticamente nuevo: una unión de la espiritualidad y la ciencia que cambiará para siempre la forma en que nos entendemos y nos experimentamos a nosotros mismos.

En *La prueba del cielo* describí cómo el brote repentino de una cepa muy inusual de meningitis bacteriana me llevó al hospital y me sumió en un estado de coma profundo durante siete días. Durante ese tiempo, experimenté algo que aún hoy estoy en proceso de asimilar y comprender. Recorrí una serie de reinos suprafísicos, cada uno más extraordinario que el anterior.

En el primero, que llamaré el «reino de la perspectiva del gusano», estuve inmerso en un estado de conciencia primitivo y primordial. Durante el tiempo que estuve en él me sentí más o menos como si estuviera enterrado en la tierra. Sin embargo, no era tierra común, pues a mi alrededor percibía —y a veces escuchaba y veía— otras formas, otras entidades. En parte era espeluznante, en parte reconfortante (me sentía como si fuera, y siempre hubiera sido, parte de esta oscuridad primitiva). Con frecuencia me preguntan: «¿Era el infierno?». Creo que no, ya que yo pensaba que el infierno sería, cuando menos, un poco interactivo, algo que ese reino no era en absoluto. Aunque no me acordaba de la tierra, y ni siquiera de lo que era un humano, al menos tenía sentido de la curiosidad y me planteaba cuestiones como «¿quién?», «¿qué?», «¿dónde?», pero en vano: nunca hubo ni un atisbo de respuesta.

Finalmente, un ser de luz —una entidad circular que despedía una música hermosa y celestial que yo llamé la «melodía giratoria»— descendió con lentitud, mientras lanzaba maravillosos filamentos de luz viviente plateada y dorada. La luz se abría como una rasgadura en la tela de ese reino áspero, y sentí como si yo atravesara dicha rasgadura, como si esta fuera un portal para subir a un valle asombrosamente hermoso y fértil, donde el agua de las cascadas fluía hasta estanques cristalinos. Me percibí a mí mismo como un pequeño punto de conciencia sobre el ala de una mariposa entre enjambres vibrantes de millones de otras mariposas. Contemplé deslumbrantes cielos aterciopelados en color negro azulado repletos de esferas de luz dorada que descendían en picado, los llamé después coros angelicales, y dejaban rastros brillantes frente a las nubes esponjosas y coloridas. Estos coros cantaban himnos que no podían compararse con nada que yo antes me hubiera encontrado en la Tierra. También había una amplia gama de universos más grandes que tomaban la forma de lo que posteriormente llamé una «sobreesfera», que estaba ahí para ayudar a impartir las lecciones que yo debía aprender. Los coros angelicales proporcionaron otro portal a reinos más elevados. Ascendí hasta llegar al Núcleo, el más profundo sanctasanctórum del Divino, una negra e infinita oscuridad, repleta hasta desbordarse de un gran amor incondicional divino e indescriptible. Allí me encontré con la deidad infinitamente poderosa y omnisciente a quien después llamé Om, por el sonido que percibí tan preponderantemente en ese reino. Aprendí lecciones de una

profundidad y una belleza que rebasan por completo mi capacidad de explicación. A lo largo del tiempo que pasé en el Núcleo siempre tuve la intensa sensación de que había tres de nosotros (el Divino infinito, la esfera brillante y percepción consciente pura).

Durante esta travesía, tuve una guía. Era una mujer extraordinariamente hermosa quien se apareció por primera vez mientras yo iba como pequeño punto de conciencia en el ala de esa mariposa en el reino del portal. Nunca la había visto antes. No sabía quién era. Sin embargo, su presencia era suficiente para sanar mi corazón, para transformarme por completo en una forma que yo nunca había creído posible. Sin hablar en realidad, me hizo saber que yo era amado y querido de manera inmensurable y que el universo era un lugar más vasto, mejor y más bello de lo que jamás pude haber soñado. Yo era una parte irremplazable del todo (al igual que todos nosotros), y toda la tristeza y el miedo que había conocido en el pasado eran el resultado de que de alguna manera se me había olvidado este hecho, el más fundamental de todos.

Estimado doctor Alexander:

Hace treinta y cuatro años tuve una experiencia cercana a la muerte, pero no era yo quien estaba muriéndose: era mi madre. Estaba siendo tratada de un cáncer en el hospital y los médicos nos dijeron que le quedaban, como mucho, seis meses de vida. Era sábado y yo tenía previsto volar desde Ohio hasta Nueva Jersey el lunes. Estaba trabajando en mi jardín, cuando de repente un sentimiento me atravesó. Era avasallador. Era un sentimiento de una increíble cantidad de amor. Fue el mejor «momento de embriaguez» que usted pueda llegar a imaginarse. Me puse en pie y me pregunté: «¿Qué diantres ha sido eso?». Luego volvió a atravesarme. Ocurrió tres veces en total. Sabía que mi madre había fallecido. La sensación era como si estuviera abrazándome, pero atravesándome por completo. Y cada vez que lo hacía, yo sentía esa cantidad sobrenatural, increíble e inmensurable de amor.

Entré en casa, todavía confundida por lo que había ocurrido. Me senté junto al teléfono para esperar la llamada de mi hermana. Después de diez minutos sonó y era ella: «Mamá ha muerto», dijo.

Incluso treinta años después, no puedo contar esta historia sin llorar, no de tristeza sino de felicidad. Esos tres momentos en el jardín cambiaron mi vida para siempre. Desde entonces, no le he temido a la muerte. De hecho, tengo celos de las personas que han fallecido. (Sé que suena raro pero es verdad.)

Cuando esto pasó no teníamos todos estos programas de televisión y libros acerca de las experiencias cercanas a la muerte. No eran el fenómeno público que hoy son. Así que no tenía idea de qué pensar al respecto. Pero sabía que era real.

JEAN HERING

Cuando regresé de mi travesía (un milagro en sí mismo, descrito a detalle en *La prueba del cielo*), en muchos sentidos era como un niño recién nacido. No tenía recuerdos de mi vida terrenal, pero sabía con absoluta certeza dónde había estado. Tuve que volver a aprender quién era, qué era y dónde estaba. Con el paso de los días, y luego de las semanas, como nieve que cae delicadamente, mi antiguo conocimiento terrenal regresó. Las palabras y el lenguaje volvieron después de horas y días. Con el amor y la delicada persuasión de mi familia y mis amigos afloraron otros recuerdos. Regresé a la comunidad humana. A las ocho semanas mi conocimiento previo de la ciencia, incluyendo las experiencias y el aprendizaje de más de dos décadas como neurocirujano en hospitales universitarios, regresó por completo. Esa plena recuperación sigue siendo un milagro para el que la medicina moderna no cuenta con explicación alguna.

Pero yo era una persona distinta a la que había sido. Las cosas que había visto y experimentado cuando estuve fuera de mi cuerpo no se disolvieron, como sucede con los sueños y las alucinaciones, sino que se quedaron. Y mientras más tiempo pasaba, más cuenta me daba de que lo que me había ocurrido en la semana que pasé más allá de mi cuerpo físico había reescrito todo lo que yo creía saber respecto a toda la existencia. Se quedó conmigo la imagen de la mujer en el ala de la mariposa, una mujer que venía a mi mente una y otra vez, al igual que todas las demás cosas extraordinarias que me encontré en esos mundos del más allá.

Cuatro meses después de salir de mi estado de coma, recibí una foto por correo. Era de mi hermana biológica Betsy, a la que nunca conocí porque me adoptaron a temprana edad y ella había muerto antes de que yo buscara a mi familia biológica y me reuniera con ella. La foto era de Betsy, pero también de alguien más: era la mujer que estaba sobre la mariposa.

Cuando me percaté de ello, algo se cristalizó dentro de mí. Era casi como si, desde que regresé, mi mente y mi alma hubieran sido como los contenidos amorfos de una crisálida de mariposa: no podía volver a ser lo que había sido antes, pero tampoco me podía mover hacia adelante. Estaba atascado.

Esa foto —al igual que el *shock* que sentí al reconocerla cuando la miré— era la confirmación que necesitaba. A partir de ese momento, sentí que había regresado al antiguo mundo terrenal que había abandonado al caer en estado de coma, pero como una persona auténticamente nueva.

Había renacido.

Pero la verdadera travesía apenas estaba comenzando. Hay mucho más, y se me revela cada día a través de la meditación, a través de mi trabajo con nuevas tecnologías que espero que les faciliten a los demás obtener acceso al reino espiritual (ver apéndice) y a través de hablar con personas que conozco durante mis viajes. Muchas, muchas personas han vislumbrado lo que yo vislumbré y experimentado lo que yo experimenté. A estas personas les encanta compartir sus historias conmigo y a mí me entusiasma escucharlas. Les parece maravilloso que un miembro que durante tantos años ha pertenecido a la comunidad científica materialista haya cambiado tanto como lo he hecho yo. Y no me extraña.

Como doctor en medicina con una larga trayectoria profesional en prestigiosas instituciones médicas como Duke y Harvard, yo era el perfecto escéptico comprensivo. Un tipo al que si usted le contara su experiencia cercana a la muerte o la visita que recibió por parte de su tía muerta para comunicarle que todo iba bien, lo hubiera mirado y le hubiera dicho, con compasión pero tajantemente, que era una fantasía.

Un sinnúmero de personas han estado teniendo experiencias semejantes. Llegan a mis oídos a diario. No solo durante las charlas que doy, sino que están haciendo cola conmigo en Starbucks o sentadas junto a mí en aviones... Me he convertido, gracias a la difusión que alcanzó *La prueba del cielo*, en alguien a quien las personas sienten que le

pueden hablar respecto a este tipo de cosas. Cuando lo hacen, siempre me sorprende ante la asombrosa unidad y coherencia de lo que dicen. Estoy descubriendo más y más similitudes entre lo que estas personas me dicen y lo que creían los pueblos del pasado. Estoy descubriendo lo que los antiguos sabían bien: el cielo nos hace humanos. Nos olvidamos de él por nuestra cuenta y riesgo. Sin conocer la geografía más amplia de donde venimos y adonde iremos de nuevo cuando nuestros cuerpos físicos se mueran, estamos perdidos. Ese «hilo dorado» es la conexión con lo que hay arriba que hace que la vida aquí abajo no solo sea tolerable sino jubilosa. Estamos perdidos sin él.

Mi historia es una pieza del rompecabezas, una pista más por parte del universo y del dios amoroso que trabaja en él que indica que la época de la ciencia y la religión autoritarias se ha acabado y que al fin va a darse una nueva unión de las mejores y más profundas partes de las sensibilidades científicas y espirituales.

En este libro, comparto lo que he aprendido gracias a otros —filósofos y místicos antiguos, científicos modernos y mucha, mucha gente común como yo— respecto a lo que llamo el «regalo del cielo». Estos regalos son los beneficios que llegan cuando nos abrimos ante la verdad más grande que nuestros antepasados supieron: hay un mundo más grande detrás del que vemos a nuestro alrededor cada día. Ese mundo más grande nos ama más de lo que posiblemente pudiéramos imaginar y nos vigila a cada momento, con la esperanza de que en el mundo que nos rodea veamos pistas de que existe.

Durante solo unos cuantos segundos, supongo, el compartimento entero se llenó de luz. Esta es la única forma que conozco para describir el momento, pues no había absolutamente nada para ver. Me sentí envuelto en un sentido tremendo de ser dentro de un propósito amoroso, triunfal y luminoso. Nunca me había sentido más humilde. Nunca me había sentido más glorificado. Una sensación tan curiosa como avasalladora me atrapó y me llenó de éxtasis. Sentí que todo estaba bien para la humanidad. ¡Qué pobres suenan las palabras! La palabra «bien» se queda tan corta... Todos los hombres eran seres luminosos y gloriosos que al final entrarían en júbilo increíble. Belleza, música, júbilo y amor sin medida, así como gloria innombrable, todo esto heredarían. De todo esto eran herederos.

Todo esto sucedió hace más de cincuenta años, pero incluso ahora puedo visualizarme en la esquina de este compartimento lóbrego de tercera clase con las tenues luces de mantos de gas invertidos encima... En esos pocos segundos la gloria partió, excepto por una sensación curiosa y perdurable. Amé a todos los que estaban en este compartimento. Ahora suena tonto, y de hecho me ruborizo al escribirlo, pero en ese momento creo que hubiera muerto por cualquiera de las personas que estaban en este compartimento.²

Toda mi vida ha sido una búsqueda por pertenecer. Al crecer como hijo de un neurocirujano altamente respetado, constantemente fui consciente de la admiración rayana en veneración que las personas sienten por los cirujanos. La gente alababa a mi padre. No es que él la animara a hacerlo: era un hombre humilde con una fuerte fe cristiana y le daba tantísima importancia a su responsabilidad como sanador que jamás se permitió el lujo de autoengrandecerse. Yo me maravillaba ante su humildad y su profundo sentido de vocación. No había nada que yo quisiera más que parecerme a él, estar a su nivel, convertirme en un miembro de la hermandad médica que, ante mis ojos, poseía un atractivo sagrado.

Tras años de trabajo duro, me gané un puesto en esa hermandad secular de cirujanos y cirujanas. No obstante, la fe espiritual que le había llegado tan fácil y naturalmente a mi padre me rehuía. Al igual que muchos otros cirujanos en el mundo moderno, yo era un maestro en cuanto al lado físico del ser humano y un completo inocente respecto al lado espiritual. Simplemente no creía que existiera.

Luego en 2008 llegó mi experiencia cercana a la muerte. Lo que me pasó es una muestra de lo que está sucediéndonos como cultura en general, al igual que cada historia individual que he escuchado por parte de las personas que he conocido. Cada uno de nosotros posee un recuerdo del cielo, enterrado profundamente dentro de nosotros. Sacar ese recuerdo a la superficie —ayudarle a encontrar su propio mapa hasta ese lugar muy real— es el propósito de este libro.

EL REGALO DEL CONOCIMIENTO

Cada hombre nace como aristoteliano o platonista.¹

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE (1772-1834), poeta

Platón y Aristóteles son los dos padres del mundo occidental. Platón (*ca.* 428-348 a. C.) es el padre de la religión y la filosofía, y Aristóteles (384-322 a. C.) el de la ciencia. Platón fue maestro de Aristóteles, pero este acabó por estar en desacuerdo con mucho de lo que el filósofo decía. Específicamente, Aristóteles cuestionaba la aseveración de Platón de que existe un mundo espiritual más allá del terrenal: un mundo infinitamente más real, sobre el cual se basa todo lo que experimentamos en este mundo.

Platón hizo más que solo creer en ese mundo superior. Hizo introspección y pudo *sentir* que ese mundo estaba dentro de él. Platón era un místico y, al igual que incontables místicos antes y después de él, se daba cuenta de que su conciencia, su ser interno, estaba íntimamente conectado con un mundo superior del espíritu. Para usar una analogía moderna, estaba conectado con él. El jugo del cielo fluía hacia adentro de él.

Aristóteles era diferente: no sentía esa conexión directa con el mundo espiritual viviente como su maestro. Para él, el mundo de Platón de las formas —las estructuras transterrenales, superfísicas con respecto a las cuales, según él, todos los objetos de nuestro mundo son simples reflejos tenues— era una fantasía. ¿Dónde estaba la evidencia de estas entidades mágicas y del mundo espiritual al que Platón decía que pertenecían? Para Aristóteles, al igual que para Platón, el mundo era un lugar profunda, maravillosamente inteligente. Pero la raíz de esa inteligencia y ese orden no residía en ningún gran más allá: estaba justo delante de nuestras narices.

Aunque estaban frecuentemente en desacuerdo, también había mucho en lo que Platón y Aristóteles concordaban. Uno de sus puntos más profundos de consenso era lo que uno podría llamar lo razonable del mundo: el hecho de que la vida puede ser entendida. Tras la palabra moderna «lógica» se halla la griega *logos*, un término que hoy conocemos en gran medida por medio del cristianismo —otro término para el ser de Cristo, como puso de manifiesto la Palabra de Dios—. En la época de Platón y Aristóteles, significaba la inteligencia viviente al actuar en el mundo físico y en la mente humana. Fue el *logos* lo que permitió que los humanos entendieran el orden del mundo, dado que —en opinión tanto de Platón como de Aristóteles— podemos entender el mundo porque somos parte de él. La geometría, los números, la lógica, la retórica, la

medicina... todas estas disciplinas y las otras que Platón y Aristóteles ayudaron a desarrollar son posibles porque los seres humanos están contruidos para comprender el mundo en que viven.

Lo que llamamos aprendizaje solo es un proceso de remembranza.

PLATÓN

Aristóteles fue el primer gran creador de un mapa del orden terrenal. Sus escritos políticos celebran la idea de que los seres humanos no necesitan inspiración transterrenal para descubrir la mejor manera de vivir y gobernar: lo podemos hacer por nosotros mismos. Las respuestas ante las grandes preguntas, y también ante las más pequeñas, están sobre la Tierra, a la espera de ser descubiertas.

Platón opinaba algo diferente. Entre sus muchas distinciones, Platón es el padre de la narrativa occidental de experiencias cercanas a la muerte. En *La república*, cuenta la historia de un soldado armenio llamado Er. Herido en la batalla y erróneamente dado por muerto, fue colocado sobre una pira funeraria y revive justo antes de que sea prendida. Habló entonces de su viaje a un reino más allá de la Tierra, un lugar hermoso donde las almas eran juzgadas por lo bueno y lo malo que hubieran hecho mientras estuvieron en ella.

Era una historia que a Platón le parecía profundamente significativa. Creía que venimos a la Tierra desde ese lugar superior, el lugar que Er visitó durante su experiencia cercana a la muerte, y que si buscamos muy dentro de nosotros, podemos recuperar recuerdos de nuestra existencia en él. Si creemos y nos basamos en ellos, estos recuerdos pueden crear una orientación sólida. Nos pueden mantener anclados, mientras estemos aquí en la Tierra, a la tierra celestial de la que procedemos. Por utilizar una maravillosa palabra griega, necesitamos realizar un acto de *anamnesis*, que se traduce como «remembranza». La clave para entender este mundo y vivir bien mientras estemos aquí en la Tierra es recordar ese lugar superior, del más allá, de donde procedemos.

Platón vivió en una época en la que se pensaba que la Tierra era un disco plano en cuyo centro se hallaba Grecia, y que los cielos giraban a su alrededor de manera ordenada. Hoy vivimos en un universo con una amplitud de 93.000 millones de años luz, 13,7 mil millones de años de antigüedad, en un planeta que gira en torno al Sol, una estrella de tipo «G2» que mide 1.400.000 kilómetros de diámetro, en una galaxia espiral restringida que contiene unos 300.000 millones de estrellas más; un planeta que tiene unos 4,54 mil millones de años de antigüedad, sobre el que la vida apareció hace 3,8 mil millones de años y al que las primeras criaturas aproximadamente homínidas llegaron hace alrededor de 1 millón de años.

Sabemos mucho, mucho más acerca del universo que Platón o Aristóteles. Sin embargo, desde otra perspectiva, sabemos mucho menos.

Una de las historias más famosas sobre Platón tiene que ver con un grupo de personas en una cueva oscura. Las personas están encadenadas de manera tal que solo pueden ver la pared que tienen enfrente. Detrás de ellas hay un muro con un pasillo y una hoguera. Sus captos recorren ese muro portando diferentes objetos cuyas sombras, gracias a la acción del fuego, se proyectan en la pared.

Estas sombras parpadeantes constituyen el mundo entero de esos prisioneros. Incluso si fueran desencadenados y se les permitiera salir hacia la verdadera luz del día, la luz los cegaría de modo tal, da a entender Platón, que no sabrían cómo interpretar lo que vieron.

Está bastante claro de quién está hablando Platón en realidad con esta historia compleja pero sorprendente: de nosotros.

Cualquiera que haya leído a Platón o Aristóteles sabe que sus argumentos distan mucho de ser sencillos y hacer una simple dicotomía entre unos y otros es injusto para su sutileza y complejidad. Aun así, la diferencia del pensamiento de estos dos filósofos es muy real y ha tenido un efecto profundo sobre nosotros. Sus ideas tienen un efecto directo sobre cómo experimentamos usted y yo el mundo cada día. Platón y Aristóteles nos han convertido en quienes somos. Si usted vive en el mundo moderno, asimiló sus lecciones mucho antes de tener edad suficiente para darse cuenta de que lo estaba haciendo. El hecho es que todos somos metafísicos: hasta la persona con los pies más firmemente anclados en la Tierra y que se considere la menos metafísica del mundo cuenta con un conjunto amplio de suposiciones metafísicas respecto al mundo que actúan a cada segundo. Nuestra elección no estriba en interesarnos o no por las preguntas filosóficas, sino en cobrar conciencia o no del hecho de que, como seres humanos, no podemos evitar sentir dicho interés.

Para entender el mundo del que provenían Platón y Aristóteles —y, por tanto, el mundo en el que vivimos hoy— necesitamos saber un poco más acerca de las religiones del misterio, que desempeñaron un enorme papel en el antiguo Mediterráneo durante mil años antes de que aparecieran Platón, Aristóteles y los otros creadores del pensamiento moderno. Platón era un iniciado en al menos una de estas religiones, y lo que aprendió en ellas repercutió en todo lo que escribió. La afiliación de Aristóteles es más dudosa, pero también estuvo profundamente influido por ellas, como lo demuestran muchos de sus escritos, especialmente sus obras dramáticas.

Existe una gran controversia en torno a en qué medida influyeron estas religiones paganas en las actitudes de Jesús y de los primeros cristianos. Las religiones paganas y el cristianismo comparten el rito del bautismo y también el concepto de un dios (o diosa) que muere y vuelve a la vida, y al hacerlo redime el mundo. Estas religiones, al igual que el cristianismo, pusieron gran énfasis en la iniciación: la transformación de sus miembros como seres de la Tierra en seres de la Tierra y del cielo estrellado.

Estos tipos de ritos existieron en el pasado por doquier, no solo en Grecia. Fueron parte central de lo que significaba ser humano. Por lo general se celebraban alrededor de la adolescencia cuando hombres y mujeres alcanzaban la madurez física y, después, cuando un individuo entraba a formar parte del gremio de la profesión u oficio que desempeñaría a lo largo de su vida y que en buena parte la definiría. Todos ellos tenían un objetivo principal: volver a despertar nuestra memoria espiritual de quiénes y qué somos, de dónde venimos y para dónde vamos.

En las religiones del misterio, como en la mayoría de las iniciaciones antiguas, la persona que estaba siendo iniciada fallecía como la persona terrenal que hubiera sido hasta entonces, y renacía como una persona nueva y espiritual. No en un sentido vago y teórico, sino de verdad. El concepto central de los misterios, como en el caso de la mayoría de las prácticas de iniciación antiguas, era que los humanos tenemos una herencia doble: una terrenal y una celestial. Conocer solo nuestra herencia terrenal es conocer solo la mitad de nosotros. Las iniciaciones del misterio permitían que la gente recuperara el conocimiento directo de lo que podríamos llamar su linaje «celestial». En cierto sentido, el iniciado realmente no se convertía en algo nuevo, sino que le recordaban, de manera poderosa e inmediata, quién o qué era lo que había sido antes de llegar a la Tierra, qué era lo que realmente había sido desde siempre.

Los misterios eleusinos, llamados así en honor de la ciudad griega de Eleusis donde se llevaban a cabo, fueron los más renombrados de esos ritos. Estaban basados en el mito de Perséfone, una joven que fue secuestrada por Hades, el dios del inframundo, a través de una grieta en la Tierra. La madre de Perséfone, Demeter, tenía el corazón tan roto por haberla perdido que finalmente hizo un trato con Hades para que su hija pasara la mitad del año en el inframundo y la otra mitad del año sobre la superficie de la Tierra. Así, cuando Perséfone está en el inframundo con Hades es invierno. En consecuencia, la vida de los ríos y los campos desaparece junto a ella en otoño, para volver a aparecer como una explosión en primavera en forma de una nueva vida de plantas y animales.

Perséfone se relaciona con una diosa mucho más antigua llamada Inanna, venerada por los sumerios, un pueblo que vivió varios miles de años antes que los griegos, en el Creciente Fértil, el área donde luego surgirían los israelitas. Inanna era la reina del cielo y en torno a ella se creó un mito que hablaba de su descenso a la tierra de los muertos. El mito nos cuenta antes de partir a ese tenebroso mundo se puso siete prendas que simbolizaban su condición real. Hubo de pasar por siete niveles del inframundo, y en cada uno de ellos se retiró una de las prendas hasta que, cuando llegó ante el Señor de la Muerte —quien, además resultó ser su hermana— estaba completamente desnuda. Inanna fue asesinada y colgada a la pared con un gancho durante siete días, que se corresponden a los siete niveles del inframundo. Finalmente, gracias en parte a la labor de sus hermanos en la Tierra, Inanna revivió y regresó a la Tierra llevando consigo los poderes que le fueron conferidos durante su estancia en el inframundo.

Aunque se crearon parcialmente en torno a estos mitos antiguos, los misterios cuentan una historia con un final distinto. De manera bastante difícil de creer, dado que duraron más de mil años, todavía no sabemos exactamente qué pasó en los misterios. Sí sabemos que podían ser intensamente dramáticos y que a veces culminaban cuando al iniciado se le mostraba un objeto: a veces algo tan mundano como una espiga de trigo. El iniciado recibía preparación para este momento por medio de un preámbulo dramático, lento y constante que podría incluir música rítmica, baile y, durante las últimas partes del rito, ser trasladado con los ojos vendados hasta un santuario interno donde se le revelaban los máximos secretos. Gracias a esta preparación cuidadosamente orquestada, esta visión climática no solo tenía un profundo significado simbólico para el iniciado, sino también un significado psíquico y emocional real. El iniciado veía el objeto simbólico como algo más que un simple objeto terrenal: lo consideraba una verdadera ventana viviente hacia el mundo del más allá. Si se le mostraba, por ejemplo, una espiga de trigo él la consideraba no solo un símbolo del hecho de que las cosechas se mueren y renacen cada año, sino una demostración real de una verdad incuestionable recogida en todos los misterios: la muerte es seguida por el renacimiento. Al contemplar la espiga con una gran expectación, el iniciado la veía como un emblema deslumbrante que confirmaba el hecho de que él también, con la iniciación, había sido instruido para adentrarse en la vida eterna. No nos morimos en el momento de la muerte.

Se decía que una persona que hubiera sido iniciada en los misterios era como un recién nacido, por lo que los iniciados eran descritos con frecuencia como «nacidos dos veces». Habían visto una realidad que era *más real* que la realidad en la Tierra, y eso creaba en ellos una certeza inquebrantable de que la vida humana continuaba más allá de la muerte. Dicha certeza era tan profunda que a partir de ese momento, independientemente de las alegrías o tristezas que les deportara la vida, había una parte del iniciado que simplemente *nunca* estaba triste. No podía estarlo, porque había recuperado a través de una experiencia directa el conocimiento de quiénes somos, de dónde venimos y a dónde vamos. De ahí en adelante, el iniciado era un ciudadano doble: uno que incluso estando todavía en este mundo ya tenía un pie en el glorioso más allá lleno de luz.

Quizá usted esté empezando a encontrar un indicio de la otra razón por la que estoy mencionando esas antiguas ideas en este libro. Si usted leyó *La prueba del cielo*, probablemente ya captó ecos de mi historia en los mitos que acabo de relatar. ¿Por qué las similitudes? ¿Qué significan? Creo que estamos anhelando las verdades que los misterios y otras tradiciones de iniciación le enseñaron a la gente en el mundo antiguo y que el cristianismo, quizá más especialmente en sus inicios, también enseñó (un hecho que creo que tanto los cristianos como los no cristianos pueden valorar, porque estas verdades trascienden todos los dogmas y las diferencias que tanto dividen al mundo en la actualidad). Creo que el cielo nos hace humanos, que sin el conocimiento de que es de él de donde venimos y hacia donde vamos —que es nuestro verdadero país— la vida no

tiene sentido. Y creo que las experiencias que tantas personas han compartido conmigo son recordatorios de que necesitamos conocer esas verdades exactamente en la misma medida hoy que en el pasado.

Estimado doctor Alexander:

[...] Me perturba concretamente el «período de lombriz de tierra», me parece aterrador. No puedo dejar de preguntarme por qué usted lo experimentó y si ha encontrado a otros que también lo hayan hecho. No consigo integrarlo a mi «visión del mundo». Espero que usted lo aborde en una publicación futura.

He decidido formarme para trabajar como voluntario en un hospicio para, además de quizá proporcionar un poco de consuelo a personas que estén muriéndose, poder aprender más acerca de lo que podríamos llamar ese horizonte de sucesos.

Muerte: es la aventura más grande. Es sorprendente que en la civilización occidental la neguemos en el grado en que lo hacemos. Tal vez esa negación explique en buena medida nuestra disfunción como sociedad.

Los griegos antiguos amaban la vida. Tanto la *Iliada* como la *Odisea* vibran con las alegrías y los dolores de la existencia física. Pero los griegos de la época de Homero, que vivió unos quinientos años antes que Platón y Aristóteles, no creían en el cielo. Cuando reflexionaban en la vida después de la vida, pensaban en un mundo espectral de fantasmas: un lugar mucho peor y mucho menor que este mundo. Es mejor ser un esclavo en este mundo, dice el personaje de Aquiles en la *Odisea* de Homero, que un rey en el más allá.

Muchos pueblos antiguos concibieron así la vida después de la vida, hasta tal punto que un gran número de ritos como los misterios evolucionaron como respuesta ante este temor humano universal a que el más allá fuera triste y nebuloso. La muerte siempre ha sido aterradora, y los pueblos antiguos lo sabían incluso mejor que la mayoría de nosotros en la actualidad, ya que cada día veían la muerte de cerca. Las tradiciones de los misterios son un buen ejemplo de cómo muchos pueblos alrededor del mundo han abordado la muerte. En ese entonces era posible temerla, se podía clamar contra ella o aceptarla con júbilo, pero nunca ignorarla.

«Feliz es quien ha visto esto», dice un texto de los misterios respecto al iniciado que ha visto a través de los terrores de la muerte para mirar las maravillas que aguardan más allá. «Quien no haya participado en la iniciación no correrá la misma suerte tras la muerte en la sombría oscuridad.»² Ese reino gris y triste guarda más que una simple similitud con donde yo empecé mi travesía: con ese «lugar» elemental, como de lodo, que llamo el «reino de la perspectiva del gusano» en *La prueba del cielo*. No siempre es fácil transitar por los muchos reinos que existen más allá del cuerpo. El «reino de la perspectiva del gusano», como yo lo experimenté, no era un lugar de castigo, un lugar que provocara miedo: no era un sitio al que mandaban a uno por no portarse adecuadamente. Sin embargo, ahora he descubierto que guarda gran semejanza con las zonas con luz tenue, pantanosas y más bajas de la vida después de la vida como la describieron muchas sociedades antiguas.

El reino del alma es como un océano. Es vasto. Cuando el cuerpo físico y el cerebro —que actúan como amortiguadores en este mundo cuando estamos vivos— se retiran, corremos el riesgo de caer en los reinos más bajos del mundo espiritual: reinos que corresponden directamente a las partes más bajas de nuestra psique y que, como tales, son extremadamente turbias. Creo que esto es de lo que hablaban los antiguos cuando sacaban a colación los reinos de la vida después de la vida que eran tristes, oscuros y miserables. Y esta es la razón por la cual la iniciación era tan importante, tanto en Grecia como en tantas otras culturas antiguas. Por medio de iniciaciones, se le recordaba a la gente sus verdaderas identidades como seres cósmicos cuya estructura interna reflejaba directamente la estructura de los mundos espirituales que le aguardaban cuando muriera. La idea de que el alma humana estaba modelada en virtud de esos mundos espirituales significaba que al seguir el mandato griego antiguo de «conócete a ti mismo», uno también aprendía a conocer el cosmos que nos permitió nacer. Las iniciaciones con frecuencia tenían partes aterradoras porque el mundo espiritual tiene sus áreas oscuras, al igual que la psique humana. Sin embargo, estos ritos parecen haber sido en su mayoría profundamente reafirmantes. Los iniciados sabían que los ritos que habían experimentado los habían preparado tanto para soportar las cargas de la vida terrenal como para hallar su camino de regreso a casa en las regiones más elevadas del mundo cuando volvieran a entrar a él cuando murieran. Esas eran las *realidades* de esos pueblos antiguos. Lo que decían respecto de ellas se basaba, al menos parcialmente, en la experiencia, por lo que sus escritos sobre estos temas pueden ser emocionantes y, para algunas personas, aterradores.

Pero no hay necesidad de temer. Una vez liberados del sistema de amortiguamiento que proporcionan nuestros cerebros físicos y cuerpos, llegaremos hasta donde pertenecemos. Incluso si no somos perfectos (y yo sé un poco al respecto, porque decididamente no lo soy) llegaremos hasta ese reino de luz y amor y aceptación. No tiene que ver con ser un santo ni con ser perfectos (lo cual, a un profundo nivel espiritual, ya somos). Pero *sí* tiene que ver, creo, con estar abiertos. Lo suficientemente abiertos como para permitir que nos arranquen de los reinos de la oscuridad en el más allá, que corresponden al mar de nuestras propias regiones más tenebrosas y débiles, y nos lleven hasta esas regiones de luz a las que todos tenemos capacidad de entrar si queremos.

Fui rescatado, creo, porque una vez fuera de mi cuerpo físico estuve lo suficientemente abierto como para estar listo para decir que sí a la melodía giratoria y a la luz que provenía de ella cuando bajó y abrió el portal hacia los reinos más elevados. Ofreció ser mi guía, y no tardé mucho en decir sin palabras que sí a su invitación a seguirla hacia arriba, hasta el mundo de la luz. Esta parte de mí reaccionó con alegría, alivio y reconocimiento cuando, con sus filamentos radiantes de oro, bajó para «recogerme». Pero hay personas que no están abiertas ante esa bondad, cuando viene por ellos. Cuando esa luz desciende, nada en ellos le dice que sí. Así que se quedan donde están —en la oscuridad— hasta que están listos para que los saquen de ella. Saber

esto por adelantado es inestimable y por esta razón, para los antiguos, el conocimiento de la existencia de los mundos del más allá y de cómo era su aspecto constituía uno de los regalos más grandes del cielo.

EL REGALO DEL SIGNIFICADO

Más que nada, el futuro de la civilización depende de cómo se relacionen entre sí las dos fuerzas más poderosas en la historia, la ciencia y la religión.¹

ALFRED NORTH WHITEHEAD (1861-1947), filósofo

Retomando el espíritu de las religiones del misterio, dentro de las cuales él mismo era un iniciado, Platón puso en entredicho la filosofía homérica respecto al más allá, que generalmente defendía que esa región triste y gris era todo lo que la gente podía esperar. Lejos de ser una disminución o un alejamiento del brillo y la luz de sol y el júbilo de la vida terrenal, el mundo del más allá, cuando alcanzamos sus planos más elevados, es mucho más real, más vívido y más vivo que este. Lo que nos aguarda tras la muerte, alegaba Platón, es el mundo real, y toda la vida en este mundo es solo una preparación para ella. De ahí su famosa máxima de que toda la filosofía verdadera es «una preparación para la muerte».

Platón nos habla directamente cuando dice esto. A diferencia de su maestro Sócrates, quien al igual que Jesús no dejó nada escrito, Platón creía en el valor de la escritura: en salvar las ideas importantes por medio de palabras escritas, y no solo de la memoria, para que las personas olvidadizas de épocas futuras pudieran aprender de nuevo lo que realmente necesitaran saber. Las verdades de las religiones del misterio necesitaban nuevas formas de expresión. Vio, o creyó ver, hacia dónde iban las cosas. Al igual que todos los grandes maestros espirituales, creía que la verdad se debe compartir. (Y, cabe decirlo, igual que Jesús y muchos otros maestros espirituales, también tenía sus dudas respecto a la habilidad de las personas para escuchar.) Por medio de sus escritos, Platón nos estaba dando las respuestas a esas tres grandes preguntas que enumeramos al principio del libro. Las dejó por escrito bastante deliberadamente, para que aquellos que vinieran después de él tuvieran acceso a ellas. Quizá no sea una exageración decir que estaba tratando de guardarlas para nosotros.

Pero —y esta es una gran razón por la cual, como científico, su historia me parece tan cautivadora— Platón necesitaba que Aristóteles hiciera que su mensaje quedara completo. De hecho, al decir que la muerte es mejor que la vida, Platón abrió la senda para todas las variadas ideologías que han menospreciado la existencia física: desde los filósofos del existencialismo negativo que afirman que la vida no tiene sentido, hasta los predicadores que creen en el fuego y el azufre, que ven la existencia terrenal como algo

puramente maligno. Aristóteles fue un correctivo en este sentido: al atraer la atención hacia las maravillas del mundo físico y documentarlas con clara visión del orden en que se manifestaban, creó la tradición de la observación disciplinada y el entusiasta aprecio por el mundo material que desempeñó un papel muy importante en la formación del espíritu de la ciencia moderna.

Lo que necesitamos hoy es una combinación de lo mejor del espíritu platónico y aristotélico. Esa es la nueva visión de la que la gente está ávida y que está comenzando a adoptar debido a lo que está aprendiendo por su cuenta a través de experiencias personales. Muchos han reconocido que la distinción Platón-Aristóteles reside en las propias raíces de quienes somos. (Arthur Herman, en su reciente libro *La cueva y la luz*, cuenta la historia completa de la cultura occidental al usar esta diferencia básica entre Platón y Aristóteles como marco de referencia.) Es vital que estos conocimientos no se queden atrapados en libros de historia antiguos y polvorientos: justo son los conocimientos que necesitamos ahora.

Creo que la época que viene planteará retos terribles, como todo el mundo está empezando a notar, pero también puede ser una época en que el cielo y todo lo que contenga puedan tomarse en serio de nuevo. Si esto sucede —si suficientes personas se animan y empiezan a hablar acerca de las experiencias descritas en este libro— la tendencia en cuanto a creencias cambiará de verdad. Los espíritus platónico y aristotélico se unirán como nunca hasta ahora han hecho y tendrá lugar un radical cambio en las visiones del mundo, el mayor cambio que se ha dado en la historia.

Esto no significa que, cuando suceda, los secretos de los mundos del espíritu incomprensiblemente vastos que están más allá del mundo físico sean examinados bajo el microscopio. El universo —y en particular esa parte tan misteriosa, personal y difícil de definir del universo llamada conciencia— simplemente no puede tratarse así. Para estudiar la conciencia, para estudiar las cosas del cielo (los reinos no materiales), uno debe llamar a la puerta humildemente y con esperanza, como Jesús aconsejó, y pedir, no exigir, que lo dejen entrar. En ese sentido, podría decirse que la ciencia tendrá que convertirse, una vez más, en una especie de religión del misterio moderna. Tendrá que aproximarse a la verdad con respeto, con sumisión. Habrá de volver a aprender cómo solicitarle cosas al universo en vez de exigirselas. En otras palabras, deberá rendirse ante la evidencia que el universo presenta de sí mismo. Y el hecho es que desde hace más de cien años el universo ha dado muestras a la ciencia moderna de que es en primer lugar espiritual, y en segundo, físico. El problema no es la evidencia, sino el hecho de que tantos científicos son demasiado tercos para mirarla.

La ciencia —y quizá principalmente la medicina— siempre ha tenido algo de iniciático. Siempre ha sido un club, con reglas para los socios y un lenguaje esotérico ininteligible para las personas que no pertenecen a él, y duras pruebas y exámenes que superar antes de poder entrar al santuario y poderse considerar un miembro de pleno derecho. Yo lo sé bien. Recuerdo vívidamente el día en que me gradué en la Facultad de

Medicina, el día que realicé mi primera operación solo, el día en que por primera vez fui pieza fundamental para salvar la vida de alguien... La vida moderna está llena de grupos con un cariz iniciático. Las fraternidades y hermandades de las universidades, los clubes sociales y deportivos... todas estas organizaciones tienen ceremonias de iniciación (aún acompañadas con frecuencia por duras pruebas desgarradoras y a veces controvertidas) cuyos orígenes se remontan a los ritos de iniciación que definieron y dieron forma a la vida de las personas en buena parte de los mundos antiguos y primordiales. El paracaidismo que practiqué en la universidad podría considerarse que no fue más que otra —realmente maravillosa— práctica iniciática. Nunca olvidaré las dos palabras que mi instructor —podríamos llamarlo mi iniciador— me dijo ese día en septiembre de 1972 cuando se abrió la puerta del Cessna 195 monomotor para mi primer salto: «¿Estás listo?».

Estimado doctor Alexander:

Soy un maestro de yoga y espiritual y cuando mi padre yacía en su lecho de muerte vi que mi madre estaba sufriendo muchísimo. Él estaba descargando su ira hacia ella conforme perdía el control de su vida. Ella seguía amándolo incondicionalmente; sin embargo, se sentía desconsolada. Su vida había estado atada a él. Incluso me dijo que una vez que él se fuera, ella dejaría de comer.

Durante los tres meses previos a esto yo le había pedido tres cosas al Espíritu Santo. Una, que mi padre «sintiera» amor. Era un hombre ambicioso que no se cuidaba, y siempre había buscado la felicidad en el siguiente aumento de sueldo, el siguiente ascenso, el siguiente partido de golf. Con enojo y lleno de frustración, pedí que conociera este amor en todo su ser. En segundo lugar, pedí que mi madre supiera, de alguna manera, que él estaba vivo incluso después de que dejara su cuerpo.

[...] Un día... tomó la mano de mi madre y la mía y las lágrimas surcaron su rostro. Al mirarla, dijo: «Te he buscado toda mi vida. Eres el amor de mi vida». Procedió a decir cuánto nos amaba a mi hermana y a mí, y cuánto significábamos para él. Al instante estábamos todos llorando y hablando con el corazón en la mano. Se durmió. Cuando despertó no recordaba esto. No obstante, nos había animado a mi madre y a mí y se lo agradecí al Divino a lo largo de varios días después.

[Después de que mi padre muriera,] mi madre me pidió que regresara en tres semanas para ayudarla a dejar de comer... En dos semanas llamó para decir que iba a venir desde Florida hasta Maine para pasar la Navidad con nosotros. Tenía una noticia emocionante que contarnos en persona. Una vez estuvimos en casa de mi hermana me pidió que me sentara en su cama. Le pregunté qué había hecho que cambiara tanto. «Es difícil de creer —me respondió— pero hace tres noches me desperté y tu padre estaba sentado en el borde de mi cama». «¿Era un sueño, mamá?», le pregunté. «No. Era más real que tú. Parecía tener unos cuarenta y cinco años. Me miró con tanto amor, con un amor tan completo, que supe que me estaba esperando». Me sorprendió el cambio en ella; ya no sufría, estaba en un lugar de paz.

Después de esto decidió operarse a causa un aneurisma... Las enfermeras dijeron que nunca se quejó y que parecía tener una luz que la rodeaba. Yo mismo la noté. A pesar de que la operación no tuvo éxito, intentó recuperar su fuerza física con ayuda de fisioterapeutas. Con serenidad, pidió que la desconectarán de la máquina de respiración y me senté con ella mientras se dejaba ir. Tuvimos mucho tiempo para hablar y reír y verdaderamente conocernos mutuamente antes de que falleciera.

Ella sabía que era Espíritu Puro que estaba teniendo una experiencia humana y que era eterna y amada. Gracias SER Divino y todos los maestros que están aquí para ayudarnos a conocer nuestra Verdadera Naturaleza.

He llegado a sentir que la travesía que narré en *La prueba del cielo* fue una especie de iniciación moderna a los misterios: una en la que, al igual que un iniciado en los misterios, morí a mi antigua visión del mundo y nací en una nueva. Hay muchas

personas que están atravesando por versiones de lo que yo atravesé, experiencias espirituales que cambian lo que son. Es casi como si nosotros, como cultura, estuviéramos pasando por una iniciación masiva. El historiador contemporáneo Richard Tarnas lo plantea así:

Creo que la humanidad ha entrado en las fases más críticas de un misterio muerte-renacimiento. Todo el camino de la civilización occidental ha puesto a la humanidad y al planeta en una trayectoria de transformación iniciática, primero con la crisis nuclear y después con la crisis ecológica: un encuentro con la mortalidad que ya no es individual y personal, sino más bien transpersonal, colectivo, planetario.²

Esto no es algo que resida en el futuro. Está ocurriendo ahora. Una nueva visión de la realidad está construyéndose de manera lenta pero segura: no solo dentro de las mentes de pensadores contemporáneos como Tarnas, sino también en la gente común. Gente que ha captado de un vistazo de lo que realmente somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos en realidad, y que al igual que yo está buscando un nuevo vocabulario y una nueva visión del mundo donde podamos hacer que esto quepa.

Esto no se logra fácilmente. ¿Cómo podría reemplazar su antigua visión del mundo por una nueva sin caer en caos absoluto? ¿Cómo puede dar este paso de un mundo ordenado hacia otro sin correr el riesgo de resbalarse y caer entre los dos? Requiere valor. Valor que, creo, obtendremos si lo pedimos.

Reprimir los conocimientos jamás es responsabilidad de los científicos, no importa lo incómodos que sean estos conocimientos, ni cuánto pueden llegar a molestar a aquellos que ostentan el poder. No somos lo suficientemente inteligentes como para decidir qué conocimientos son permisibles y cuáles no.

CARL SAGAN (1934-1996)

En su libro de 1987, *A Farther Shore* [Una costa más lejana] (publicado de nuevo recientemente bajo el título de *Farther Shores* [Costas más lejanas]), la doctora Yvonne Kason escribe acerca de una experiencia cercana a la muerte que tuvo cuando como médico en prácticas acompañaba a un paciente enfermo en una avioneta. Esta cayó en un lago canadiense helado. Yvonne forcejeó mientras que el agua inundaba la cabina y trató de sacar a su paciente, atado con correas a una camilla difícil de manejar, por la puerta frontal para pasajeros. Para cuando se percató de que era imposible sus manos estaban congeladas y prácticamente no las podía utilizar, así que optó por arrastrarse a través de la puerta de entrada que estaba inundándose y nadó hasta la costa.

Sufría violentos accesos de tos, tenía todo el cuerpo entumecido y casi no podía mantener el rostro fuera del agua helada, pero Yvonne de repente descubrió que estaba flotando, con facilidad y tranquilidad, a varios cientos de metros por encima del lago. Podía verse a sí misma nadando hacia la costa, así como el avión semisumergido del cual había escapado, con completa claridad. Sabía que el paciente que todavía estaba atado a la camilla dentro del avión probablemente estuviera condenado a morir y que, dada la

velocidad de la corriente y la temperatura del agua, ella también. Sin embargo, se sentía completamente en paz. Sabía que, sin importar lo que ocurriera, era profundamente amada y que la cuidaban. Nada podía salir mal.

Kason luchó hasta llegar a la costa congelada junto con otras dos personas que también viajaban en la avioneta y esperó a ser rescatada. Un helicóptero llegó al cabo de un rato y «mientras flotaba entre la conciencia paranormal y la normal», como manifiesta en su libro, Yvonne por fin llegó a un hospital donde las enfermeras la llevaron a una sala de hidroterapia y la sumergieron en un *jacuzzi*:

Mientras estuve sumergida en el agua caliente que se movía formando remolinos —escribe— sentí que mi conciencia se encogía a partir de su estado expandido y me tiraban de la parte superior de la cabeza para devolverla a mi cuerpo. La sensación fue similar a lo que me imagino debe de sentir un genio al ser succionado para que regrese a su pequeña botella. Oí un zumbido, sentí la sensación de que tiraban de mí hacia abajo y, de repente, fui consciente de que estaba de nuevo completamente dentro de mi cuerpo.

Es una historia increíble, pero lo más extraordinario fue lo que le pasó a Kason como consecuencia. «Los meses de transformación tras mi experiencia cercana a la muerte —escribe— hicieron que me quedara con una sensación de estar psicológicamente fuerte, clara y centrada. Sentí una tremenda fuerza interna y el valor para hablar con sinceridad. La experiencia sigue siendo una tremenda fuente de inspiración aunque hayan pasado ya unos quince años. Y lo más importante: con ella comenzó un proceso de transformación espiritual que ha continuado hasta hoy.»

Pero esa transformación no tuvo lugar de un día para otro, ni tampoco estuvo libre de algunas conmociones que afectaron la antigua visión de la realidad de Kason. Relata:

Cuando finalmente regresé al trabajo, había recobrado mucha de la sensibilidad en la punta de los dedos de las manos y me sentía bien física y emocionalmente; pero todavía no sabía que había tenido una experiencia cercana a la muerte, y en definitiva no sabía que una experiencia cercana a la muerte pudiera dejar la mente abierta ante aportaciones psíquicas. Imagínese mi sorpresa cuando, unos dos meses después del accidente, tuve mi primera experiencia psíquica.

Una noche después del trabajo me dirigía conduciendo a visitar a mi amiga Susan. Cuando me detuve en un semáforo en rojo, una imagen vívida, brillante y casi luminosa me saltó al ojo de la mente: un cerebro recubierto de pus. La imagen era tan clara que me dejó pasmada.

Estaba segura de que la imagen que vi representaba meningitis, una inflamación de las meninges, las membranas que recubren el cerebro. También estaba segura de que era el cerebro de Susan. De entrada, desconcertada por la experiencia, decidí no mencionárselo a nadie. Pero cuando llegué a casa de mi amiga, le pregunté cómo se sentía. Me contestó que llevaba varias horas con un dolor de cabeza severo e inusual —un síntoma clásico de la meningitis—. No quería alarmarla, pero solo para estar segura, le pregunté acerca de otros síntomas comunes de la meningitis. Aunque no tenía ninguno de ellos, la imagen del horrible cerebro cubierto de pus me obsesionaba y sentí que debía decir algo. De manera titubeante, le hablé de la visión y de lo que pensé que representaba. Susan reflexionó sobre ello unos segundos y luego preguntó cómo podría saber si su dolor de cabeza indicaba meningitis temprana.

Yvonne le explicó los síntomas e hizo que Susan le prometiera que si aparecían, iría a Urgencias. Aparecieron y fue. «Cuando se fue a Urgencias —escribe Yvonne— los médicos le hicieron una punción lumbar y confirmaron que tenía un tipo de meningitis

raro y con frecuencia letal. El diagnóstico temprano permitió que fuera sometida con éxito a un tratamiento, y pudo regresar a casa en dos semanas.»

Yvonne al principio no se explicaba esta nueva habilidad. Sin embargo, unos cuantos años después, cuando conoció a Kenneth Ring, mi socio en los estudios de casos cercanos a la muerte, supo que una percepción más despierta del mundo es un efecto común de las experiencias cercanas a la muerte.

Joseph Campbell, en su libro clásico de 1949, *El héroe de las mil caras*, alegaba que todos los mitos y leyendas son, en esencia, una misma historia. En síntesis, la historia va así: un individuo (nos referiremos a esta persona como «él» para simplificar, aunque las heroínas de esta naturaleza abundan) es arrancado repentinamente de su vida normal y llevado a un escenario extraño y nuevo. Allí, se enfrenta a problemas, desafíos y aventuras que culminan en un encuentro con un dios o diosa. Si el héroe es hombre, el encuentro generalmente es con un ser femenino extraordinariamente bello y sabio —una especie de ángel— que guía al héroe hasta reinos incluso más elevados; quizá hasta llegar al Divino.

Este ser angelical es totalmente distinto al héroe y, sin embargo, al mismo tiempo — con esa lógica extraña que los mitos y los sueños pueden tener— es su ser más profundo.

Otro elemento común en esta historia universal es que el héroe sufre algún tipo de herida: tiene una debilidad que lo pone a prueba, lo atormenta y evita que cumpla su destino. Esa reunión en el mundo del más allá sana esta herida. Cuando el héroe regresa a su mundo, es una persona cambiada. Ha sido iniciado y, al igual que todos los iniciados, ahora es un ciudadano de dos mundos.

Con frecuencia, en estas historias hay un momento en el que el héroe, ya de vuelta en su mundo, lidia con el significado de lo que le ocurrió. Ciertamente fue muy real mientras tuvo lugar, pero se plantea que quizá todo fue un sueño.

Luego, a través de algún pequeño suceso, tal vez aparentemente insignificante, se confirman su aventura y las lecciones que aprendió en el mundo de arriba. Recibe evidencias, pruebas, de que su aventura fue real. Se da cuenta, de una vez por todas, de que no soñó el lugar al que fue y que el tesoro que trajo consigo de allí también es sólido y real.

¿Le suena familiar?

Los iniciados/héroes con frecuencia también son enterrados en criptas, tumbas u otras estructuras similares, donde sus cuerpos se quedan mientras que sus almas viajan a otros mundos. En mi historia, la «cripta» fue la cama 10 de Cuidados Intensivos, donde estuve acostado, inmóvil, rodeado por mis amigos y mi familia mientras que mi verdadero ser viajaba al Portal y al Núcleo. Los chamanes en ocasiones se rodean de su familia y amigos cuando entran en trance —cuando su alma deja el cuerpo para viajar a los mundos de arriba y abajo de la tierra—. De igual manera, mis hijos, Bond y Eben IV;

mi exesposa, Holley; mi madre, Betty, y mis hermanas Jean, Betsy y Phyllis estuvieron reunidos a mi alrededor, vigilándome constantemente hasta que mi travesía se hubo completado.

Mi herida, mientras tanto, era una lucha subconsciente de toda una vida contra el hecho de no sentirme merecedor de ser amado a consecuencia de mi abandono y posterior adopción cuando era un niño. En mi experiencia cercana a la muerte, mi ángel guardián me brindó el amor incondicional supremo que tantas otras personas que han viajado fuera de su cuerpo han llegado a conocer tan bien. Así inició mi sanación profunda.

Mi historia fue particularmente dramática. Pero desde que regresé he podido comprobar que la gente vive historias parecidas a la mía de manera constante. Esta es exactamente la razón por la que Campbell le puso a su libro ese título. Todos somos, señalaba, héroes. Y todos pasamos por travesías similares. Esta es una razón importante, ahora me percaté de ello, por la cual nunca me canso de viajar y contar mi historia (algo que he estado haciendo casi sin parar desde que salió *La prueba del cielo*) y por la cual la gente no se cansa de escucharla. Cuanto más la cuento, más fuerza me da, y cuanto más veo en la mirada de los que me escuchan el impacto que les produce, mayores son mi júbilo y mi gratitud.

En muchos escenarios de iniciación aparece un monstruo voraz al que el héroe se enfrenta y vence. La meningitis bacteriana, la enfermedad que yo sufrí y la enfermedad que alertó a Yvonne de sus nuevas habilidades psíquicas, fue el equivalente médico moderno de uno de esos dragones que escupen fuego o monstruos devorahombres a los que tan frecuentemente debían hacer frente los héroes de mitos y leyendas en sus rituales de iniciación. La meningitis bacteriana en realidad sí trata de comerte. La dura prueba de Yvonne en las aguas heladas del lago también me recordó que muchos escenarios de iniciación comienzan con una inmersión en agua. Mi propia historia, de hecho, había comenzado asimismo con una inmersión, aunque de un estilo muy diferente. *La prueba del cielo* comienza cuando me levanto de la cama temprano la mañana de un lunes con un dolor insoportable de espalda y me meto en la bañera en un intento por aliviarlo.

El agua es un símbolo primario del renacimiento. Los antiguos rituales del misterio con frecuencia incluyen inmersión en agua. La palabra «bautizo» proviene del griego «*baptismos*», que significa sumergimiento o lavado ceremonial. El bautismo era y es una manera ceremonial de limpiar la «mugre» que se ha acumulado durante nuestra travesía terrenal, para que podamos recobrar nuestra naturaleza original celestial. No es que yo estuviera pensando en ello de esa manera en ese momento. En ese momento lo que tenía era un horrible dolor de espalda, estaba a punto de llegar tarde al trabajo y solo quería seguir adelante con mi día.

Una vez que logré salir de la bañera, me puse mi albornoz de felpa morado (las prendas rojas, me informó después un lector, tenían un significado ritual en las antiguas ceremonias cristianas de bautizo) y haciendo pinitos regresé a la cama. Cuando

revisábamos exhaustivamente este fragmento de texto, Ptolemy Tompkins, mi colaborador en este libro y en *La prueba del cielo*, varias veces quitó lo de «haciendo pinitos». Yo lo volvía a poner. Después, Ptolemy dijo que yo había estado en lo correcto al dejar la palabra. Al igual que muchos iniciados anteriores a mí, tuve que convertirme primero en alguien «parecido a un niño pequeño» que da sus primeros pasos antes de poder viajar de regreso a mi tierra de origen. Y en cierto nivel yo lo sabía, aunque conscientemente no lo supiera en absoluto.

Aquí, al igual que en muchos otros lugares de la historia, los detalles mítico-rituales simplemente estaban *ahí*. Yo no planeé nada de este simbolismo por adelantado. Aquí en mi historia, al igual que en todas partes de nuestras vidas, el significado es endémico a la vida. Si lo buscamos, lo encontraremos. No necesitamos colocarlo ahí.

Estimado doctor Alexander:

El 10 de noviembre de 2007 me mordió una serpiente venenosa en La Grange, Texas. Recibí seis unidades de sangre y dieciocho unidades de antídoto contra el veneno tras un viaje en helicóptero de más de cien kilómetros, y en Urgencias de Austin estaban convencidos de que yo no sobreviviría. Estuve en Cuidados Intensivos solo dos días, pero durante las primeras doce horas, aproximadamente, estuve inconsciente. Aunque no recuerdo los detalles como usted, estoy convencido de que me comuniqué con mi padre, que en esa época pasaba por las últimas fases del alzhéimer. Falleció antes de que hubieran pasado dos meses, pero dos días antes de su muerte, mientras yo lo visitaba, ocurrió algo que realmente me abrió los ojos. Cuando nos estamos preparando para irnos, el hombre que prácticamente había estado sin hablar y sin reconocer a nadie durante meses, me tomó de la mano [...] sus ojos bien abiertos [y] me miró como diciendo: «Vá a estar bien, vete ya».

Realmente nunca hablé con nadie del suceso, incluso tras su fallecimiento, salvo con mi esposa, quien estaba conmigo en ese momento. Siempre sentí que de alguna manera nos habíamos comunicado sin saberlo y ahora, tras leer su libro, estoy convencido de que así fue. Además, tras mi experiencia, ha cambiado mi actitud con respecto a la muerte (al menos a mi propia muerte), en el sentido de que no tengo miedo de morir y casi me siento invencible. No en una forma suicida, sino en una forma reconfortante, lo cual significa que no le temo, sino que casi la acepto con los brazos abiertos. Siempre he creído en Dios, al igual que mi familia, pero siento que he estado en contacto con Dios de un modo que todavía no entiendo. Solo quiero que usted sepa que aunque todavía no entiendo por completo lo que realmente me pasó durante el tiempo que estuve inconsciente, cada vez estoy más y más convencido de que no fue un sueño. Gracias por su maravilloso libro; le deseo que no deje de triunfar al transmitir el mensaje a tantas personas como sea posible.

THOMAS MUELLER

El término del pueblo dogón de África para «símbolo» es muy interesante: «palabra de este mundo inferior». Este mundo material es completamente simbólico. Siempre está tratando de hablar con nosotros, tratando de recordarnos lo que se encuentra detrás y encima de él. Cuando leemos libros o vemos películas, esperamos trasfondos simbólicos. Pero la vida misma es simbólica. El significado no es algo que nosotros le agreguemos a la vida. Ya está ahí.

Esta realidad ha creado en mí un interés creciente en lo que el psicólogo Carl Jung llamó «sincronicidad»: una coincidencia temporal de dos o más sucesos relacionados entre sí por el sentido, pero no de manera causal. Todos experimentamos sincronicidades. No solo coincidencias, sino conjuntos completos de sucesos que casi

gritan su significado. Jung sintió que estos sucesos eran tan claramente reales que exigían atención científica. Fue una revelación sorprendente, considerando los años fuertemente materialistas de mediados del siglo XX en los cuales desarrolló la mayoría de su trabajo.

Y resultó completamente escandaloso. «Significado», para sus colegas científicos, no solo no era una palabra científica: era rotundamente anticientífica. La ciencia dice que el significado es una ilusión, una proyección. Inventamos un significado en nuestra cabeza y luego lo lanzamos hacia el mundo, con la esperanza de que pegue. El aceptar el significado como algo real representaría que nos volveríamos a caer en el pozo sin fondo de ignorancia y superstición del cual los científicos nos sacaron tras dedicar a ello un tiempo muy largo y laborioso. Los filósofos y poetas pueden preguntar qué significan las cosas. Los científicos, Jung bien lo sabía, no. De todos modos siguió adelante y lo hizo.

La sincronicidad más famosa en la vida de Jung ocurrió durante una sesión con una paciente suya que estaba describiendo un sueño en el que le habían dado un escarabajo dorado: un escarabajo egipcio tallado.

«Mientras me estaba contando este sueño —escribe Jung— yo estaba sentado y le estaba dando la espalda a la ventana cerrada. De repente escuché un ruido detrás de mí, como un golpeteo ligero. Me di la vuelta y vi a un insecto volador que pegaba contra el cristal de la ventana desde afuera. Abrí la ventana y atrapé a la criatura en el aire cuando entró volando.»³

Al ser un agudo observador del mundo natural, Jung identificó al escarabajo con rapidez. «Era la analogía más cercana a un escarabajo dorado que uno pudiera encontrar en nuestras latitudes, un escarabeido, el abejorro de la rosa (*Cetonia aurata*) común, que contrariamente a lo que en él era habitual había sentido evidentemente el impulso de entrar a un cuarto oscuro en ese momento en particular.»⁴

En todo el mundo en la actualidad, las personas atraviesan experiencias, desde las vastas hasta las aparentemente insignificantes, que transmiten un solo mensaje: el mundo tiene significado. Los mundos más elevados nos hablan donde quiera que estemos. Todo lo que necesitamos hacer es escuchar. Al igual que en mi caso, a estos nuevos iniciados se les abrieron los ojos ante un misterio que trasciende todos los argumentos entre una religión y otra, entre la religión y la ciencia, entre la creencia y la incredulidad. Nos hemos convertido en personas en las cuales una dañina división en lo más interno de nuestra psique (una que con frecuencia ni siquiera sabíamos que teníamos) ha sanado. El espíritu de Platón y el de Aristóteles se están juntando dentro de nosotros. Como resultado, encontramos que ahora vivimos en un mundo nuevo.

Estimado doctor Alexander:

Déjeme comenzar por decirle que NUNCA le había escrito antes a un autor. El 21 de octubre de 2013, nuestro hijo de veinticinco años ingresó en el hospital con lo que pensamos que era una infección estomacal o intoxicación por alimentos. Pero muy pronto empeoró y lo trasladaron a Cuidados Intensivos. Allí, sus órganos prácticamente dejaron de funcionar, uno detrás de otro. Su hígado dejó de procesar los antibióticos... su función renal se ralentizó... su páncreas tampoco estaba funcionando correctamente. Tenía insuficiencia cardíaca congestiva, así que sus pulmones se estaban encharcando. Por último, su corazón

entró en fibrilación atrial. No le podían dar glucosa por medio de su sonda intravenosa porque no querían que sufriera un coma diabético. Estaba conectado a once bolsas intravenosas distintas. No estaba respondiendo bien a ninguno de los tratamientos. Pensamos que estaba durmiendo mucho. Nunca dijeron que estuviera en coma, aunque sus muñecas y tobillos se «curvaran» hacia adentro, como usted lo explicó en su libro.

El hospital mandó llamar al capellán, al especialista en dolor [y] al especialista en cuidados paliativos. Nos proporcionó folletos sobre funerales y nos dijo que no había nada más que se pudiera hacer. Nos dijeron que no reemplazarían las sondas intravenosas una vez que las bolsas de medicamentos a las que estaban conectadas se vaciaran. Miramos y rezamos a medida que retiraban cada una de las bolsas de medicamentos, hasta que solo quedaba la solución salina. Conforme retiraban cada una de las bolsas, los órganos volvieron a funcionar... los médicos solo movían la cabeza en un gesto de incredulidad; uno me dijo que esa asombrosa recuperación se debía a algo más que a lo que habían hecho ellos. Nosotros también nos habíamos turnado y jamás lo dejamos solo en los nueve días que estuvo en Cuidados Intensivos ni durante los otros veinte días que permaneció en planta. Mi hijo fue trasladado a una habitación normal y luego al centro de rehabilitación del hospital. El 4 de noviembre su corazón adquirió un ritmo sinusal normal por sí solo.

Era encantador y brillante... Cumplió años durante su estancia en rehabilitación. Una de las enfermeras le trajo un ejemplar de su libro *La prueba del cielo*. Un par de días después, cuando estábamos solos y tranquilos, le pregunté si quería que le leyera un capítulo. Aceptó encantado. Después de estar leyendo un rato, me di la vuelta para verlo y comprobé que mi hijo, un chico fuerte de 1,93 metros de estatura, tenía lágrimas en los ojos. Le pregunté si el libro lo estaba alterando y si quería que me detuviera. Me dijo que no, que siguiera leyendo. Quería que continuara durante un par de capítulos más.

Esa noche, cuando estaba preparándose para dormir, me confesó en voz baja: «Hablé con Dios en Cuidados Intensivos. Me preguntó si quería quedarme con Él o irme a casa. Le dije que quería irme a casa. Yo no sabía que otras personas pensarán que se habían ido al cielo. Estábamos al lado de las puertas del cielo. Había mucho verde más allá. Después te contaré más sobre ello».

Lo asombroso fue que un par de días después, le pregunté a la enfermera cuándo había leído el libro y me respondió que no lo había leído. Me comentó que alguien le recomendó que nos consiguiera un ejemplar y así lo hizo.

Mi hijo regresó del hospital a casa el 19 de noviembre de 2013. Su libro lo ayudó a comprender lo que había pasado... Seguimos leyendo capítulos hasta que llegamos a la parte en la que usted también se fue a casa. Llegados a este punto, mi hijo me pidió que no retomáramos la lectura hasta pasadas un par de semanas. Quería procesarlo. Nunca lo hicimos. Solo lo tuvimos seis semanas en casa; no pudo contarnos más acerca de su experiencia. Murió el 4 de enero de 2014 a raíz del virus de la influenza H1N1: 2009 (influenza porcina).

Muchas gracias por escribir su libro. Nos ayudó a todos inmensamente. Cuando mi hijo falleció, supongo que regresó a las puertas del cielo y que habló con Dios de nuevo.

Sinceramente,

CLAIRE

En diciembre de 1991, una psicoanalista muy conocida de San Francisco llamada Elizabeth Lloyd-Mayer tenía un problema. El arpa de gran valor sentimental de su hija fue robada durante un concierto. Mayer se sirvió durante dos meses de todos sus recursos para recuperar el instrumento. Finalmente, como escribe en su libro *Conocimiento extraordinario*, una amiga le dijo que si de verdad estaba preparada para hacer lo que fuera con tal de recuperar el arpa de vuelta debería probar con un zahorí. «Lo único que yo sabía acerca de los zahoríes —escribe Mayer— era que se trataba de una especie extraña de individuos que localizan agua subterránea con una rama ahorquillada.» Para Lloyd-Mayer, una profesora de psicología en la Universidad de California, Berkeley, aquello era un territorio desconocido.

Para Lloyd-Mayer la idea de que una pertenencia perdida suya pudiera ser localizada físicamente por un completo desconocido era pura fantasía. Violaba todas las reglas de la lógica del mundo en el que había estado viviendo y en el que había ejercido con éxito su profesión de psiquiatra durante décadas. No obstante, quería recuperar esa arpa como fuera.

Lloyd-Mayer se esforzó al máximo por mantener a raya a su crítico interno y llamó al número de teléfono de un destacado zahorí en Arkansas que su amiga le había proporcionado.

«Deme un segundo —le pidió el zahorí—. Le diré si todavía está en Oakland.» Y le dijo que sí estaba. Sirviéndose de un mapa con las calles de la ciudad, indicó la casa exacta donde, según él, se encontraba el arpa. Lloyd-Mayer se preguntó qué hacer con esta información. No podía simplemente llamar a la puerta de la casa con la noticia de que un zahorí le había dicho que el arpa de su hija estaba allí.

Entonces le llegó la inspiración: imprimió unos carteles sobre el arpa y los pegó en un radio de dos manzanas alrededor de la casa. Tres días después, recibió una llamada. La persona que estaba al teléfono le comunicó que había visto el cartel y que su vecino tenía el arpa. Tras algunas llamadas telefónicas, se concertó una cita con esa persona, que devolvió el instrumento.

Al conducir de regreso a casa con el arpa recuperada de su hija en el asiento trasero del coche, Lloyd-Mayer tuvo una revelación de cuatro palabras:

«Esto lo cambia todo.»

Esta historia describe cómo muchos de los que integramos la comunidad científica a veces nos vemos obligados a cambiar nuestra visión del tipo de lugar que es el mundo. A veces se dan situaciones en las que nos vemos forzados a considerar todas las antiguas explicaciones para un nuevo tipo de fenómeno. Cuando estas no funcionaron, nos vimos forzados a considerar la posibilidad de que el mundo como lo entendíamos no fuera el mundo como realmente es. Esto, a su vez, nos llevó a explorar nuevas formas de entender el mundo, formas que nos proporcionarán mejores respuestas que nuestros antiguos métodos.

Quizá sabíamos hace tiempo que existían estas maneras de mirar el mundo, pero las considerábamos absurdas. Quizá aún pensamos lo mismo, pero... queríamos recuperar el arpa.

Así que corrimos el riesgo. Nos armamos de valor y nos abrimos ante la posibilidad de un conjunto de ideas nuevo y radicalmente diferente sobre qué tipo de lugar puede ser en realidad el mundo.

En el caso de las personas como la doctora Lloyd-Mayer, lo que se obtiene de abrirnos a nuevas perspectivas fue mucho mayor, mucho más importante que un arpa: nos recuperamos *a nosotros mismos*. Aprendimos que cuando se trata de contestar a esas tres preguntas que ya se plantearon las culturas anteriores a la nuestra, esas respuestas pueden ser totalmente distintas a las que podríamos haber imaginado.

La historia de Lloyd-Mayer también muestra que usted no necesita tener una experiencia dramática como una experiencia cercana a la muerte para experimentar este cambio de perspectiva. Pero sí creo que difundirlo es el deber de aquellos de nosotros que *sí* hemos vivido estos tipos de experiencia más dramáticos: hablar de dónde hemos estado y qué hemos visto, y usar cada una de nuestras habilidades para dar vida a ese mensaje y traducirlo para este mundo.

Al igual que yo, Kason y Lloyd-Mayer eran doctores y los dos fueron arrastrados a la fuerza hasta este nuevo mundo donde el significado es real. Ambos lo lograron. Se convirtieron en doctores-iniciados de alto nivel dentro del club de la ciencia que no tuvieron miedo de entender que el significado, el lenguaje del mundo espiritual, es real, que otro mundo está tratando de hablarnos y que, mientras más escuchemos, más entenderemos. Las corrientes gemelas de la ciencia y el espíritu, en vez de pelear, están entrelazadas dentro de estos colegas médicos, de manera similar a como las dos culebras del caduceo se entrelazan en la vara sagrada que hasta la fecha puede verse en muchos consultorios médicos y farmacias.

Estimado doctor Alexander:

Mi esposa Lorraine falleció el 24 de junio de 2013; llevábamos veintiún años casados. A lo largo su vida, Lorraine fue muy espiritual y como integrante de la Iglesia metafísica de Arlington, Virginia, practicaba sanación reiki. Lorraine también tenía como «guías» a unos nativos americanos a quienes recurría en épocas difíciles. Tras el fallecimiento de Lorraine, cuando me tuve que enfrentar al reto de empaquetar mis pertenencias para mudarme a la ciudad, a mi nueva casa, me senté en la terraza y traté de relajarme. En esas estaba cuando, para mi sorpresa, una mariposa monarca apareció y revoloteó a no más de tres metros de donde yo estaba sentado. Como había vivido en esa propiedad desde hacía más de catorce años, sabía que las mariposas generalmente se presentan en grupos; sin embargo, esta mariposa iba sola. Y era la misma que volvía a aparecer cuando yo necesitaba salir. No estaba seguro de qué pensar, pero cuando un día saqué el coche marcha atrás me aseguré de que la mariposa no acabara atropellada.

[...] Pensé que quizá Lorraine habría regresado a la Tierra como mariposa pero necesitaba que me convencieran más... Yo era escéptico respecto a todo aquello que rayara en la espiritualidad... Esto ahora es el inicio de mi búsqueda de fe y tranquilidad.

Cuando Lorraine falleció, decidí donar su cuerpo para la ciencia. Transcurrido un período establecido, el cuerpo sería incinerado y me entregarían sus cenizas. La última voluntad de Lorraine era ser enterrada junto a un árbol para que su espíritu pudiera tener acceso a sus «guías». Retomaré esto a su debido tiempo.

Durante el proceso de empaquetar mis pertenencias para la mudanza, tuve que revisar los artículos personales de Lorraine, entre ellos sus joyas. Cuando abrí los cajones de su joyero, me encontré una y otra vez con artículos que representaban mariposas. Yo sabía que a Lorraine le gustaban esos insectos, pero también le gustaban otros objetos coleccionables como gnomos, edificios y personajes de la Aldea de Dickens, vacas de cerámica y sobre todo unas cien muñecas de colección que exhibía por toda la casa. Debe saber que mientras lo empaquetaba todo, la mariposa monarca estaba a la espera de mi salida.

[...] Tras instalarme en la ciudad, me mandaron las cenizas de Lorraine. Abrí la caja en la que fueron enviadas y saqué una urna de 10 x 15 centímetros con un bonito cordón atado alrededor. Casi no pesaba, hasta tal punto que cuando recogí la caja con las cenizas me vino a la mente el título de una canción de Peggy Lee: *¿Es eso todo lo que hay?* Puse a Lorraine en la librería del despacho y me puse a pensar en cómo cumplir su último deseo. Después de dos semanas con ellas, se me ocurrió un plan: le preguntaría a mi amigo Norman si le parecería bien que buscara un lugar para las cenizas de Lorraine dentro de las cinco hectáreas de bosques que le pertenecían a su hija y que estaban al lado de la Montaña del Sur en Maryland... Así que un día me puse de acuerdo con Norman para llevarla hasta ese pequeño pedazo de cielo y encontrar un buen árbol sólido donde pudiera descansar en paz.

Al llegar a la propiedad y empezar a plantearnos cuál podría ser el árbol «correcto», oh, sorpresa, apareció una mariposa monarca y revoloteó cerca de donde estábamos parados. Al igual que antes, cuando vi a la mariposa en la terraza de mi antigua casa, iba sola. Después de localizar el sitio correcto, Norman me ayudó a cavar un hoyo lo suficientemente profundo como para que cupieran las cenizas de Lorraine. Entonces desaté el cordón que había alrededor de la caja y la abrí. En su interior había una bolsa de plástico que contenía lo que quedaba de mi amada esposa y alma gemela. Entonces desaté la bolsa e instalé a Lorraine en su sitio de descanso final. En todo ese tiempo, la mariposa permaneció en la misma zona donde la dejamos: tuve la certeza de que Lorraine estaba allí en forma de mariposa monarca.

Para reforzar mi creencia, un broche de oro para esta historia: ayer llamé a Norman y le dije que me gustaría ir a la cabaña para verlo y conocer a su hija. Ayer se cumplieron diez días desde que enterramos las cenizas de Lorraine. Cuando estábamos dando un paseo por la propiedad de mi amigo, ¡adivine quién estaba revoloteando sola! ¡Sí! Ha acertado: la misma mariposa monarca que había llegado a mi vida hacía alrededor de un mes. Después de leer mi historia, puede optar por créersela o no. Puede decir que las mariposas monarca son comunes en la zona, pero considere que esta siempre iba sola.

DON ENTLICH

Si su esposo, a quien le encantan los pájaros cardenales, muriera y en el aniversario de su muerte usted caminara hacia su lápida y de casualidad se encontrara a un ejemplar posado sobre ella, tiene permiso para considerarlo como una señal. No deje que alguna voz dentro de usted le diga que la presencia del cardenal es una coincidencia. A menos que entienda la palabra «coincidencia», que significa que dos cosas ocupan un lugar, en términos de la expresión más profunda y adecuada, «sincronicidad».

«Si me sonríes —decía una frase de una canción de Crosby, Stills and Nash que estaba de moda durante mis días universitarios— entenderé, porque eso es algo que todos en todas partes hacen en el mismo idioma.» El universo habla un solo idioma y es el lenguaje del significado. El significado está integrado dentro de cada nivel del universo, incluso en el nivel donde vivimos, donde es más complicado verlo. Por esa razón, la queja principal que la gente tiene acerca de la vida moderna es que carece de significado. Bajo la superficie, es todo lo contrario.

EL REGALO DE LA VISIÓN

Donde no hay visión, la gente perece.

PROVERBIOS 29:18

Platón no usó la palabra, pero sospecho que hubiera valorado nuestro término moderno en inglés «*murky*» (nebuloso, turbio) para describir una situación. La palabra proviene del término del inglés antiguo *myrk*, que significa «oscuridad». Pero también cuando la escuchamos hay una fuerte sensación de tierra, de lo lodoso. Eso tiene sentido, porque la oscuridad contra la cual luchamos mientras estamos en la Tierra es precisamente *ese* tipo de oscuridad. San Pablo presenta la versión más conocida de esta idea cuando en la primera de Corintios nos habla acerca de ver el mundo «como a través de un cristal oscuro». La Tierra, según da a entender la sabiduría tradicional, es un lugar donde es difícil ver.

Pero la visión que la vida terrenal tapa tan radicalmente no es una visión física, sino espiritual: la visión que nos permite ver dónde estamos en el universo espiritual, así como la visión física nos permite ver dónde estamos en el mundo físico.

Hace doscientos años, en los albores de la visión científica y moderna del mundo, al poeta William Blake se le ocurrió un nombre para la negativa de la comunidad científica de ver y reconocer el lado espiritual del mundo. Llamó «visión única» a ese rechazo y a la filosofía que surgió junto con él.

Ahora tengo una visión doble...
Que Dios nos libre
De la visión única y del sueño de Newton.

El «Newton» al que Blake hace referencia es el matemático, físico y formulador de la ley de la gravedad, sir Isaac Newton. Uno de los más grandes científicos de la historia; quizá *el* más grande. Pero al margen de todos sus logros, también fue culpable de cometer un error. En concordancia con este pasaje escrito por René Descartes, dividió al mundo en un «interior» y un «exterior», y dijo que solo el último era verdaderamente real.

Observé que nada en absoluto pertenecía a la naturaleza de la esencia corpórea salvo que fuera una cosa con largo y ancho y profundidad, permitiendo varias formas y varios movimientos. También encontré que sus formas y movimientos eran únicamente modos, que ningún poder podría hacer que existieran por

separado de ella; y por otro lado que los colores, olores, sabores y el resto de tales cuestiones eran simples sensaciones que existen en mi pensamiento y difieren de los cuerpos en una medida no menor en la que el dolor difiere de la forma y el movimiento del instrumento que lo ocasiona.

Una vez que la ciencia lo hubiera medido todo en el mundo material, «exterior», Newton y otros científicos de su época creyeron que sabrían todo lo que había por saber. Dejaron la conciencia fuera del panorama. ¿Por qué incluirla? Usted no la podría encontrar. No podría dar con ella y medirla. No podría pesarla... Para ellos eso significaba que no era real.

Nuestro mundo sigue construido sobre esa antigua distinción entre la materia (el mundo «de allá afuera») y la mente (el mundo «de aquí adentro») que estableció Descartes. «Para bien o para mal —escribe el psicólogo Lawrence LeShan en su libro de 2013, *Una nueva ciencia de lo paranormal*— esta es una cultura científica. Escuchamos a líderes religiosos, gurús y políticos, pero las personas que creemos que dicen la auténtica verdad son los científicos.»

LeShan se pregunta a continuación qué podría pasar si la ciencia empieza a tomar al mundo espiritual en serio, algo para mí inevitable.

Pronto se volvería de dominio público —como cuando usamos la frase «todo el mundo lo sabe»— que el ser humano es más de lo que muestran los sentidos y que no estamos atrapados permanentemente dentro de nuestra propia piel. Pero estos hechos realmente no nos han afectado. No constituyen una amenaza al mundo habitual de nuestros sentidos. Las paredes de nuestras vidas no se desmoronan de golpe. Sigo como era antes, tras aprender que este escritorio aparentemente sólido en el que me recargo es simplemente un espacio vacío con áreas de masa, carga y velocidad que se mueven con rapidez dentro de él, que está compuesto por un «espacio vacío donde se aparecen singularidades», en palabras de Werner Heisenberg.¹

Nos despertaremos del sueño de Newton.

Estimado doctor Alexander:

El 19 de agosto de 1999, mi padre llevaba trece días en la Unidad de Enfermos Terminales del hospital de nuestra localidad. Había tenido una serie de derrames que lo habían dejado imposibilitado para responder a los estímulos. Tras discutirlo extensamente con los médicos, la familia decidió finalmente «dejar que se fuera».

Mis tres hermanos y yo estuvimos al lado de su cama veinticuatro horas al día, siete días a la semana durante esos últimos días. Alguien siempre estuvo en el cuarto con él. Alrededor de las cuatro de la mañana, empezó con ese patrón de respiración específico que indica que el final está cerca. Habíamos esperado que ocurriera antes, pero mi padre era fuerte y no tenía prisa por irse.

La habitación estaba completamente oscura excepto por una pequeña lamparita en la pared que emitía una tenue luz que iluminaba una pequeña área del suelo. Estábamos en el piso sexto o séptimo del centro, de modo que el brillo de las luces de las calles no penetraba a través de las ventanas de la habitación.

Mi padre dio su último aliento. Sus pies y manos estaban fríos. Yo estaba sentado como a treinta centímetros de distancia de la cama, con la cabeza descansando en las palmas de mis manos y mi codo sobre la rodilla. Él estaba vuelto hacia mí, con su cabeza a no más de treinta centímetros de la mía. Cuando estaba a punto de levantarme y estirarme y hablar con mi hermano y mis hermanas, algo me llamó la atención: parecía que tenía algo de polvo en la sien. Luego pensé: «¿Cómo puedo ver este "polvo"? ¡El cuarto está prácticamente a oscuras y, sin embargo, puedo verlo! ¿Cómo está iluminado?». Miré a mi alrededor en busca de alguna fuente de luz que pudiera estar iluminando la cabeza de mi padre, pero no hallé ninguna.

Cerré los ojos unos segundos para que descansaran, me los froté y los volví a abrir: y el polvo seguía ahí, todavía visible de algún modo. Me acerqué lentamente mientras esperaba que se fuera flotando, pero no lo hizo. Luego, mientras yo lo miraba, ¡algo empezó a liberarse del lado de la cabeza de mi padre! Mis ojos se abrieron como platos y respiré muy despacio, mientras trataba de entender lo que estaba viendo...

Una pequeña esfera, de no más de medio centímetro, ascendió muy lentamente desde la parte inferior de la sien de mi padre hasta la superficie. Era del color de ese hermoso azul intenso que uno encuentra en la base de la llama de una vela. Emitía rayos blancos. Me recordaron a las luces de bengala del 4 de Julio, pero emitía las chispas a cámara lenta. Después de quizá un minuto, ya había aflorado la esfera completa, un pequeño globo azul que irradiaba rayos blancos luminosos, sobre la sien de mi padre.

Tras unos cuantos segundos, la esfera levitó lentamente hasta pararse a unos sesenta centímetros por encima del cuerpo de mi padre, donde permaneció unos cuantos segundos. Luego lentamente se dejó ir más arriba y hacia el lado oeste de la habitación (de hecho, fue más que dejarse ir: parecía querer ir en una dirección específica), y acto seguido se elevó hasta alcanzar el techo y finalmente se fue.

Yo todavía estaba sentado en mi silla, que estaba orientada para poder ver hacia dónde partió la esfera. Me di la vuelta, esperando que alguien dijera algo, pero nadie lo hizo. No quería formular ninguna pregunta que pusiera palabras en boca de mis hermanos, así que simplemente pregunté: «¿Acaba de pasar algo?». Mi hermana dijo: «¿Te refieres a esa luz que acaba de salir del lado de la cabeza de papá?».

Creo que Shakespeare estaba en lo cierto cuando dijo: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra que todas las que pueda soñar tu filosofía».

David Palmer, Higganum, Connecticut

«¿Acaba de pasar algo?»

«¿Has visto eso?»

«¿Has oído lo que acabo de oír?»

La gente se hace este tipo de preguntas constantemente en situaciones como la de David: situaciones en las que un ser amado está muriendo y algo inexplicable —algo más que simplemente físico— acompaña el suceso. El método científico exige que un fenómeno sea visible para más de una persona y también exige que el fenómeno sea repetible. Es ahí cuando historias como la de David —que son increíblemente comunes— se vuelven presa fácil para los críticos.

O eso piensa la mayoría de la gente.

Durante mis años de posgrado en el Centro Médico de la Universidad de Duke en Durham, Carolina del Norte, con frecuencia pasaba frente a un modesto edificio cerca del campus llamado el Instituto de Parapsicología (ahora llamado Centro de Investigación Rhine). Jamás pensé mucho en él. Sin duda todo tipo de personas bienintencionadas estarían trabajando duramente en su interior, pidiéndole a los sujetos participantes en un estudio que adivinaran qué cartas aleatorias estaban sacando de una baraja y cosas por el estilo.

Este tipo de experimentos estaban realizándose, efectivamente, entre las paredes del Centro Rhine. Lo que yo no sabía era que esos experimentos y otros similares llevados a cabo en instituciones pequeñas pero respetables establecidas dentro de universidades en Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido y otras partes, han puesto de manifiesto, más allá de la más leve probabilidad estadística, que la telepatía, la precognición y fenómenos similares de la conciencia no local son reales.

Pero ¿qué ha pasado con este descubrimiento? Como señala LeShan, muy poco. El problema no es si existen los fenómenos cuya explicación trasciende la capacidad de la ciencia materialista. Existen. El problema estriba en llevar esta noticia hasta nuestros huesos, hasta nuestra sangre. El problema es convertirnos en algo distinto a lo que éramos. El problema es realmente *transformarse*.

Siempre hemos sabido quiénes somos. Este conocimiento ha aflorado, se ha hundido hasta dejar de ser visto y ha resurgido más veces y en más lugares de los que cualquiera pudiera contar. Es tan antiguo como el paleolítico (la antigua edad de piedra, de hace unos treinta mil años), cuando nuestros antepasados ya estaban enterrando a sus seres amados en posición fetal, adornados con flores y conchas, para dar a entender que aunque sus cuerpos estuvieran enterrados en la tierra, volverían a nacer en un mundo más allá. Y es tan reciente como la confirmación experimental de 2014 del teorema de 1964 del físico John Stewart Bell de que los pares de partículas separadas por millones de años luz se moverán instantáneamente en conjunto, pues el tiempo y la distancia en sí son ilusiones.

Siempre hemos vivido en el universo real. Eso nunca ha cambiado. Nosotros somos los que hemos cambiado una y otra vez. Somos los que nos hemos alejado de ese universo real, hemos regresado a él y hemos vuelto a alejarnos. Pero nunca hemos estado tan lejos, durante tanto tiempo, como ahora. Ahora todo el mundo sabe las consecuencias de tratar a la naturaleza como un objeto, como una cosa muerta que podemos manipular a nuestro antojo. Sabemos, desde el punto de vista físico, que como planeta estamos en serios problemas. Pero no todos saben que la solución a este problema tendrá que ser tanto espiritual como material, que tenemos que cambiar no solo la forma en la que vivimos, sino lo que pensamos acerca de esas tres grandes preguntas que las personas que vinieron antes que nosotros fueron lo suficientemente inteligentes como para nunca perder de vista. ¿Por qué? Porque la única forma de vivir felizmente en la Tierra es ante la luz del cielo. Vivir sin cielo es ser un esclavo de nuestro anhelo suprimido por la completitud que el conocimiento de su existencia proporciona. No es difícil ver cómo ese anhelo suprimido ha llevado a tantos hasta los excesos que han convertido a nuestro planeta en el lugar tan profundamente dañado y amenazado que es hoy.

¿Alguna vez ha visto a un zorro en la naturaleza? Como oriundo de Carolina del Norte he visto a varios, y siempre son algo hermoso de presenciar. Visualizar un animal como ese es una excelente manera de entender lo que nos dieron Newton, Galileo, Descartes y los otros arquitectos de esa nueva visión científica del mundo que nació en el siglo XVI, y también lo que nos quitaron.

Imagínese lo que un campesino o una campesina de la Edad Media veía cuando miraba un zorro: el animal en sí, pero también una enorme masa de asociaciones bíblicas, mitológicas y folclóricas que lo acompañaban y que no necesariamente se correspondían

con él. El zorro era astuto, sensual, deshonesto, pecador... Toda clase de cosas humanas que abiertamente *no* era, pero que un individuo de esa época, entrenado en gran parte para ver a la naturaleza a través de la lente de la Biblia, no podía dejar de ver en él.

Cuando la ciencia quedó bien establecida en el siglo XVI causó una ruptura revolucionaria con todas esas antiguas asociaciones. Los zorros, descubrieron los pioneros de la era de la ciencia, no eran seres arteros, sensuales ni pecadores. Son animales, miembros caninos de la clase de los mamíferos, que habitan un rango de tales a tales territorios y tienen un período de gestación de determinadas semanas. Pero ya no eran pecadores sinvergüenzas antropomórficos.

Aristóteles usó la lógica para pensar acerca del mundo, pero no usó el método científico. No salió a *probar*. (Como mencionamos antes, debemos agradecerles a los alquimistas inventar los rudimentos del aspecto experimental del método científico que la ciencia moderna finalmente adoptó.) En el pasado, nadie se había molestado en disecar un zorro, en comparar la estructura de su cráneo con la de otros carnívoros, en ver cómo su corazón o su hígado o sus intestinos diferían o no de los de una vaca, un ganso o un ser humano. Los padres de la revolución científica llevaron un paso más adelante el espíritu aristotélico de la observación directa. Ya no solo miraban el mundo y pensaban al respecto: lo deshacían, hasta llegar a su pieza más pequeña.

Además de ser tremendamente útil, esta manera valiente y nueva de mirar el mundo también era profundamente honrada. *Respete la realidad del mundo físico*, nos dice este enfoque. *No se pierda en algún sistema religioso imaginario y dogmático que le asigna significados imaginarios al mundo y a las cosas que hay en él. Salga e investigue ese mundo por sí mismo y descubra lo que realmente es.*

Y todo eso es maravilloso. Pero, por supuesto, sabemos lo que ocurrió al poco tiempo: fuimos demasiado lejos. Junto con los avances de la ciencia moderna —poder estudiar un animal como un zorro y verlo en una forma realmente compleja y sofisticada— también adoptamos la actitud de que el mundo y todo lo que hay en él no son más que objetos que habremos de capturar, matar, disecar y, lo más importante, *usar*. Al poco tiempo, los zorros —junto con todo lo demás en el mundo— empezaron a ser vistos por su valor material y solo eso. El zorro se convirtió en un depredador de pollos y ganado, el poseedor de una piel que era valiosa como prenda, un animal útil como objeto de un deporte... y no mucho más.

Pero un zorro es mucho más que eso: es una criatura multidimensional cuya forma actual es física pero cuya naturaleza verdadera es espiritual.

Igual que nosotros.

Tras la muerte, un hombre sigue siendo un hombre.²

EMANUEL SWEDENBORG

Volviendo a esa visión multidimensional —esta habilidad de ver zorros, a nosotros mismos y a todo lo demás que hay en la Tierra dentro del contexto del universo espiritual—, es la esencia de la nueva visión, ese maridaje de ciencia y espíritu que al fin viene en camino. Es una visión del mundo que no es «religiosa» en el sentido antiguo, pesado y dogmático de la palabra, ni tampoco «científico» en el sentido reductivo, materialista y deshumanizador del término. Una manera de ver el mundo que es capaz de medirlo, de estudiarlo científicamente, pero sin perderse en la terrible unidimensionalidad del punto de vista puramente materialista.

Incluso antes de nuestro momento actual había científicos que entendían que el racionalismo necesitaba renacer si es que pretendía llegar a ser realmente útil. El escritor del siglo XVIII, Johann Wolfgang von Goethe, un gran poeta y también uno de los padres de la ciencia moderna, probablemente tuvo en mente las antiguas religiones del misterio cuando escribió estas célebres líneas famosas: «Mientras no haya experimentado esto: morir y así crecer, es solo un turbado huésped en esta tierra oscura».³

Incluso en el mundo científico de hoy, Goethe da a entender con esas líneas que debemos ser iniciados. Sin la iniciación hacia el conocimiento de nuestras verdaderas identidades y del lugar del que verdaderamente venimos, perdemos el rumbo. Para aquellos cegados por esta falta de conocimiento, el mundo se convierte en un lugar en verdad muy oscuro.

Cuando el gran científico y matemático Blas Pascal murió en 1662, se encontraron con esta nota cosida a su chaqueta:

El año de gracia 1654
Lunes, 23 de noviembre, vigilia de San Clemente, papa y mártir, y otros del martirologio.
Noche de San Crisóstomo, Mártir y otros.
Desde aproximadamente las diez y media de la noche,
hasta aproximadamente las doce y media.
Fuego.
Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob,
No el Dios de filósofos y sabios.
Certeza absoluta. Más allá de la razón. Alegría. Paz.
Olvido del mundo y de todo, excepto de Dios.
El mundo no de conocido, pero yo te he conocido.
¡Alegría!, ¡alegría!, ¡alegría!, ¡lágrimas de alegría!⁴

Gustav Fechner fue un respetado físico del siglo XIX y uno de los padres de la psicología experimental moderna. En su libro *La religión de un científico* escribió lo siguiente:

Una mañana de primavera salí temprano. Los campos estaban verdes, los pájaros cantaban, el rocío brillaba... Una luz como la de una transfiguración se posaba sobre todas las cosas; era solo un pequeño pedazo de la tierra, era solo un momento de su existencia y, aun así, a medida que mi mirada la abrazaba, me parecía no solo tan hermosa sino tan evidente que era un ángel, un ángel tan rico y fresco, semejante a una flor, y al mismo tiempo tan estable y unificado, moviéndose en los cielos, mientras volvía por completo hacia el cielo su rostro animado y llevándome consigo hacia ese mismo cielo —tan hermoso y tan verdadero— y

me pregunté cómo podían estar tan corrompidas las opiniones de los hombres como para considerar a la Tierra solo como un terrón seco y buscar ángeles por separado de la Tierra y las estrellas o por encima de ellas en el cielo vacío, y nunca encontrarlos.⁵

Estimado doctor Alexander:

Leí su libro (me lo regaló un amigo muy intuitivo e inteligente) con interés, dado que tuve una experiencia inexplicable hace unos veinticinco años y que hasta la fecha puedo recordar. No fue una experiencia cercana a la muerte pues no estaba enfermo ni discapacitado en ningún sentido. Salí de los tribunales (todavía ejerzo como abogado), y me disponía a tomar mi coche. Específicamente recuerdo pisar una grieta en la acera de cemento y (sin advertencia ni explicación) de repente fui plenamente consciente de que todo estaba completamente bien. Cuando digo «todo» quiero decir todo como si fuera el término más amplio que alguien se pudiera llegar a imaginar: incluso (como les gusta decir a los abogados) sin limitar la generalidad de lo que antecede, el pasado, el presente, el futuro, el universo, el cosmos, todas las acciones, todos los sucesos, todas las circunstancias que hubo, hay o pudiera llegar a haber. Cuando usted habla de «ultrarrealidad» en su libro, puedo entender de lo que está hablando. La sensación de que todo el universo estaba bien — exactamente como debería estar— era más verdadera, más real y más directa que ninguna otra experiencia que yo hubiera tenido jamás. Al ser abogado, estoy capacitado para alegar en contra de lo que sea o debatirlo (y de todas maneras tiendo a hacerlo naturalmente), pero esta sensación trascendía cualquier posibilidad de discusión, debate o duda. Al conducir de vuelta a mi oficina, la sensación desapareció tras unos cinco minutos, y nunca regresó.

KENNETH P.

Goethe, Pascal y Fechner no poseían los conocimientos científicos que tenemos hoy, pero cada uno era miembro del mundo moderno y cada uno fue, en su época, un gigante científico sobre el que nos alzamos hoy en día. Lo mismo sucede con el científico sueco del siglo XVII Emanuel Swedenborg. Swedenborg pasó la mayoría de su vida como inspector de minas para el gobierno de su país, un trabajo que requería bastantes conocimientos de ingeniería, física y la aplicación práctica de las nuevas técnicas hidráulicas para la extracción profunda del carbón y otros minerales que justo empezaban a utilizarse en Europa en esa época. Swedenborg también era un experto en geometría, químico y anatomista reconocido, así como la primera persona en formular una idea rudimentaria de lo que realmente hace el cerebelo, una región del cerebro que es responsable, en buena medida, de la coordinación motriz. Era, se mire como se mire, un genio.

Swedenborg tenía un interés especial en el cerebro y dedicó muchos años a tratar de aislar el área principal de la conciencia: la ubicación física de lo que, en su época, todavía se llamaba el alma. Luego, en la mitad de su vida, Swedenborg descubrió (como lo expresó Wilson Van Dusen, psicólogo y estudioso de este científico) que había estado «buscando en el lugar equivocado». Atravesó una gran crisis espiritual, en la que una serie de sueños atterradoramente vívidos lo condujeron hasta un momento en el que los propios cielos parecieron abrirse. Como consecuencia, el mundo antiguo de Swedenborg se quebró, se desplomó y se colapsó, y uno nuevo surgió en su lugar.

Swedenborg dedicó el resto de su vida a estudiar y catalogar los mundos espirituales que había descubierto, con el mismo rigor que antes se había dedicado a estudiar el mundo físico. Fue, de hecho, el primer científico moderno en tratar al cielo como un

verdadero lugar, y el primero en tratar de hacer un mapa de él.

Tras cultivar un estilo de «observación interna» durante el que entraba en una especie de trance meditativo, Swedenborg catalogó una amplia serie de mundos, de los que escribió con abundante detalle. Estos escritos con frecuencia eran bastante disparatados y le crearon numerosos problemas con sus colegas científicos y también con los guardianes del cristianismo doctrinario. Los mundos que Swedenborg exploraba tenían personas y árboles y casas, habló con ángeles y demonios... y describió, con la precisión de un hombre del tiempo moderno que habla con detalle respecto a un frente frío, los climas espirituales de los diferentes mundos que visitó.

La naturaleza específica de cada uno de esos mundos estaba determinada por un factor predominante: la cantidad de amor u odio presente en ellos. Si usted era una persona definida por el amor, decía Swedenborg, acababa en una de las innumerables zonas espirituales que en conjunto formaban lo que él entendía como el cielo. Si, por el contrario, lo definía el odio, acababa en el infierno.

Swedenborg creía en la antigua idea del microcosmos en la que cada uno de nosotros es una especie de universo en miniatura. Si miramos dentro de nosotros mismos de la manera correcta, afirmaba, no solo encontraremos un mapa del cielo, sino que encontraremos el cielo mismo. Toda nuestra idea de lo que es «externo» y, por tanto, real, e «interno» y, por tanto, imaginario, está basada en nuestras experiencias aquí en el reino material, donde la conciencia tiene como mediador al cerebro y nos movemos en un cuerpo físico, y en el que nos han lavado el cerebro para que pensemos que esto es nuestra identidad completa. La verdad es que lo que experimentamos como nuestro ser «interno» realmente no está «dentro» de nosotros en absoluto, y cuando alguien como Swedenborg dice que hay mundos enteros «dentro» de nosotros, no está hablando sobre nuestra capacidad de imaginar lugares irreales: está diciendo que el universo es un lugar espiritual más que uno físico, y que el universo espiritual tiene muchos mundos —«muchas mansiones», como lo dijo Jesús— y que esos mundos son justamente eso: *mundos*, con nubes y brisas y ciudades y climas y gente. «Mientras más se rinda un hombre ante Dios —escribe Ursula Groll, estudiosa del científico sueco— y desdoble este “cielo” dentro de sí mismo, más se acerca el humano a Dios y más se convierte en hombre, porque tiene una mayor porción de la conciencia cósmica o del entero que abarca todo.»⁶ En otras palabras, elaborar un mapa del cielo era, para Swedenborg, no solo ciencia legítima, sino algo que tenemos que hacer para ser realmente humanos.

El cielo, escribió el místico persa Najmoddin Kobra con un lenguaje maravilloso por su temeraria franqueza, no es el «cielo exterior visible». Hay, dijo, «otros cielos más profundos, más sutiles, más azules, más puros, más brillantes, innumerables y sin límite». Sí. Esto es lo que Kobra quiere decir. No está hablando en términos metafóricos, pero a estas regiones solo pueden entrar las personas que están espiritualmente en armonía con ellas. En los universos más allá del físico, usted no puede simplemente dirigirse hasta nuevos territorios y conquistarlos: tiene que ponerse a tono con ellos,

armonizar con ellos, o, de lo contrario, le estarán restringidos. «Mientras más puro se vuelva usted por dentro —escribió Kobra— más puro y más bello es el cielo que se aparece ante usted, hasta que finalmente camine en pureza divina. Pero la pureza divina también carece de límites. Así que nunca piense que no hay nada más allá de lo que usted haya alcanzado, nada incluso más elevado.»⁷

Sé que los místicos como Kobra y los místicos-científicos como Swedenborg están en lo cierto: el cielo no es una abstracción, no es un panorama de ensueño inventado a partir de ilusiones vacías, sino un lugar tan real como la habitación, el avión, la playa o la biblioteca donde usted se halle en este momento. Tiene objetos dentro de sí. Árboles, campos, gente, animales... incluso (si decidimos escuchar el Libro del Apocalipsis o al visionario persa del siglo XII Suhrawardi o al filósofo y místico árabe del siglo XII Ibn ‘Arabi) auténticas ciudades. Pero las reglas de cómo funcionan las cosas en él—digamos, las leyes de la física del cielo— son distintas a las nuestras. La única regla que necesitamos recordar desde aquí, sin embargo, es que al final acabamos donde pertenecemos, y nos guía la cantidad de amor que tengamos dentro de nosotros, pues el amor es la esencia del cielo. De eso está hecho: es la moneda del reino.

Somos inteligentes al aplicar este principio también a nuestras vidas terrenales: al amarnos *realmente* como los seres divinos y eternos que somos, y transferir ese amor a nuestros compañeros, los demás seres, y a toda la creación. Al servir como conductos para el amor incondicional del Creador por la creación, al mostrar compasión y clemencia, traemos energía sanadora de capacidad infinita a todos los niveles de este reino material.

También es por eso que la principal característica que se requiere de nosotros si es que deseamos echar un vistazo a esta zona mientras estemos vivos en la Tierra, no es un gran intelecto ni una gran valentía ni una gran astucia, a pesar de lo buenas que son todas estas cualidades: lo que se requiere es honestidad. Uno puede acercarse a la verdad de mil maneras distintas, pero, como expuso el propio Platón, los semejantes se atraen, lo que necesitamos más que ninguna otra cosa para poder comprender la verdad es ser honrados con nosotros mismos y sinceros respecto a la bondad y la indisciplina que operan dentro de nosotros. Sobre esto, voces tan dispares como las de Buda, Jesús y Einstein son unánimes: los semejantes se entienden. El universo está basado en amor, pero si no tenemos amor dentro de nosotros mismos, el universo se blindará para nosotros. Pasaremos nuestras vidas declarando triunfalmente que el mundo espiritual no existe porque no hemos despertado el amor en nosotros mismos que, por sí solo, permitiría que nos fuera visible este hecho tan obvio. Usted no puede llegar con deshonestidad hasta la verdad. Usted no puede acercarse a ella mientras se diga mentiras a sí mismo o a otros. Usted no puede acercarse si solo porta una porción fina y superficial de sí mismo y deja atrás a su ser más grande y profundo. Si quiere ver el cielo completo, tiene que presentarse usted completo, o mejor quédese en casa.

EL REGALO DE LA FUERZA

Una vez una tigresa atacó un rebaño de cabras. Un cazador la vio a distancia, disparó contra ella y dio en el blanco. La tigresa estaba embarazada y dio a luz a un cachorro justo antes de fallecer. El pequeño tigre creció en compañía de las cabras: fue amamantado por las cabras hembras y, más adelante, conforme creció, empezó a comer hierba y balar como las cabras. Con el paso del tiempo se convirtió en un tigre grande, pero aún se alimentaba de hierba y balaba y, cuando lo atacaban otros animales, se iba corriendo, igual que las cabras. Un día un tigre de aspecto feroz atacó al rebaño. Se sorprendió de ver a un congénere dentro del rebaño que pastaba junto a las demás cabras y salió, igual que ellas, corriendo cuando él se acercó. Dejó a las cabras y atrapó al tigre que, balando, trató de escapar. El tigre feroz lo arrastró hasta el agua y le dijo: «Ahora mira tu cara en el agua. Mira, tienes la cara de un tigre; es exactamente como la mía». Luego le metió un pedazo de carne en la boca. Al principio el tigre que comía hierba se negó a comer la carne. Luego percibió el sabor de la carne y se deleitó con él. Por fin el tigre feroz le dijo al que comía hierba: «¡Qué vergüenza! ¡Has vivido con las cabras y has pastado como ellas!» Y el otro se apenó mucho.¹

SRI RAMAKRISHNA, sabio hindú del siglo XIX

Cuando era niño, me encantaba Superman, en especial la serie de televisión en blanco y negro de la década del cincuenta protagonizada por George Reeves. Al igual que les pasa a muchos otros niños con sus superhéroes favoritos, no solo admiraba al Superman de Reeves: me identificaba con él. A los seis o siete años, si entraba, con una capa hecha con un trapo de cocina metido en el cuello de mi pijama, a una habitación donde mis hermanas estuvieran ocupadas con otros asuntos y no me prestaran atención de inmediato, me reía para mis adentros. ¿Acaso no se daban cuenta de quién estaba justo allí, delante de sus narices?

Pero no solo era la fuerza de Superman, su capacidad de volar ni su visión de rayos X lo que me atraía, aunque estos atributos eran realmente asombrosos: era que Superman *venía de otro lado*. Aunque se esforzaba y lograba encajar con el resto de la humanidad, Superman no era de la Tierra. Al igual que el tigre de la historia del sabio hindú Ramakrishna, vivía en un mundo en el que tenía que asumir que era un igual, a pesar de que nunca había dejado de ser alguien más.

Por supuesto, yo no era el único niño en el mundo que adoraba a Superman. También tenía bastantes amigos en la escuela que eran admiradores de otros superhéroes. El Hombre Araña. El Hombre de Hierro. Hulk. Sin embargo, cuando hoy (una época en la que estamos asistiendo al resurgir de la popularidad de estos héroes) lo

recuerdo, me doy cuenta de que prácticamente todos estos personajes compartían también la característica de tener una identidad secreta: el mundo creía que eran una cosa, pero en realidad eran otra.

«El hombre es un dios en ruinas», escribió Ralph Waldo Emerson, como es bien sabido, en su ensayo «Naturaleza», y aunque esto suene negativo, realmente solo estaba planteando justamente lo que Ramakrishna expresó en la historia que dio inicio a este capítulo: que somos algo extremadamente grande que, por error, ha llegado a creer que es muy pequeño. Cuando volvemos a aprender a evaluarnos de nuevo de esta manera, nos hacemos más fuertes. Y quiero decir mucho más fuertes.

Los psicólogos de fines del siglo XIX hicieron un descubrimiento muy interesante: cuando reprimimos la verdad, sufrimos por ello. Si en el fondo sabemos que algo es cierto pero nos pasamos el tiempo simulando que no lo es, se crea un conflicto; y este conflicto, a su vez, evita que las diferentes partes de nosotros se comuniquen entre sí de manera eficaz. Así, algunas de nuestras partes quedan separadas e ignoradas. Y mientras más ignoradas son, más se enojan, más se frustran. Un hombre no puede atender a dos amos, dijo Jesús, y una casa dividida contra sí misma no se mantendrá en pie. Al decir esto, Jesús no solo hizo una de las declaraciones espirituales más grandes de la historia, sino también una de las mayores declaraciones psicológicas.

«El creyente —escribió el sociólogo francés Émile Durkheim (1858-1917)— no es simplemente un hombre que ha visto nuevas verdades que el no creyente ignora; es un hombre que es *más fuerte*. Siente más fuerza dentro de sí mismo, ya sea para tolerar las duras pruebas de la existencia o para sobreponerse a ellas. Es como si hubiera sido elevado por encima de las miserias del mundo, porque se ha elevado por encima de su condición de ser un simple hombre».²

La fe mueve montañas. Pero hoy nos dicen que aunque la fe ciertamente es útil desde un punto de vista pragmático, en realidad tendríamos que ser muy ingenuos como para tener semejante creencia. Debemos suprimir nuestro lado aristotélico realista y dejarnos llevar hasta nuestro lado platónico interno y soñador. En pocas palabras, hemos de engañarnos a nosotros mismos. La «ciencia» ha dictaminado que es imposible el verdadero optimismo respecto a quiénes somos y adónde vamos.

Esa es una de las razones por las que muchos lectores con experiencia científica se quedaron tan atónitos ante el título *La prueba del cielo*. «Esa clase de cosas simplemente no se pueden *comprobar*», dijeron.

Lo interesante es que muchos lectores que se acercaron al libro con un punto de referencia religioso coincidieron. La fe, alegaron, y los sujetos de la fe (el cielo, un dios amoroso) no son sujetos de experimentación para comprobar. Tomar un asunto espiritual e intentar demostrarlo por métodos solo apropiados para situaciones físicas —reducir los asuntos espirituales elevados al estatus de un proyecto de química— es extremadamente arrogante.

Estoy de acuerdo. Los asuntos espirituales nunca pueden probarse o refutarse con el estilo antiguo y agresivo de ciencia que se originó en el siglo XIX. Pero ¿qué tal si nos aproximamos a estos asuntos con un acercamiento científico distinto? ¿Con uno que no esté basado en arrebatar sino en preguntar? ¿Un acercamiento que podrían haber aprobado científicos como Pascal, Fechner, Goethe o Swedenborg?

Me parece interesante que, al igual que sucedía con esos científicos, si analizamos las vidas y enseñanzas de muchos de los más grandes maestros espirituales, el conocimiento y la fe nunca están muy separados. La fe, resulta ser, está mucho más preocupada por la evidencia de lo que frecuentemente percibimos. La Epístola a los Hebreos ofrece la declaración más significativa que existe en toda la literatura respecto a la fe y dice que esta es «la sustancia de cosas esperadas, la evidencia de cosas no vistas».

«Sustancia», «evidencia»... Estas palabras suenan, curiosamente, a científicas. El hecho es que la ciencia y la fe, las dos maneras de conocer el mundo que han definido nuestra cultura, están mucho más entrelazadas de lo que tendemos a pensar. Pensar que el concepto de fe y el de ciencia están en diferentes compartimentos es una fantasía: el conocimiento humano no sigue líneas tan ordenadas y pulcras, sin importar cuánta gente ordenada y pulcra quisiera que así fuera. «Para saber, primero debes creer», escribió san Anselmo de Canterbury en el siglo xi. Estaba volviendo a lo que san Agustín, casi un milenio antes, afirmó: «Cree para que puedas entender». Sin una fe inicial de que hay un orden en el mundo y que es un orden que podemos conocer, la ciencia no podría averiguar nada con respecto a la verdadera naturaleza del universo. El conocimiento, tal como lo planteó san Anselmo, de hecho sí requiere creer: una creencia basada en la integridad esencial del orden que nos encontramos «allá afuera» en el universo y «aquí adentro» en nosotros. Para entender el mundo, debemos creer que el mundo tiene sentido y que está abierto a que lo entendamos. Ese es el componente oculto de fe dentro de toda la ciencia.

Esa es una de las muchas cosas interesantes acerca de la época tan extraña y tan emocionante en la que vivimos justo ahora. Los avances en la ciencia —especialmente en física, pero también en áreas como visualización remota, telepatía y las estructuras ordenadoras superfísicas que biólogos como Rupert Sheldrake han demostrado que están detrás del crecimiento y el comportamiento de organismos vegetales y animales—, sin mencionar la constante y creciente evidencia de la realidad de las experiencias cercanas a la muerte, están aproximando cada vez más a la ciencia y a las «cosas no vistas» de las cuales habló san Pablo en la Epístola a los Hebreos.

En el fondo de todo ello está la creciente certeza de que, por más formas que haya de acercarse a ella, solo hay una verdad, no muchas. Y es la verdad del antiguo mundo espiritual con la que solíamos estar en tan buenos términos, antes de que los argumentos de la religión dogmática y la ciencia dogmática llegaran para ocultarla.

El hecho es que *sí* podemos comprobar que el cielo existe. El mundo espiritual es real y la gente se lo encuentra todos los días. Usted probablemente lo haya hecho, está convencido de ello en su fuero interno. Sin embargo, le han dicho que lo que experimentó como real no era real en absoluto. Ese es el legado negativo de genios como Newton y los otros padres de la revolución científica. Pero lo que pasa con la ciencia — la verdadera ciencia— es que cuando algo está mal, cuando una teoría ya no se sustenta, la ciencia lo ajusta o lo abandona, y con independencia de que le guste o no a la ciencia materialista, es lo que está sucediendo ahora.

Estimado doctor Alexander:

En 1952, a los ocho años, me diagnosticaron un absceso cerebral. Me sometieron a una operación y después estuve en coma durante dos semanas. Durante ese tiempo creo que tuve una experiencia cercana a la muerte. Cuando desperté mi madre estaba a mi lado y le pregunté por qué se la veía preocupada. Me contó lo enferma que había estado y le dije que no tendría por qué haberse preocupado, ya que estuve con la tía Julie, una tía abuela que había fallecido recientemente. Recuerdo vívidamente haberme sentado en su regazo y haber sido reconfortada por ella. Sí, podría haber sido sueño, pero no lo creo. Aunque han pasado tantos años todavía lo tengo claro en la mente. Me recuperé por completo y he tenido una buena vida. La historia que relata en su libro *La prueba del cielo* fue tan similar a la mía que tenía que compartirla con usted.

JANE-ANN ROWLEY

El maestro de Platón, Sócrates, como es bien sabido, exhibía esta fuerza —la fuerza que surge cuando realmente le hemos dicho sí al cielo, incluso en contra de la opinión popular— cuando lo sentenciaron a morir envenenado por corromper a la juventud de Atenas. Después de la de Jesús, la muerte de Sócrates es la más significativa en la historia occidental. La descripción de Platón de la tranquilidad heroica —en verdad sobrehumana— con la que Sócrates bebió la cicuta que le administraron sus celadores atenienses, está calificada como una de las escenas más poderosas en la literatura mundial. Morir así, Platón lo sabía, no era algo que uno pudiera lograr simplemente debido a la fuerza de su carácter, aunque Sócrates ciertamente la poseía. La suprema despreocupación de Sócrates al enfrentarse a la muerte era el resultado del conocimiento respecto a lo que la muerte era *realmente*: no un final, sino un regreso a nuestro hogar más genuino.

En el centro de toda creencia espiritual se encuentra la intuición de que no somos quienes pensamos que somos, que no solo somos seres hechos de tierra, destinados a caminar durante un tiempo y luego desvanecemos. Las tradiciones espirituales del mundo (y específicamente los componentes de iniciación de esas tradiciones) buscan incansablemente que nos despertemos ante esta intuición, aletargada pero siempre presta a ser despertada. *Tiene razón*, dicen las tradiciones espirituales a través de sus mitos y escenarios dramáticos de iniciación, *usted no es quien piensa que es. Usted es algo mucho más grande. Pero para convertirse en ese ser más grande necesita morir como la simple persona terrenal que actualmente es. Debe convertirse en una persona celestial también*. Estas tradiciones nos preguntan lo que mi instructor me preguntó en mi primer salto en paracaídas:

¿Estás listo?

EL REGALO DE PERTENECER

Yo mismo creo que la evidencia de Dios reside principalmente en experiencias personales internas.

WILLIAM JAMES

En la década de los setenta, un biólogo marino llamado Alister Hardy, quien hasta ese momento era conocido principalmente por su trabajo relacionado con la biología de la corriente del Golfo, estableció un centro para estudiar el componente «interno» de los seres humanos. Hardy sentía que este componente no había sido explicado con éxito por la ciencia cerebral: estaba convencido de que la mente era más que solo el cerebro y quería averiguar qué le podría decir la gente común al respecto, si es que le decía algo en este sentido.

Hardy y su equipo enviaron una serie de cuestionarios y, pasado un tiempo, reunieron más de tres mil reportes de personas que habían estado en contacto directo con esta dimensión interna. Hardy estaba abierto a escuchar a cualquiera que tuviera una historia legítima que contar, y su única advertencia era que le interesaba la gente común que hubiera tenido una experiencia como tal: nada de sermones, de panfletos ni de intentos por convencerlo a él o a sus socios de tal o cual verdad dogmática religiosa: a Hardy le interesaban los datos, no la propaganda. Era un verdadero científico, un buscador de la verdad. Simplemente eligió buscarla en un campo donde la mayoría de sus colegas científicos creían que no había ninguna.

Hardy jamás hizo creer que el trabajo que estaba llevando a cabo fuera científico y que sus resultados pudieran interpretarse en un laboratorio: sabía que los reportes que recibiría no contendrían nada que pudiera aislarse en un vaso de precipitados o pesar en una báscula... Para él eso no tenía importancia. Al atreverse a sentirse así, estaba siguiendo directamente los pasos del filósofo y psicólogo estadounidense William James (1842-1910), hermano del novelista Henry James. William James había revolucionado la exploración científica de los fenómenos espirituales con su libro *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902). En este y otros libros, James hizo la innovadora sugerencia de que el hecho de que fuera imposible atrapar las experiencias espirituales y examinarlas en un laboratorio no significaba que no fueran reales.

No era sorprendente, dado que era psicólogo, pero a James le interesaba escuchar lo que pudiera decir la gente que hubiera tenido experiencias psicológicas inusuales y tratar lo que dijeran con seriedad, no ciegamente y sin sentido crítico, no dentro del marco de

algún dogma religioso moralista, sino como piezas potenciales del rompecabezas de quiénes y qué somos en realidad. Su *Varietades de la experiencia religiosa* está repleto de descripciones en primera persona de las experiencias místicas de todo el mundo desde los místicos más venerados (santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz) hasta personas completamente anónimas. James, quien casi estaba solo en la defensa de sus ideas por esa época, detectó que estos individuos muy distintos habían tenido experiencias de la dimensión espiritual que eran sorprendentemente similares, tanto en su contenido como en el efecto que tuvieron sobre ellas. A diferencia de otros psicólogos de su tiempo, James no vio en esas experiencias psicológicas/espirituales inusuales, patologías que necesitaran ser curadas, sino pistas de visiones panorámicas de las posibilidades humanas: insinuaciones de lo que los humanos podrían ser después. El «movimiento para el potencial humano» lanzado de manera sincera en la década de los setenta en gran parte le debe su existencia a él.

James tuvo muchos detractores, aunque fue una figura enormemente importante en su época. No obstante, con la llegada del siglo XX y el giro agresivo hacia la psicología empírica intensa (estudiar ratas en laberintos, disecar cerebros y otras actividades igual de concretas), el tipo de exploraciones sutiles de las que James había sido pionero sufrió un gran desprestigio. ¿A quién le importaba lo que algunos neuróticos muy tensos quisieran decir respecto a ver que los cielos se abrían o a hablar con espíritus? Se lo inventaban, no cabía duda.

Hardy era una de esa media docena de valientes almas científicas que, a mediados del siglo XX, sintieron que la perspectiva de la que James fue pionero era el verdadero futuro de la psicología, y que olvidarlo sería un error desastroso. Hardy estaba particularmente interesado en las experiencias de un visionario holandés llamado Jakob Boehme (1575-1624). Un día, mientras veía cómo se reflejaba un rayo de luz solar en un plato de peltre, Boehme experimentó una visión de la estructura del mundo. Una experiencia similar pero incluso más intensa ocurrió varios años después. Durante ella, Boehme escribió: «La puerta se abrió ante mí y en un cuarto de hora vi y aprendí más que si hubiera estado muchos años en una universidad...».¹

Boehme no era un místico con ojos soñadores recluido en un monasterio, sino un zapatero. No hay nada más acorde con este mundo que hacer zapatos. ¿Cómo podría un individuo con los pies bien puestos en la Tierra como él asegurar que aprendió más en quince minutos que en muchos años en una universidad?

Probablemente no sea sorprendente descubrir que algunas de las autoridades eclesiásticas de la localidad no estuvieron precisamente contentas cuando Boehme empezó a escribir acerca de lo que le fue revelado durante esos momentos de visión. La religión dogmática no está abierta a que las personas tengan acceso directo a esos reinos más elevados; aun así, siempre ha habido corrientes dentro de las religiones del mundo que *sí* contemplan esta posibilidad, al igual que algunas corrientes dentro de la ciencia. Hardy tenía constancia de que la vida de una persona promedio frecuencia a menudo

incluye esta clase de momentos extraordinarios, pero que estas personas comunes no hablan al respecto porque están convencidas de que no se las tomará en serio. Él quería llegar hasta la médula de lo que fueran esos reinos y estaba listo para creer a la gente que hubiera tenido experiencias con ellos.

Este mundo no era vago y abstracto, sino fantásticamente poderoso. Hardy escribió:

En ciertos momentos en su vida, mucha gente ha tenido experiencias trascendentales específicas, percibidas profundamente, que le ha hecho cobrar conciencia de la presencia de este poder. Cuando llega, la experiencia siempre ha sido bastante diferente a cualquier otro tipo de experiencia que esa persona hubiera tenido jamás. No necesariamente la describe como sensación religiosa, ni le ocurre solamente a aquellos que pertenecen a alguna religión institucional o que realizan acciones corporativas de veneración. Con frecuencia le ocurre a niños, a ateos y agnósticos, y generalmente provoca dentro de la persona en cuestión una convicción de que la vida cotidiana no es toda la realidad: que hay otra dimensión de la vida.²

Reportes de experiencias de iluminación como esta —así como otras de todo tipo— llegaron a espuestas a la oficina de Hardy. Parecía ser que no solo muchas personas habían atravesado experiencias como estas, sino que muchas, además, habían estado esperando a que alguien con la trayectoria de Hardy les preguntara acerca de ellas. Estaban tan aliviadas como jubilosas de que al fin un científico auténtico hubiera expresado interés en lo que les había sucedido. Muchos le dijeron a Hardy lo que tanta gente me ha confesado: «Jamás le había contado esto a nadie».

Estimado doctor Alexander:

Leí su libro el sábado en cuatro horas. En cuanto empecé a leerlo, fui incapaz de soltarlo.

Tras cincuenta años sin sufrir la muerte de un pariente cercano, en dos años perdí a siete personas que habían sido extremadamente cercanas a mí. La primera fue mi exsuegra Ann y a la hora de morir tuvo lugar un suceso que me inquietó: mi exmarido estaba en Afganistán y trataba desesperadamente de regresar para acompañarla en su lecho de muerte. Se requería un proceso de cuatro días para que él pudiera volver a Estados Unidos. Como no había otros miembros de la familia vivos (al margen de mis hijas, a quienes consideramos demasiado jóvenes) me pidieron estar con ella por si fallecía antes de que su hijo llegara, e inmediatamente me fui a su lado.

Se estaba muriendo a causa de un enfisema, pero su mente estaba completamente lúcida a pesar de contar con ochenta y dos años de edad. Solo podía hablar muy bajito y tenía que susurrarme al oído para comunicarse. Me dijo muchas cosas acerca de incidentes de hace muchos años. Se sabía el nombre de sus nietas. Sabía que su hijo estaba en camino y sabía quién era yo. Dedicamos el primer día a «restablecer lazos» dado que habían pasado diez años desde la última vez que la había visto. Me agradeció que fuera «la persona» que estuviera con ella en ese momento. Estaba muy preocupada por su cabello y su apariencia. Llevaba puesto un sombrero rojo cuando llegué e incluso cuando parecía que estaba dormida alzaba la mano para asegurarse de que el sombrero estuviera colocado correctamente sobre su cabeza. Hizo esto al menos unas diez o quince veces al día mientras estuve allí con ella. Aparte de eso, parecía seguir lo que ahora sé que es el transcurrir normal de una muerte inducida por enfermedad terminal. Dejó de comer, luego de beber, tuvo un estallido de actividad cerebral, etc.

A media mañana del día de su muerte me preguntó cuándo iba a llegar su hijo. Le dije que faltaban dos días más y al instante su rostro mostró angustia: no podía esperar tanto. Me tomó de la mano para acercarme a ella y me dijo que su madre y su hermano estaban allí para llevársela (ambos habían muerto antes que ella) y que querían que se fuera ya con ellos. Sin saber de dónde salían las palabras, me acerqué y

le susurré que si estaban ahí para llevársela, debería irse con ellos, porque así como estaba viendo de nuevo a su madre y a su hermano, también volvería a ver a su hijo. Sonrió con la sonrisa más pacífica que jamás he visto... Su sonrisa me dijo tantas cosas a la vez...

Mis hijas llegaron esa misma tarde y ¡llenaron su habitación con adornos de Navidad! Sonrió con esa misma sonrisa mientras miraba el árbol, el muñeco de nieve y las luces que trajeron. Después de un rato ellas se fueron y nos volvimos a quedar de nuevo ella y yo solas. Se durmió un ratito y yo también, y cuando me desperté alrededor de las once de la noche, vi a mi suegra hablar con alguien a los pies de su cama. Yo estaba sentada junto a ella, justo a la altura de su pecho. No había nadie ahí. Se quitó su sombrero rojo, como si se lo fuera a entregar a alguien, y luego, con renuencia, hizo ademán de ponérselo de nuevo para finalmente soltarlo y que aterrizara en su regazo. Sonrió otra vez con esa sonrisa tan particular, se retrepó y se quedó dormida —yo también—. El sombrero permaneció en su regazo.

Me desperté de nuevo alrededor de la una de la mañana y lo primero que noté fue que sus pies estaban justo junto a mí. Había muerto y se había dado la vuelta en la cama. Su rostro tenía un aspecto muy «atormentado». El sombrero ya no estaba en su regazo. Las enfermeras inmediatamente procedieron a llevar a cabo su rutina en estos casos: le quitaron el camisón, retiraron la ropa de cama y después la envolvieron en una sábana y la volvieron a colocar en la cama. Me proporcionaron bolsas de plástico transparentes y me pidieron que empezara a empaquetar sus cosas. Así lo hice y ellas me ayudaron.

A las dos de la mañana mi exmarido llamó por teléfono y estuvimos hablando unos tres cuartos de hora. Decidimos esperar y decírselo a nuestras hijas por la mañana. Tras colgar el teléfono, estaba de pie fuera de la habitación de mi exsuegra, con sus cosas en las bolsas y vi que estaba nevando... una nevada extremadamente intensa. Como vivía a treinta minutos de distancia en la parte alta de las montañas, no quise hacer el intento de conducir hacia a casa. Mi esposo había salido de la ciudad y no quería llamar a alguna de mis hijas porque tampoco quería que tuvieran que conducir en medio de la tormenta, así que opté por quedarme de pie en el pasillo: me sentí muy sola, todavía con la impresión y reflexionando con sensación de bloqueo sobre qué hacer.

... A la mañana siguiente, revisé las pertenencias de mi suegra porque así me lo solicitó su hijo. Ya no estaba el sombrero rojo. Pensé que quizá se había quedado envuelto en su ropa de cama así que de inmediato llamé al hospital y se pusieron en contacto con la lavandería, donde todos habían oído hablar de ese sombrero rojo, ya que mi exsuegra, como he dicho antes, lo llevaba puesto a todas horas, incluso cuando dormía. Nunca lo encontraron.

... Seguí perdiendo más personas. Uno de mis amigos más cercanos murió en un accidente de moto poco después. Luego mi padre enfermó. Yo estuve a su lado mientras se moría. Unos días antes de su fallecimiento, estábamos sentados en el porche de su casa, solo él y yo, cuando me miró con mucha naturalidad y dijo: «¿La acabas de ver?». Yo pregunté: «¿A quién, papá?». Y me contestó que a una mujer que acababa de «pasar por allí». A continuación, empezó a describirmela: cómo era, lo que llevaba puesto... y supe que estaba hablando de su hermana Natalie, quien se había muerto cuando él era joven; yo había visto su retrato y su descripción coincidía con él.

Así que le pregunté si pudo ver su cara, con la esperanza de que dijera su nombre, pero en vez de eso hizo que me diera la vuelta con delicadeza, señaló hacia la puerta principal de la casa y dijo: «No, pero se ha metido en casa... Lo digo por si quieres entrar y verla». Esa noche después de que me hubiera ido para dormir un poco le dijo a mi madre que Natalie estaba ahí y que regresaría al día siguiente para «llevarme a la iglesia». Murió al día siguiente. Los días previos a su muerte se los pasó mirando el techo y extendiendo sus brazos y exclamando admirado, como si estuviera mirando la cosa más bella que hubiera visto jamás.

Luego, murió mi tío Tony. Poco después, mi nueva suegra. No estuve presente con ninguno de ellos. Después también falleció mi tía Jane, quien era como una madre para mí. Su hija y yo estuvimos con ella casi todos los días durante varias semanas. Tenía alzhéimer, párkinson y dos tipos de cáncer. No tenía idea de quién era yo. Había dejado de reconocer a su propio hijo y a su hija casi un año antes de su muerte. No recordaba que estaba casada con el tío Joe.

El día antes de que falleciera, su hija y yo entramos a su cuarto para visitarla. Nos sorprendió verla vestida, sentada en una silla y sonriendo. En cuanto nos adentramos a la habitación, empezó a hablar. Nos contó que Mario (mi padre) y Tony (mi tío) habían estado ahí y que iban a volver a por ella mañana. Días antes ella había sido incapaz de decirnos quiénes eran ellos cuando le mostramos una fotografía. Tras

comunicarnos eso, se pasó las tres horas siguientes hablando sin parar. Fue la vez que más habló desde que había llegado allí, varios meses antes. Estaba lúcida, no confusa, y nos contó historias acerca de su vida que nos pareció que tenían sentido. Habló de su esposo Joe, a quien ahora ya ubicaba. Hacia el final de las tres horas, nos dejó un mensaje respecto a nuestro futuro. Nos dijo que ambas estaríamos «bien» y luego pidió irse a la cama. Casi inmediatamente se le nubló la memoria de nuevo. Finalmente nos fuimos a casa y hablamos de que eso podría haber sido su «estallido».

A la mañana siguiente, nada más despertarnos, nos llamaron para que «fuéramos de inmediato» y ella falleció antes de que llegáramos. Cuando entré a la habitación, mi tía tenía un aspecto de paz tan grande en el rostro que casi estaba sonriendo. Muy diferente a la expresión del rostro de mi exsuegra cuando murió.

Desde que ocurrieron todas esas muertes, cosas «raras» han pasado a mi alrededor. Algunas personas les llaman «señales»; no sé qué pensar al respecto y no las comenté con nadie por temor a que pensarán que había perdido el juicio. Muchas de estas cosas me han «embujado», por así decirlo. Este sábado pasado entré a una tienda Target con mi prima para comprar una tarjeta de cumpleaños. Cuando ella se dio vuelta a la derecha para tomar una tarjeta, seguí caminando y no me detuve hasta que llegué al estante donde estaba su libro. No sé por qué me detuve ahí. Lo cogí, y también el que estaba expuesto al lado, *Despertar en el cielo*. Me leí los dos de cabo a rabo en una sola sentada. Ya no pienso que estoy loca. Mientras estuve enfrascada en la lectura me sentí llena de una paz más grande que la que había sentido desde hacía tiempo. Me pareció que todo tenía sentido.

Sé que esta es una historia muy larga y me disculpo por ocupar tal cantidad de su tiempo. Pero es que tenía que decirle que su historia cambió mi vida en tantos sentidos... No sé por qué no salí a explorar esto por mi cuenta mientras las cosas estaban ocurriendo; sencillamente no lo hice. Temí que la gente pensara que estaba loca y me guardé mi historia. Es distinta a su historia pero cuando su amigo médico relató su experiencia con su padre caí en la cuenta de era como la mía. Realmente creo que algo (o alguien) me atrajo hacia su historia y siempre lo hará. Gracias por compartirla y por explicar científicamente que estas cosas pueden suceder y suceden. Que Dios lo siga bendiciendo, Eben Alexander, estará siempre presente en mis oraciones.

Con cartas como estas —tan poderosas por esa franqueza que proviene del corazón — escucho que las personas me dicen justamente lo que tanta gente le dijo a Hardy, y a James antes que a él. Las experiencias como estas son difíciles de describir no solo porque los narradores están preocupados por lo que puedan pensar quienes los escuchan, sino además simplemente porque son difíciles de expresar en palabras. Pero, aun así, estas personas *sí* encontraron las palabras y las escribieron. Muchos le dijeron a Hardy (y muchos también me han dicho a mí) que simplemente tenían que hacerlo.

Una persona le explicó a Hardy:

Decidí escribir tras guardarme mi experiencia durante cuarenta años. Lo que voy a explicar sucedió cuando tenía dieciséis años y estaba haciendo una de las cosas que más me gustaba hacer: dar un paseo en solitario por los alrededores de mi casa, situada en un pueblo. En efecto, una noche salí, por mi cuenta, como de costumbre, a caminar por una senda que conducía al bosque. No me sentía particularmente feliz ni particularmente triste, solo normal. Definitivamente no estaba «buscando» nada, solo salí a caminar para estar tranquila. Debía de ser agosto, porque recuerdo que el maíz estaba maduro y yo solo llevaba puesto un vestido de verano con sandalias. Casi había llegado al bosque cuando hice una pausa, me di la vuelta para ver el maizal, di dos o tres pasos hacia adelante para poder tocar las mazorcas de maíz y vi cómo eran mecidas por la brisa tenue. A continuación emprendí el camino de regreso al pueblo, pasando por una serie de árboles y arbustos. El sol estaba a mi izquierda, sin que me diera en los ojos.

Luego debí de quedarme en blanco. Nunca sabré durante cuánto tiempo, porque solo tuve uso de mi mente consciente normal con facultades normales al concluir lo que a continuación relataré: estaba rodeada por una luz blanca, brillante y centelleante, como si fuera sol sobre nieve gélida, como un millón de reflejantes diamantes, y no había ningún maizal ni árboles ni cielo... esta luz estaba en todos lados; mis ojos

estaban abiertos, pero no estaba viendo con ellos. Creo que solo debió de durar unos segundos porque, si no, me hubiera caído. La sensación era indescriptible, pero nunca he experimentado, durante los años posteriores, nada que se pudiera comparar con ese momento glorioso; fue dichoso, edificante y me sentí tan maravillada que me quedé boquiabierta.

Acto seguido, pude vislumbrar las copas de los árboles, luego un pedazo de cielo... La intensa luz fue desapareciendo gradualmente y, al fin, pude ver el maizal, que se extendía frente a mí. Estuve parada allí mucho rato, traté en vano de que esa luminosidad regresara y lo he intentado muchas veces desde entonces, pero solo la vi una vez; aunque sé dentro de mi corazón que todavía está ahí —y aquí— y en todos lados a nuestro alrededor. Sé que el cielo está dentro de nosotros y alrededor de nosotros. Vivir esa maravillosa experiencia que me aportó una felicidad incomparable.

Vemos a Dios en el milagro de la vida, en árboles, en flores y aves —sonrío cuando escucho que se habla de Dios como si fuera un hombre, iracundo o de alguna otra forma—. Sé qué he visto y sentido y estoy humildemente agradecida por la roca interna a la cual me aferro.

Lo escribí, pero jamás se lo conté a nadie.³

Muchas de las experiencias de quienes le respondieron a Hardy fueron breves, pero igual de transformadoras. Otra mujer escribió:

Mi esposo murió el 6 de septiembre de 1968 y durante casi un año estuve completamente deprimida y nada en absoluto me podía consolar. Una mañana mientras estaba sentada dentro de la bañera, demasiado deprimida como para pensar en nada, de repente penetró en mi cabeza una tonalidad dorada brillante, de un tipo que jamás había visto antes, y en su base había una pequeña mancha negra del tamaño de una cabeza de alfiler. Durante lo que debieron de haber sido unos cuantos segundos me sentí muy asustada hasta que por fin parecí darme cuenta de que era mi esposo. Lo llamé y de pronto esa hermosa tonalidad dorada lentamente se desvaneció y no la he visto desde entonces. Eso es todo lo que sucedió pero me dejó con una gran paz interna y con la convicción de que todo está bien. También pienso que mi fe se ha vuelto mucho más fuerte como resultado de esta experiencia.⁴

Una vez que usted ha contemplado los reinos más elevados, experimentado la sensación de profunda pertenencia que inspiran y comprobado que muchos aspectos de la vida parecen conspirar para que nos olvidemos de ello, toda clase de experiencias pueden tirar de usted para que entre de nuevo en contacto con ellos. El hecho es que muchas de las cosas que a las personas les encanta hacer, sin poder explicar exactamente *por qué* les encantan, nos hacen sentir bien precisamente porque nos reconectan con ese mundo. Yo no practico el surf, pero dos de mis hijos sí. He visto a personas mientras surfean y he escuchado hablar a los surfistas, y sé que parte de la magia de ese deporte es que es especialmente poderoso como reconector con los mundos que están más allá de este: el reino donde hay mucho más movimiento, mucha más vida y sentimiento. Me encanta esquiar, y si alguna vez ha esquiado reconocerá esa sensación que surge justo cuando empieza usted a bajar por una pendiente. Hay una parte que está profundamente dentro de usted que se despierta cuando esto sucede. Es algo físico, pero es *más* que físico.

Huelga decir que esto se aplica ampliamente a la sensación que obtuve al practicar paracaidismo. Ahora veo mi pasión de juventud por ese deporte como una señal, probablemente la más grande, de que yo tenía hambre de cielo, aunque en esa época en ningún caso lo hubiera llamado así.

Hay una palabra que usan los atletas —y, no por coincidencia, también los consumidores de drogas— que resulta especialmente significativa aquí: «euforia».

Como médico, sé que cuando su cuerpo es estimulado natural o artificialmente, suceden cosas muy específicas en el cerebro. Cada placer que experimentamos cuando estamos dentro del cuerpo es visible en la actividad neuronal del cerebro, y la euforia que se siente al saltar de un avión o al ingerir una droga potente afecta esencialmente a los mismos centros del cerebro.

Aquí el error radica en mirar esa actividad neuronal y tratar de explicar toda nuestra experiencia consciente a través de ella. Experimentamos la vida a través del cerebro mientras estamos dentro de nuestros cuerpos. El cerebro es la estación de cambio entre «aquí» (el cuerpo) y «allá» (los vastos mundos que hay más allá del cuerpo). Pero esto no significa que el cerebro sea la *causa* de nuestra experiencia consciente. Lo que en realidad está pasando es mucho más complejo: se produce un intercambio constante entre nuestro cerebro y nuestra conciencia, y el cerebro valientemente intenta mantenernos vivos y fuera de peligro, intenta retener el control completo, intenta no distraerse con los datos reales que llegan desde más allá del mundo físico. Cuando alguien adicto a las drogas se hace sentir bien a sí mismo al tomar una droga, obtiene cierto grado de liberación de ese control que el cerebro físico, con su obsesión por los datos relacionados con la supervivencia, ejerce sobre nosotros. La euforia que siente un drogadicto al consumir sustancias y la euforia que siente un surfista o paracaidista son elevaciones momentáneas que los alejan de ser abarcados por el cuerpo. El problema con el consumidor de drogas es que este método de obtener esa liberación es una trampa. El cerebro se ve *obligado* a dejar de sostener la conciencia, y cuando pasa el efecto de la droga, el adicto cae más profundamente en la materialización. Se golpea duro contra el suelo y, con cada partida y regreso que vuelve a realizar de esta manera, daña tanto al alma como el cuerpo, sin mencionar que debilita sus oportunidades de poder obtener esa liberación de forma natural. Todos los momentos de euforia terminan aquí en la Tierra. Pero allá arriba no. Allá arriba, la sensación es constante. Una euforia constante en esta tierra pronto deviene en pesadilla. Así que imaginar cómo se siente desde nuestra perspectiva es, de nuevo, prácticamente imposible. No obstante, eso no significa que no sea verdad.

Muchos de los reportes que Hardy recopiló eran remembranzas de experiencias que habían ocurrido mucho tiempo atrás durante la niñez de los protagonistas, en ocasiones seis o siete décadas atrás. Pero para quienes contestaron, el recuerdo de ellas estaba tan fresco como si hubieran sucedido apenas unos días antes.

Eso en sí fue altamente sugerente. Cuando éramos niños, muchos de nosotros estábamos completamente cómodos con la idea de que había una realidad invisible. Nos movíamos entre cosas invisibles, incluso al transitar por el mundo (generalmente) mucho

menos interesante de la realidad de los adultos. Pero no nos engañaban. Al igual que yo, con mi capa de Superman, sabíamos perfectamente bien qué mundo era el más importante.

Luego —para muchas personas, alrededor de los siete u ocho años, lo que constituye un dato interesante— las cosas cambian: se apaga una conexión y desde entonces, día tras día, las reglas del mundo «adulto» toman el mando. El poeta escocés Edwin Muir (1887-1959) escribió:

Un niño tiene una imagen propia de la existencia humana, que probablemente nunca recuerda después de haberla perdido: la visión original del mundo. Creo que esta imagen o visión es de un estado en el cual la Tierra, las casas que hay en ella y la vida de cada ser humano están relacionadas con el cielo, que las engloba; como si el cielo cupiera en la Tierra y la Tierra en el cielo. Ciertos sueños me convencen de que un niño tiene esta visión, en la cual hay una armonía entre todas las cosas más completa que ninguna otra que vaya a conocer jamás.⁵

La niñez es una época en la que el cielo y la Tierra todavía están unidos esencialmente. Después, cuando nos hacemos mayores, se separan, quizá un poco, quizá mucho. Pero por más lejos que parezca que nos vamos, recibimos pistas y atisbos —y a veces más— que indican que el cielo realmente está al alcance.

«Es como si algo me dijera: “Jamás te permitas cuestionarte esto”», dice Edward Robinson, el socio de Hardy, al citar a un individuo que describía un momento de percepción espiritual en la infancia. «Y sabía que no debía permitirlo; sabía que era la cosa más real que me hubiera sucedido jamás.»

«Si fue (una) alucinación —escribe Robinson en su libro sobre experiencias espirituales en la niñez al citar a otro individuo—, ¿por qué lo recuerdo como la experiencia más real y vívida que he tenido? Fue que te dé calambre al tocar sin querer un cable eléctrico cuando estás buscando a tientas una cerilla.»⁶

Como han planteado escritores como William James, el clasicista Frederic W. H. Myers a fines del siglo XIX y el escritor Aldous Huxley a mediados del XX, hay grandes evidencias de que el cerebro actúa como una especie de «válvula de reducción» para la conciencia. Sabemos más cuando estamos «fuera» del cerebro que cuando estamos dentro de él. Otra persona que respondió le escribió a Hardy:

Pienso que desde mi infancia siempre he tenido la sensación de que la verdadera realidad no se encuentra en el mundo, como lo ve una persona normal y corriente. Parece haber una fuerza constante que actúa desde el interior y que trata de empujar hasta llegar a la superficie de la conciencia. La mente continuamente trata de crear un símbolo lo suficientemente abarcador para contenerla, pero nunca lo consigue. Hay momentos de alegría pura con una conciencia elevada del entorno que lo rodea a uno, como si se hubiera transmitido una gran verdad... A veces se siente como si el cerebro físico no fuera lo suficientemente grande como para dejarla pasar.⁷

Para aquellos que todavía están seducidos por la noción simplista de que «el cerebro crea conciencia» —aquellos que retrocederían con horror cuando menciono que la destrucción de mi neocorteza incrementó considerablemente mi conciencia— les voy a

recordar dos fenómenos clínicos habitualmente atestiguados que desafían el modelo simplista de cerebro-creamente: 1) *lucidez terminal*, en la que pacientes mayores con demencia y en un estado moribundo con frecuencia tienen remansos asombrosos de cognición, memoria, percepción y reflexión al acercarse a la muerte, por lo general durante períodos en los que son plenamente conscientes de que llegan almas difuntas para escoltarlas al reino espiritual; y 2) los *síndromes de sabiduría adquirida*, en los que alguna forma de daño cerebral —como el que se ve con el autismo, lesiones en la cabeza o derrames— no impide que quien la padece tenga alguna habilidad mental sobrehumana como capacidad avanzada para el cálculo, una gran intuición, destrezas musicales o una memoria prodigiosa para recordar números, nombres, fechas... o escenarios visuales. No hay explicación dentro de nuestras ideas neurocientíficas simplistas del cerebro que justifique observaciones tan extraordinarias y contrarias a lo esperado.

Conforme me adentré con mayor profundidad en el misterio de mi travesía, llegué a darme cuenta de que nuestra propia conciencia es lo único que cualquiera de nosotros sabe en realidad que existe. La neurociencia que había estudiado durante décadas nos recuerda que *todo* lo que cualquiera de nosotros haya experimentado, desde antes de haber nacido, no es otra cosa que la actividad electroquímica (frecuencia, vibración) de cien mil millones de neuronas que interactúan dentro de una masa gelatinosa de un kilo y medio extraordinariamente compleja que conocemos como el cerebro humano.

Hoy, el centro neurálgico de los trabajos científicos sobre conciencia es la División de Estudios Perceptuales (DOPS, por sus siglas en inglés) de la Universidad de Virginia, donde los investigadores Ed Kelly y Emily Williams Kelly, Bruce Greyson y otros están trabajando para resucitar el trabajo colectivo que hicieron estudiosos como Myers y James a finales del siglo XIX y exponerlo de nuevo al ojo público. Yo aconsejaría que, si algo en el libro que tiene entre manos enciende su curiosidad por este tema y desea profundizar más en él, emprenda el estudio inmenso pero transformador de vidas *La mente irreducible: Hacia una psicología para el siglo XXI*. El libro es largo y denso porque el grupo DOPS está formado por científicos y se han marcado como objetivo rebatir todas las objeciones comunes ante la idea de que la conciencia sobrevive tras la muerte del cerebro.

Como seres humanos, tenemos un potencial que todavía no ha sido ni soñado. Apenas estamos empezando entender quiénes somos en realidad. El cuerpo contiene pistas innumerables respecto a los verdaderos seres cósmicos que somos en forma naciente. Cuando las cosas están trabajando coordinadamente, el cuerpo no solo es un ancla y un oscurecimiento para nuestras realidades espirituales, sino que es también, además, una herramienta para traer esas capacidades de la Tierra. Lo mismo sucede en el cerebro, y lo vemos en casos verificados de niños genios y prodigios. No se equivoque: existe una razón por la cual somos seres espirituales que tienen una experiencia terrenal. Estamos aquí para aprender, pero traemos con nosotros herramientas mucho más poderosas para conseguirlo de lo que creemos. Nuestra odisea material no es solo una

prueba, y definitivamente no es un castigo, sino que más bien es un capítulo en el desenvolvimiento, la evolución del cosmos mismo, debido a que somos uno de los máximos experimentos de Dios, quien tiene tantas esperanzas puestas en nosotros que casi rebasan infinitamente nuestra capacidad para imaginarlo.

Las personas que le respondieron a Hardy hace treinta años y las que conozco y con quienes hablo a diario dicen lo mismo: es la única historia real, que está luchando por regresar a nosotros. La realidad del cielo, y de nuestro sitio dentro de él, está derribando los muros de negación que hemos construido a lo largo de los últimos siglos, y de nuevo estamos escuchando su mensaje: Somos amados. Somos conocidos. Pertenece.

Había además otra sensación que se apoderaba de mí, que ahora solo puedo describir como un tipo de percepción. Al mismo tiempo, solo recuerdo esa sensación como algo de realidad intensa y conocimiento, el sentimiento de que realmente veía y sabía cómo eran las cosas detrás de las apariencias. En estos momentos de saber, no vi colores titilantes ni me sentí enorme ni escuché extraños zumbidos internos; más bien vi el mundo común muy claramente y con infinito detalle, y supe que todo estaba unido.⁸

Quien le escribió esta descripción a Hardy lo más probable es que no fuera un científico. Pero lo que esta persona está diciendo no es distinto a lo que los físicos modernos expresan cuando nos dicen que a nivel físico al final no hay separación de nada con relación a ninguna otra cosa. La separación, a nivel fundamental, no existe en el universo, y eso es así, con independencia de uno lo mire desde una perspectiva científica, una perspectiva psicológica, o ambas.

Cuando llega, la experiencia de esta conexión es enormemente poderosa. No obstante, se rompe con facilidad. Otra persona que respondió le escribió a Hardy:

Conforme crecí, cada vez me sentí más perplejo al darme cuenta de que muchas personas vivían en un mundo muy distinto al mío. Podían matar cosas sin inmutarse, podían dormir sin soñar, soñar sin colores... Al parecer siempre sentían estar dentro de su piel, lo que veían, escuchaban y sentían parecían realidades verdaderas y separadas y perceptibles. El mundo objetivo le parecía real a la mayoría de la gente, y el mundo subjetivo, irreal o no existente.⁹

Las ceremonias de iniciación de muchos pueblos tradicionales se celebran justo alrededor de este período inicial de «inocencia» infantil, cuando la conexión directa y sin complicaciones con el mundo espiritual llega a su fin. Cuando perdemos esa conexión original de la niñez, esa intuición de pertenecer, la religión entra en acción para ayudarnos a recuperarla y retenerla. Las sociedades tradicionales, conscientes de la profunda conexión que los niños tienen con el lado espiritual del universo, sabían exactamente cuándo era el momento preciso de hacerlo, de ayudar a la persona adulta emergente a codificar el conocimiento del cielo que esa persona poseía naturalmente en la niñez para que nunca se perdiera.

Si a uno le pidieran describir la vida de religión en los términos más amplios y generales posibles, podría decir que consiste en la creencia de que hay un orden no visto, y de que nuestro bien supremo reside en ajustarnos armoniosamente a él.

WILLIAM JAMES, *Las variedades de la experiencia religiosa*

Huelga decir que eso también es lo que las religiones de hoy deberían estar haciendo. Sin embargo, la realidad triste pero fascinante es que un niño de una tribu de la selva tropical de la cuenca del Amazonas hace seiscientos años recibía las herramientas que necesitaba para transitar por el mundo material y mantener una conexión con el espiritual, mientras que nuestros niños con frecuencia no cuentan con ninguna. Esto no pretende denigrar el cristianismo ni las demás tradiciones modernas de la fe, lo que quiere es reivindicar que esas creencias deben unirse una con la otra, y con la ciencia, para crear una nueva visión: una que englobe la ciencia y la religión, y eso le enseñará a nuestros niños maneras reales de mantenerse en contacto con el mundo espiritual en todo momento. Necesitamos convertirnos en una cultura que, al igual que tantas de ellas que existieron en el pasado, enseñe a *todos* sus miembros cómo seguir sosteniendo el hilo dorado, a lo largo de toda su vida.¹⁰

Thomas Traherne, un clérigo del siglo XVII cuyos escritos fueron descubiertos por casualidad a finales del siglo XIX, escribió que «usted nunca disfruta el mundo adecuadamente hasta que el propio mar fluye por sus venas, hasta que está arropado por los cielos y coronado por las estrellas: y se percibe a sí mismo como único heredero del mundo entero, e incluso más, pues hay hombres en él y cada uno es heredero único, al igual que usted».

«Herederos»: la palabra perfecta. Desde una perspectiva material, como indicamos más arriba, somos seres cósmicos. El océano literalmente fluye en nuestras venas, puesto que la sangre es virtualmente idéntica al agua salada a partir de la cual se desarrollaron nuestros cuerpos animales. De igual modo, los átomos de calcio que componen nuestros huesos y los átomos de carbono que constituyen un 18 por ciento de nuestros cuerpos se forjaron hace miles de millones de años en los corazones de estrellas antiguas, estrellas que, al colapsarse y convertirse en enanas blancas y volver a explotar como supernovas, lanzaron estos átomos al universo, donde finalmente se adhirieron con otros elementos complejos para formar planetas como el nuestro, así como los cuerpos físicos de todos los seres vivos que ahora lo habitan y se mueven en él. Pero también somos seres espirituales: los herederos del cielo. Nuestra herencia material y nuestra herencia espiritual no están separadas, sino que se entrelazan, al igual que esas culebras que trepan por el caduceo. Desde una perspectiva aristotélica «de afuera», estamos «hechos» de tierra. Pero desde una perspectiva platónica de iniciación, estamos hechos de arcilla celestial, de lo que los místicos de Persia en el siglo XII llamaban «la tierra del cielo». Pertenece a ambos mundos.

EL REGALO DE LA ALEGRÍA

Durante los momentos de gran júbilo es cuando nuestro verdadero ser es más visible.¹

MEDHANANDA, místico alemán hindú del siglo XX

Los mundos que están encima de este se desbordan de emoción, de calidez que va más allá de la que es simplemente física y de otras cualidades que rebasan de modo considerable mi habilidad para hacer una descripción. Pero le puedo decir esto: yo estaba listo para ellos. Aunque me asombraron con una deslumbrante novedad y fresca, también eran, paradójicamente, familiares. Yo ya los había sentido. No como Eben Alexander, sino como el ser espiritual que fui muchísimo antes de que ese ser encarnado específico surgiera, y como aquel que volveré a ser, cuando los elementos terrenales que actualmente componen mi cuerpo físico se hayan ido por su cuenta a lugares diferentes.

Los mundos de arriba no son generales, no son vagos. Están profunda y penetrantemente vivos, y son más o menos igual de abstractos que un cubo de pollo frito, el reflejo que rebota desde el capote de un Pontiac Trans-Am o su primer amor. Por ello las descripciones del cielo que traen consigo de vuelta personas como Swedenborg pueden sonar tan completamente descabelladas. Sé perfectamente bien lo descabellado que suena mi propia explicación, y comprendo a aquellos a quienes se les hace difícil aceptarlo. Al igual que muchas cosas en la vida, suena bastante improbable hasta que uno lo ve por sí mismo.

Hay árboles en los mundos que están por encima de este. Hay campos y hay animales y personas. También hay agua; agua en abundancia. Fluye en ríos y desciende como lluvia. El rocío se eleva desde las superficies vibrantes de estas aguas, y peces se deslizan por debajo de ellas. Tampoco son peces abstractos y matemáticos: son de verdad, igual de reales que cualquier pez que usted haya visto y mucho más. Las aguas de allá son como el agua terrenal pero, sin embargo, no son aguas terrenales sino que son, por expresarlo de una forma que sé que se queda corta pero que a veces es precisa, más que simple agua terrenal: es agua que está más cerca del origen. Más cerca, al igual que el agua del curso superior de un serpenteante río está más cerca de los manantiales de los que emerge. Esa agua le resulta absolutamente familiar, de modo que cuando usted la contempla cae en la cuenta de que la totalidad de los más hermosos paisajes con agua que usted llegó a ver en la Tierra eran hermosos precisamente porque le recordaban a esta. Es agua viviente, del mismo modo que todo lo de allá arriba es viviente, y lo atrae,

de manera que su mirada desea viajar dentro de ella, más y más profundamente, más y más tiempo, para siempre. Fue agua que hizo que todas las masas de agua terrenales que he visto, desde las playas de Carolina hasta los ríos del oeste de Estados Unidos, parecieran versiones menores, hermanitos pequeños de ella, de esto que en algún nivel profundo siempre había sabido que era como el agua debería ser.

No expongo esto para denigrar a los océanos y los ríos y los lagos y las tormentas y todas las demás formas de agua que he visto y disfrutado en esta Tierra. Más bien es simplemente para decir que ahora veo esas aguas con una nueva perspectiva, de igual forma como ahora veo a todas las bellezas naturales de la Tierra con una perspectiva igualmente nueva. Cuando ascendemos, en resumen, todo sigue ahí. Solo que es más real. Menos denso y al mismo tiempo más intenso, está más *ahí*. Los objetos, paisajes, personas y animales explotan de tanta vida y color. El mundo de arriba es tan vasto, variado, poblado y distinto en un lugar comparado con otro, como sucede con este mundo, e infinitamente más. Pero dentro de toda esta vasta variedad no aparece esa sensación de *lo otro* que caracteriza a este mundo, en la que una cosa en sí está sola y no tiene nada que ver directamente con las otras cosas que la rodean. Allá nada está aislado. Nada está alienado. Nada está desconectado. Todo es *uno*, sin que esa unidad en ningún sentido surgiera homogeneidad: es decir, que todo esté aplastado junto. El autor C. S. Lewis lo explicó de manera maravillosa cuando indicó que la unidad con Dios no debería evocar en nuestras mentes un gran pudín de tapioca insípido. No es *ese* tipo de unidad.

Ver este mundo por un momento significa que su corazón se romperá con el recuerdo de que es real que repentinamente lo invadirá. Pero también significa que su corazón sanará, porque usted recordará de dónde viene, lo que es y adónde va a ir de nuevo algún día. Ha echado un vistazo al mundo que está en el exterior de la cueva y todo ha cambiado, para siempre.

Ultrarreal aquí es un concepto clave y mencionado frecuentemente en descripciones de experiencias cercanas a la muerte (ECM). Como le dije a mi hijo mayor, Eben IV, quien estaba estudiando la carrera de neurociencia en la universidad cuando me dieron de alta del hospital: «¡Todo fue *demasiado real como para ser real!*!». Como sabía que cada vez que uno explora de nuevo un recuerdo corre el riesgo de alterarlo, me aconsejó anotar todo lo que pudiera recordar respecto a la odisea que viví cuando estuve en coma antes de leer nada acerca de experiencias cercanas a la muerte, física o cosmología. Ocho semanas después, tras haber escrito más de veinte mil palabras, me adentré en la literatura sobre ECM. Me asombró escuchar que más de la mitad de quienes han tenido este tipo de experiencia cuentan que ese reino es mucho más real que este. Eso es un concepto difícil de transmitir a los materialistas escépticos que han enterrado profundamente sus recuerdos de ese reino, pero es refrescantemente sencillo de compartir con aquellos que han estado ahí: la discusión con frecuencia trasciende las propias palabras que pueden ser tan limitantes en nuestras comunicaciones respecto a reinos no terrenales (dadas las limitaciones de nuestro lenguaje basado en la Tierra).

Una característica curiosa de los recuerdos de estas experiencias cercanas a la muerte profundamente trascendentes, además de su naturaleza asombrosamente ultrarreal, es que son persistentes y transforman la vida. Estos recuerdos no se desvanecen como la mayoría de los recuerdos derivados del cerebro. Doy fe de cómo personas se me acercan tras mis presentaciones y me ofrecen interpretaciones detalladas de ECM que tuvieron hace más de siete décadas, como si hubieran ocurrido ayer. Lecturas posteriores, no solo de literatura sobre el tema que nos ocupa, sino de literatura sobre la vida después de la vida y los escritos de místicos religiosos y profetas realizados desde miles de años atrás a la fecha, esclarecieron las profundas similitudes entre muchas de estas experiencias. Son tantas las personas que están intentando describir la misma presencia asombrosa e infinitamente amorosa que hay en el núcleo de todo ser... Algunos escépticos se pierden el bosque por estar mirando los árboles: se quedan atrapados en los detalles, y están tan ocupados en comparar las diferencias en un esfuerzo por refutar, que se pierden la verdad más profunda de las características en común que hay entre culturas, creencias, continentes y milenios.

Ese reino es mucho más real que este reino material nebuloso, como de ensueño. El velo que creo que existe entre ellos fue construido ingeniosamente por una inteligencia infinitamente más grande que la nuestra, y que está ahí por una razón. El reino terrenal, pienso, es donde se supone que debemos aprender las lecciones de amor incondicional, compasión, perdón y aceptación. Nuestro conocimiento de la naturaleza espiritual eterna no se supone que tenga que ser tan claro para nosotros como la luna que se eleva en el cielo durante la noche. Nuestra habilidad de aprender por completo las lecciones más importantes de la vida depende de que estemos parcialmente velados y alejados de ese conocimiento más completo (aunque finito) que nuestras almas más elevadas poseen entre sus vidas.

¿Cómo puede ser todo esto? ¿Cómo puede ser que haya otros mundos donde en verdad nos encontremos con cosas y situaciones y seres que son como los de este mundo? La manera más fácil de entenderlo es tomar un boceto del universo que han usado muchas tradiciones antiguas, pero especialmente los místicos de la antigua Persia. En él se ve el universo como algo ancho en la parte inferior y puntiagudo en la parte superior, una forma semejante a la imagen que tenemos del gorro de un brujo. Imagine un gorro de este tipo colocado en el suelo. La parte de abajo, el círculo amplio y plano de tierra que el gorro cubre, es el reino terrenal. Ahora imagine que el gorro contiene una serie de niveles: niveles que se vuelven más y más estrechos conforme subimos. Esta es una forma muy gráfica (aunque obviamente esté enormemente sobresimplificada) para describir lo que sucede cuando el alma asciende por los mundos espirituales. Estos mundos no se vuelven más pequeños a medida que ascendemos; antes al contrario: se vuelven más vastos, más imposibles de describir desde donde estamos. Pero en un sentido de espacio, *sí* se vuelven más pequeños, porque el espacio ya no existe en la forma en que existe aquí. El espacio se vuelve menos importante, porque su naturaleza

finalmente ilusoria se vuelve más aparente. En esos reinos más elevados experimentamos directamente lo que propone el teorema de Bell, que muestra cómo dos partículas en extremos opuestos del universo pueden interactuar sin retraso de tiempo alguno, mucho más abstractamente, nos dice. El universo es *Uno*.

Los reinos que están arriba de este están llenos de espacios vastos, de vistas que empequeñecen las más amplias e inspiradoras que pudiéramos encontrar en cualquier parte aquí en la Tierra. Esos espacios están llenos de objetos y seres que reconocemos de la vida terrenal. Son reales, pero el espacio que habitan es un espacio más elevado que este, así que nada funciona como aquí, por lo que cuando usted empieza a describirlo se encuentra al instante con dificultades. Es real, pero —al igual que la propia materia cuando nos vamos al nivel cuántico— no se comporta como estamos acostumbrados.

La sabiduría tradicional nos indica que en la punta —el extremo— del gorro del mago desaparece toda extensión. Esa punta es el lugar donde todas nuestras categorías terrenales de espacio y tiempo y movimiento, más espiritualizadas a medida que subimos, desaparecen por completo. Más allá no hay espacio, no hay tiempo... ninguno de los indicadores que actualmente usamos donde ahora estamos.

Lo único que conocemos aquí en la Tierra que sí permanece por encima de ese punto es el amor. Dios es amor y nosotros también, en nuestro nivel más profundo. Esto no es amor abstracto, no hay tal clase de amor: este amor es más duro que una piedra, más ruidoso que una orquesta sinfónica, más vital que una tormenta y tan frágil y conmovedor como la criatura más débil e inocente que sufre, y tan intenso como la luz de mil soles. Esto no es una verdad que podamos conceptualizar adecuadamente, pero es una que todos experimentaremos.

Las barreras empezaron a derrumbarse y un velo tras otro se abrió en mi mente. Tras experimentar una felicidad centrada en mí mismo, ahora quise compartirla con otros, primero con los que estaban cerca de mí, y luego, más ampliamente, con los demás, hasta que todos y todo quedó incluido. Sentí como si ahora pudiera ayudar a toda esta gente, que no había nada más allá de mi poder: me sentí omnipotente. El éxtasis se hizo más profundo e intenso. Empecé a gritar. Sabía que todo estaba bien, que la base de todo era la bondad, que todas las religiones y ciencias eran caminos hacia esta realidad máxima.²

Al igual que esta persona que respondió a Hardy, tras mi ECM, cuando aprendí a hablar de nuevo, cuando mi cuerpo y cerebro estaban funcionando a pleno rendimiento, lo que principalmente pude ofrecer con mis intentos por describir estos mundos espirituales fue un entusiasmo jubiloso: uno que tomó la forma de una larga serie de superlativos; adjetivos que, mientras más repetía, menos permitían que alguien entendiera lo que trataba de decir: «hermoso», «de otro mundo», «maravilloso», «precioso»...

Un día, mientras Ptolemy y yo íbamos de un lado a otro y tratábamos de refinar la historia de mi travesía para transmitir al lector cómo fue que realmente se sintió, me dijo: «Eben, te prohíbo teclear o decir la palabra “hermoso” una vez más. No está *aportando nada*».

Lo entendí perfectamente, aunque he de reconocer que no hice caso de su petición, como cualquiera que haya ido a mis charlas habrá comprobado. Había regresado de un mundo que no solo empobrecía todos los intentos por describirlo, sino que también convertía en picadillo las propias categorías de descripción que usamos para describir las realidades terrenales. Hay infinitamente más maneras de sentir y experimentar y comunicar en los mundos más allá de este, y cuando regresé con el recuerdo de ese catálogo considerablemente mayor de percepciones y sensaciones, fue como tratar de describir algo de tres dimensiones a una persona que solo vive en dos de ellas. (Esto fue una idea desarrollada, por cierto, por el clérigo y matemático Edwin Abbott en su novela de 1884, *Flatland: a romance of many dimensions* (traducida al español como *Planilandia: una novela de muchas dimensiones*), en la cual un viajero que ha visitado una tierra de tres dimensiones se siente igualmente frustrado cuando regresa a su mundo de dos dimensiones y trata de contarles a los que viven allí esa tercera dimensión.)

Pero sin importar lo difícil que sea traer para abajo noticias de esos reinos, es absolutamente clave que aquellos que han tenido esas experiencias lo intenten de todos modos. Estas descripciones son la comida que actualmente necesitamos. Crear un mapa de esos mundos de arriba de manera no agresiva y humilde es crucial para sanarnos y para sanar nuestro mundo. Todos saben que en este preciso instante el mundo está dominado por tremendas cantidades de duda y desesperación. Si usted tiene una fe religiosa fuerte, es más probable que le vaya mejor que a alguien que no la tiene. Pero si usted, al igual que yo, llega a ver a la religión, la espiritualidad y la ciencia como socios para mostrar el universo como realmente es, creo que se puede volver incluso más fuerte.

Goethe, Fechner, Pascal, Swedenborg y otras mentes científicas encontraron esa fuerza cuando se dieron permiso para transformarse también en mentes espirituales. En esos individuos vanguardistas, los seres terrenales-exteriores y celestiales-interiores apartaron sus conflictos aparentes y se convirtieron en aliados.

Cuando esto sucede, vemos que el universo es un lugar profundamente ordenado, física y también espiritualmente. El orden y el significado que sentimos que operan en nuestras mentes son el mismo orden y significado que alcanzamos a vislumbrar afuera en el mundo. Y un vistazo de este orden es suficiente para transformar la emoción dominante que nos guía a través del día y hacer que se transforme de pesar a júbilo.

Natalie Sudman, autora de *Application of impossible things* (Aplicación de lo imposible), un libro realmente extraordinario acerca de la experiencia cercana a la muerte que tuvo durante la guerra de Irak cuando el vehículo todoterreno Humvee en el que iba explotó, lo expresa de la mejor manera posible:

Los budistas han dicho: «El dolor es inevitable; sufrir es opcional». Al entender que yo diseñé mi experiencia de principio a fin y que me aseguraron a través de mis experiencias fuera del cuerpo que mi vida tal como es tiene sentido y valor, el sufrimiento es imposible. Incluso al recobrar la conciencia en un camión carbonizado y rociado con sangre, o al estar acostada en una cama de hospital en posición fetal con dolor agonizante, o al vomitar hasta casi expulsar mis tripas debido a los efectos de la anestesia (¡los peores!), o al

plantearme la posibilidad de estar cincuenta años viendo doble, me han recordado el júbilo subyacente que hay en el hecho de ser que experimenté de manera vívida al estar fuera de mi cuerpo. Esto no es alegría, que creo que es más bien una respuesta al entorno y a las circunstancias que un estado interior constante. Puedo estar deprimida, temerosa, ocupada, molesta, enojada... en otras palabras, infeliz, con mis circunstancias o mi entorno y al mismo tiempo sentirme interesada, curiosa e incluso emocionada respecto a las circunstancias, al entorno, a mi propia creación de ello y a mis propias acciones y emociones mientras estoy dentro de él. No siempre disfruto del hecho de estar en este mundo, ni disfruto al estar en cierta circunstancia particular, pero siempre siento la alegría de base por ser una persona consciente, creativa y en expansión que explora la experiencia, y disfruto el humor inherente que hay en ello.³

Este júbilo le llegó a Natalie a través de su descubrimiento de la realidad de los mundos que hay más allá. Fue el mismo tipo de descubrimiento que, en circunstancias muy distintas, hizo el poeta William Butler Yeats (1865-1939) durante la experiencia que describe en estas líneas: «Ahora sé que la revelación proviene del ser, pero de ese ser con recuerdos de hace eras, que da forma a la concha compleja del molusco y al niño en el vientre, que enseña a las aves a hacer su nido; y que la genialidad es una crisis que se une a ese ser enterrado durante ciertos momentos ante nuestra mente trivial diaria».⁴ Yeats no desconocía los momentos de iluminación repentina: momentos en los que vio la tierra bajo la luz del cielo, y entendió que lo «celestial» no solo estaba más allá: no solo allá afuera, en algún otro lugar, sino justo aquí, justo ahora, entretejido con la propia tela que compone lo que tan frecuentemente parece una existencia sosa y ordinaria.

*Cincuenta años cumplidos y pasados.
Entre el gentío de una tienda,
me senté, solitario, en una mesa,
un libro abierto y una taza vacía
sobre la mesa de mármol.
Cuando miré la tienda y la calle,
mi cuerpo de repente recibió una descarga
y aproximadamente por veinte minutos
mi felicidad fue tan grande que parecía
que yo estaba bendito y podía bendecir.*⁵

Caminamos por un mundo de oscuridad. Luego, algo sucede, puede ser lo que sea: desde un acto de bondad inesperado hasta el reflejo de la luz en un jarrón hasta una experiencia cercana a la muerte en la que hacemos una travesía hacia otro mundo. Y de repente, el mundo se abre. Vemos qué hay detrás de él. Vemos que ha estado ahí todo el tiempo, pero que, en nuestro mundo, estamos particularmente ciegos ante él, porque se nos han olvidado las herramientas para acercarnos a él, para conservarlo para siempre en la mente.

Desde que era adolescente he tenido dudas respecto a la existencia de Dios, en el sentido cristiano tradicional. He tenido una tremenda dificultad para identificarme con cualquier religión; no obstante, siempre me he sentido impulsada a aceptar algo que está «más allá». El ateísmo era un compromiso que yo no estaba

dispuesta a adoptar, de modo que he admitido la etiqueta «agnóstica» desde mi adolescencia.

Y, sin embargo, me sentía impulsada a creer en algo, hasta tal punto que me perturbaba no poder decir proclamar en voz alta mis creencias, me sentía perdida.

Leí el libro del doctor Alexander y cuando habló de Dios como una luz en la oscuridad, me sentí sepultada por una avalancha de emoción tan fuerte que rompí en llanto. De hecho, se me están saltando las lágrimas ahora mientras escribo esto, al recordar. Únicamente me he sentido así tres otras veces: en cada uno de los nacimientos de mis tres hijos. Simplemente tuve una sensación de certeza de que lo que leía era verdadero, era real, y de repente sentí como si me hubieran aligerado de un peso y que estaba bien que yo no tuviera una religión, que estaba bien no tener una etiqueta, que estaba bien solo sentir lo que estaba sintiendo.

Ha habido veces en las que me he sentido abrumada por la vida, y estoy convencida de que antes no tenía capacidad para hacerle frente, me limitaba a tomar alguna pastilla para controlar la ansiedad. La consecuencia más importante que ha tenido en mí la lectura de este libro es que ahora realmente me siento feliz, y cuando las cosas se empiezan a poner locas o demasiado angustiantes, siento una calma repentina que me permite mirar esta vida en perspectiva, por lo que mis preocupaciones y tensión de repente son más fáciles de manejar. Todo lo que el doctor Alexander escribió simplemente es muy real.

Siempre me he sentido extremadamente angustiada al saber hasta qué punto las personas pueden ser malvadas con sus propios congéneres: niños que son víctimas de abuso, tortura, guerra..., y muchas más barbaridades que las personas cometemos contra otras personas. Saber que esto no es todo lo que hay me hace sentir increíblemente feliz.

Mi esposo también leyó el libro y ha cambiado su etiqueta de ateísmo por una que se centra más en creer en el «universo», donde Dios es una entidad algo similar a una fuerza energética en nuestro universo. De resultas de que ambos hayamos leído este libro me siento mucho más cercana a él.

Gracias por tomarse el tiempo de leer esto,

CHRISTINE

¿Por qué hay tanto dolor en la Tierra? Aquí hay dos respuestas con las que no estoy de acuerdo. Realmente son la versión oriental y la versión occidental de la misma idea (profundamente equivocada):

1. Todo se debe a su karma. Alégrese de que el sufrimiento que ahora está tolerando esté «pagando» por los errores que usted cometió en una vida pasada.
2. El sufrimiento lo vuelve fuerte. Como somos criaturas «caídas», Dios nos pone pruebas para ayudarnos a sobreponernos a nuestra naturaleza de pecado.

He visto demasiado dolor a lo largo de mi vida —tanto por parte de pacientes que han sufrido, como por parte de sus familias y seres queridos que sufrieron— y demasiada alegría en los mundos del más allá como para creermelo cualquiera de estas explicaciones. Creo que el ser al que yo llamo Dios/Om nos ama infinitamente: no desea «castigarnos», ni «darnos una lección» por nuestras malas acciones. La verdadera «explicación» del dolor y la falta de sentido que tan frecuentemente experimentamos en la Tierra, creo, es a veces mucho más profunda y mucho más simple.

Nuestro mundo —este mundo material— es el lugar donde el significado está camuflado. Es fácil perderlo de vista. Toda la realidad material está hecha de átomos y moléculas, y esos átomos y moléculas a su vez están hechos de partículas subatómicas que constantemente entran y salen del plano de la existencia. ¿Adónde se «va» un electrón cuando pasa de una órbita interior a una órbita exterior de un átomo o

viceversa? No sabemos. Lo que sabemos es que la materia no se mantiene constantemente. Cambia una y otra vez. Pero aunque lo haga, realmente nunca desaparece del todo, no está completamente ausente. Sabemos, a pesar de que ignoremos adónde va cuando se ha ido, que regresará.

Si usted alguna vez participó en una representación teatral cuando era niño, quizá haya experimentado uno de esos momentos extraños en los que, tras meterse completamente en su personaje, de repente recordó dónde estaba. Movi6 el pie y la tarima crujió, ¡pum!, usted fue consciente de que más allá de las luces había un auditorio completo, con un público compuesto por personas que usted conocía, que habían ido a verlo actuar y que le deseaban que le fuera bien.

Nuestras vidas aquí en la Tierra son un poco parecidas a esto. Hay ocasiones — momentos como los que han descrito tantas personas en este libro— en los que tenemos una ligera idea de dónde estamos y quiénes somos en realidad.

¿Qué deberíamos hacer en tales momentos? ¿Detenernos, olvidar nuestra parte del texto y no terminar el resto de la obra teatral? Por supuesto que no. Pero para los que estamos involucrados, como es el caso de todos, en este drama, en esta obra de la existencia terrenal, ese momento en que cruje la tarima puede ser inestimable.

Debemos aprender de nuevo a ver este *mundo bajo la luz del cielo*. Debemos permitir que todo a nuestro alrededor brille con su absoluta individualidad, su naturaleza única y el valor que cada gorrión, cada brizna de hierba y cada persona que usted conoce tiene, porque cada uno de ellos es un ser cósmico multidimensional, que se manifiesta aquí y ahora como un ser físico.

Estamos en medio del salto más significativo por lo que hace referencia a la comprensión humana en la historia. En doscientos años nuestra actual visión del mundo les parecerá tan limitada e ingenua a los hijos de nuestros hijos como la de un campesino medieval nos parece a nosotros.

Estamos a punto de redescubrir el otro lado de la vida: un lado que una parte muy profunda y muy oculta de nosotros de hecho jamás olvidó, pero que la mayoría mantiene en secreto ante sus mismos congéneres porque nuestra cultura así nos indicó que lo hiciéramos.

El mundo de la física subatómica no es el mundo de la espiritualidad. Pero como describe el antiguo documento hermético llamado *La tabla de esmeralda*, «lo que está arriba es como lo que está abajo». Los diferentes elementos de nuestro cosmos armonizan entre sí: lo que encontramos «aquí abajo» lo encontramos en forma diferente «allá arriba». La forma que tiene la materia de literalmente entrar y salir de la existencia, de un modo extraño, es algo paralelo a la forma en que el significado parece desaparecer por completo de nuestro mundo... para después regresar. Y cuando sabemos esto — cuando sabemos que el significado está ahí incluso cuando parece más ausente—

entonces el júbilo, el tipo de júbilo del que Natalie Sudman nos habla en ese hermoso texto que hemos reproducido más arriba, puede convertirse en un trasfondo constante de nuestras vidas, sin importar lo que esté pasando.

Estimado doctor Alexander:

Mi hija Heather nació en 1969 con parálisis cerebral severa. Nunca se sentó con la espalda recta ni habló, aunque mostraba conciencia de todo lo que la rodeaba. Se reía con frecuencia, vaya si se reía. Aunque los médicos auguraron que no viviría más allá de los doce años, se murió a los veinte, en 1989. Un día después de su fallecimiento, mientras estaba cortando el césped para distraer mi mente de ese trágico acontecimiento, me rodeó —*literalmente*— un enjambre de mariposas monarca que salieron de la nada. ¿Una señal de vida espiritual? No lo sé.

Adelantémonos a 1995. Estaba en la cama por la noche, preparado para dormir pero aún completamente despierto cuando pregunté: «¿Cómo puede haber un dios que permite que pasen cosas tan terribles como las que nos ha tocado vivir?». Al instante, una figura luminosa, completamente blanca, se apareció en el lado izquierdo de la habitación. Era mi hija. Me señaló y gritó «¡No, papí, estás equivocado! ¡Mira!», al tiempo que señalaba hacia el lado derecho de la habitación. Acto seguido, una nube ondulante de luz brillante y blanca envolvió toda la estancia. Al instante supe unas cuantas cosas aunque no se pronunció palabra alguna. Es difícil describir los sentimientos de euforia que experimente: supe que ella estaba bien y que era un ángel de Dios; supe que todos estamos bien y lo que hay más allá, después de la muerte; supe lo pequeños que somos comparados con nuestro Creador y que nuestra inteligencia es tan limitada que resulta risible; supe que era real... Ahora, cuando alguien me pregunta «¿Usted cree en Dios?», respondo: «No, no solo creo, lo sé sin lugar a dudas».

No creo; sé.

CARL JUNG (al ser preguntado hacia el final
de su vida, si creía en Dios)

«Todo irá bien», escribió la reclusa del siglo XIV Juliana de Norwich. Pero «todo irá bien» no es lo mismo que «todo está de maravilla». No significa que el mundo carezca de terrores y sufrimientos. Lo que significa es que podemos transitar por él si recordamos algo: que bajo su aparente carencia de significado, hay un mundo cuyo significado es tan rico que rebasa todo lo que pudiéramos imaginar. Dicho significado engloba por completo el sufrimiento que vemos a nuestro alrededor y que, cuando regresemos al mundo que hay más allá de este, lo superará una vez más.

Jung colgó encima de la puerta de su hogar esta cita del teólogo holandés del siglo XV Erasmo de Róterdam: «Llamado o no llamado, Dios está presente». En las dimensiones de arriba, el tiempo y el espacio tal como los experimentamos aquí, y todos los pesares del corazón y las agonías y las confusiones de esta vida, ya han sanado. Mucha suerte con la posibilidad de entender esto, ya que no se puede, no al menos desde este nivel. Aun así, puede vislumbrar esto. Y de hecho recibimos estos destellos todo el tiempo. Solo debemos recordar que tenemos permiso para estar abiertos a ellos; de saber aquello que, a nivel profundo, de todas formas ya sabíamos.

A mi hija Joan la atropelló mortalmente un coche cuando tenía siete años. Estábamos muy unidas y yo me sentía desconsolada. Cuando entré en la habitación donde estaba el ataúd donde reposaba su cuerpo, caí de rodillas al lado de la cama. De repente sentí como si algo detrás de mí estuviera tan sobrecogido por la pena que se estuviera consolidando. Luego sentí que me tocaban el hombro... Duró solo un instante, y supe que había otro mundo.⁶

El significado siempre está aquí. Pero es fácil, quizá más fácil aquí donde estamos que en ningún otro lugar del universo, perder de vista este hecho. En ocasiones, con frecuencia cuando las cosas están en su etapa más oscura, el mundo del más allá nos habla con el lenguaje, con los símbolos, de este mundo: a veces tan fuerte como el trueno, a veces tan suave como el golpeteo de un escarabajo en una ventana. Y con ello, regresa nuestra felicidad por la vida: una felicidad que puede estar aquí dentro de nosotros, como dice Natalie Sudman, a pesar del dolor del mundo, no en vez de él.

EL REGALO DE LA ESPERANZA

El mundo interior tiene sus nubes y sus lluvias, pero son de otro estilo. Sus cielos y soles son también de otro estilo. Ello resulta evidente solo para los refinados: aquellos que no son engañados por la apariencia de estar completo del mundo común.

JALAL AL-DIN RUMI, místico persa del siglo XII

Como seres humanos, somos criaturas del tiempo. Vivimos en el tiempo como los peces en el agua, tan inmersos dentro de él que casi no lo notamos, salvo en los niveles más superficiales, a pesar de que, indudablemente, somos sus esclavos. Sí, sabemos que llegamos tarde a una junta, pero no sabemos, ni nos detenemos para comprender plenamente, que el propio pensamiento no puede desenvolverse sin un elemento de tiempo. Tampoco el habla, ni la interacción humana ni ninguna otra cosa. El mundo como actualmente lo experimentamos está construido a partir del tiempo, en combinación con el espacio. Esta verdad no pierde valor por el hecho de que, desde la perspectiva de las dimensiones que están arriba de esta, el tiempo lineal se revela como una ilusión, tal como sucede con el espacio euclídeo de todos los días.

Como en la Tierra vivimos y actuamos dentro del elemento del tiempo lineal, un mundo sin un futuro predecible se nos antoja horrible. Recuerdo mi adolescencia, esos años en los que parecía que las experiencias nuevas no tuvieran fin. Si usted es como mucha gente, puede haber notado que en cierto momento esas experiencias dejaron de sucederse a un ritmo tan veloz e intenso y quizá pensó en su momento que esa desaceleración era debida a que la época de verdadero crecimiento y cambio ya había acabado.

Antes de mi experiencia cercana a la muerte, yo mismo tenía esos pensamientos. No es que la emoción de vivir hubiera desaparecido, no exactamente. Amaba a mi familia y mi trabajo, y, por supuesto, que todavía quedaban muchos retos y aventuras en el futuro que me ilusionaban. Pero, a la vez, algo —una especie de sensación interna de expansión, de auténtica novedad que venía hacia mí con rapidez— *sí* se había frenado. Solamente iba a haber cierta cantidad más de nuevas experiencias. Y no iban a ser tan nuevas —sorpresiva, electrizantemente nuevas— como alguna vez lo habían sido. Yo conocía los límites del mundo. Nunca volvería a saltar por la puerta abierta de un avión a más de 850 metros de altura por primera vez. Nunca iba a sentir cómo lo nuevo llegaba

aceleradamente hasta mí en esa forma. En pocas palabras, había perdido esperanza, puesto que eso es lo que la esperanza significa: una sensación de que algo realmente bueno y realmente nuevo viene en camino justo en el momento en que se experimenta.

Luego ocurrió algo nuevo.

Usted podría comentar que mi vida volvió a florecer. Incontables poemas nos dicen que en la vida somos como flores, que florecemos como ellas, pero que también nos marchitamos y morimos como ellas. Crecemos y florecemos en la juventud, brillamos durante un breve momento pasajero con la perfección de la belleza y la juventud y la vida... y luego nos marchitamos y morimos.

¿O tal vez no? Así como las flores simbolizan la tragedia y la transitoriedad aparentes de la vida, también simbolizan lo que reside detrás de esa transitoriedad. Todo en la vida tiene un componente celestial, pero algunas cosas son más celestiales que otras, y en esta escala la flor está arriba. Dante concluyó la *Divina comedia* con una descripción del Empíreo, el cielo más alto en su cosmología, como una rosa blanca. El Buda comparó la conciencia con el loto, una flor acuática que surge del lodo y la lóbreguez que hay hasta el fondo de un estanque y florece sobre la superficie del agua de manera milagrosamente limpia y blanca. Uno de los episodios más famosos protagonizados por Buda fue uno en el que en lugar de pronunciar un discurso, como todo el mundo esperaba, permaneció en silencio y se limitó a sostener una flor.

Los seres humanos, desde la prehistoria profunda, hemos usado flores para conmemorar nuestros momentos humanos clave. Las flores están presentes en los inicios (nacimientos, graduaciones, bodas) y también en los finales (funerales). Las usamos durante esos momentos de «puntuación», porque en el pasado la gente sabía que lo más crucial que había que recordar en tales momentos era la realidad de los mundos de arriba. Al igual que nosotros, las flores están enraizadas en la tierra, pero, a diferencia de nosotros, recuerdan de dónde vinieron y siguen al sol por el cielo cada día. Sin embargo, lo más importante de todo es que las flores se abren de repente, lo que quizá puede ser considerado como el símbolo terrenal más perfecto de lo completo que todos nosotros anhelamos, y que solo llega a su existencia plena en las dimensiones más allá de esta.

Estimado doctor Alexander:

En octubre de 2007 a Ben, mi hijo de dieciocho años, le diagnosticaron un glioma ependimoma. Murió cinco meses después. El motivo de esta nota es que durante sus últimos tres días aquí... cayó en coma. Para una madre que está viendo cómo muere su hijo, bueno, obviamente es la experiencia más dolorosa, no comparable a ninguna otra que surja durante la travesía que he realizado aquí... Ben estaba en casa en la fase terminal de su enfermedad, habíamos puesto su cama de hospital en la habitación principal [...] Siempre había alguien a su lado abrazándolo, incluso antes de caer en coma; así lo habíamos acordado. Él nunca debía estar solo, de modo que mi hermano biológico y mi hermana biológica, mi hija, mi esposo y yo hicimos turnos durante toda la noche, siempre había alguien acostado justo a su lado, abrazándolo.

Esa primera noche tuve un sueño: muy vívido, no un estado de sueño sino una experiencia. Antes de caer dormida estaba abrazando a Ben y gritándole a Dios, pues me sentía completamente desesperada, enojada y confundida. Bueno, en este sueño o más bien en esta experiencia rápidamente fui llevada hasta un cielo oscuro, pero ligero donde todo estaba tranquilo y todo lo que sentí fue amor. Estaba nítido y claro, muy real. Supe que estaba con Dios... Miré a mi alrededor y vi cómo caían pequeños terruños; acto seguido me

pregunté «¿Qué significa esto?» y en mi espíritu tuve la certeza de que esto es lo que le está pasando justamente ahora a Ben conforme su cuerpo terrenal se vuelve menos terrenal... En un instante estuve sentada en la cama. Y supe que él ya estaba en el reino celestial. Murió dos días después.

Ese problema esencial humano —la pérdida de lo nuevo y la esperanza— para mí se solucionó en los mundos que están arriba de este. Mundos que, en sus etapas iniciales, están llenos de las cosas familiares de la tierra, solo que opulenta y singularmente cambiadas: extrañamente nuevas. Al mirar las flores que vi en el mundo que está más allá, me pareció que florecían una y otra vez. ¿Cómo podría ser que las flores, que en este nivel florecen y se marchitan, florecieran allí constantemente? No pueden hacerlo en este nivel porque aquí estamos completamente inmersos en tiempo lineal recto, o en la ilusión de semejante tiempo. Aquí, las flores florecen y mueren, al igual que las personas nacen, envejecen y mueren. Por ello las bibliotecas están llenas de novelas y poemas que hablan de la tristeza de la vida: empezamos jóvenes, fuertes y frescos; luego vivimos y quizá aprendemos algunas lecciones, pero morimos antes de que podamos hacer nada excepto dar algunas pistas a nuestros hijos para que ellos mismos puedan atravesarla del todo.

¡Qué tragedia!

Y efectivamente lo es, si limitamos nuestra visión solamente a este mundo y creemos que todo el crecimiento y cambio que experimentamos aquí no es lo que realmente es, sino solo un capítulo dentro de una historia mucho más larga. Nuestra cultura está obsesionada con la juventud porque hemos perdido el conocimiento antiguo de que el crecimiento jamás se detiene. No somos errores transitorios y momentáneos en el cosmos: curiosidades evolutivas que surgen como esos insectos llamados cachipollas, que componen un enjambre durante un día y desaparecen. Somos piezas clave que estamos aquí para quedarnos, y el universo se construyó con nosotros en mente. Lo reflejamos, con nuestros amores más profundos y nuestras aspiraciones más elevadas, justamente como él nos refleja a nosotros. «Lo que está arriba es como lo que está abajo.»

Cuando regresemos a esos mundos tras el final de un tiempo de vida individual, sucede algo muy interesante, algo que uno ve constantemente en la literatura sobre experiencias cercanas a la muerte. La gente habla sobre quiénes «las reciben», las personas que han conocido en la vida que están ahí para darles la bienvenida. Una y otra vez, pasa lo mismo. «Papá estaba ahí, pero no era como cuando estaba enfermo. De nuevo estaba joven y bien», «Vi a la abuelita, pero estaba joven».

¿Cómo puede ser esto? Cuando dejamos este cuerpo en el que hemos estado viviendo y aprendiendo, no desaparecemos ni nos vamos directamente hasta esas regiones más elevadas de las cuales ni siquiera podemos empezar a hablar desde donde estamos ahora. Nos vamos hacia donde yo me fui durante mi propia ECM. Es un «lugar» (no es un lugar en el universo físico, pero ahora ya estamos acostumbrados a las paradojas) donde retomamos la vida completa que vivimos linealmente aquí abajo, toda

al mismo tiempo. Y lo que eso produce cuando lo ve alguien más, otra alma, es esa persona en su momento absoluta y brillantemente mejor. Si una persona ha vivido durante mucho tiempo, puede presentarse físicamente con el brillo pleno de su belleza de juventud, pero al mismo tiempo manifestar la sabiduría de sus años posteriores. Las personas del mundo que está arriba de este son seres multidimensionales, seres que contienen todo lo mejor de lo que fueron aquí en la Tierra *al mismo tiempo*. Si usted tiene un hijo adulto o una hija adulta, piense en todos los diferentes seres que ha sido a lo largo de los años: el bebé que abrió los ojos por primera vez en el hospital; el niño de cinco años que recorría sus primeros metros montado en su nueva bici... El adolescente que de repente manifestaba una consideración y una profundidad que usted nunca había visto antes.

¿Cuál de ellos es su verdadero hijo? Usted sabe la respuesta, por supuesto: todos lo son.

La vida en tiempo lineal —tiempo de la Tierra— permite el crecimiento precisamente porque toma desviaciones y se encuentra con obstáculos. El tiempo del cielo —las dimensiones de tiempo en las que entramos al dejar este cuerpo— permiten la plena expresión de esos seres que hemos trabajado tan arduamente por desarrollar al atravesar esas desviaciones y hacer frente a esos obstáculos, que aquí están dentro de los límites de la temporalidad lineal. No al «sufrir porque nos hace bien», ni al cumplir nuestro karma pasado, sino al involucrarnos directamente con la opacidad y limitación exasperantes que definen a este mundo. Una de las percepciones centrales de todas las creencias del mundo es que ningún sufrimiento ocurre dentro del mundo sin que Dios esté completamente involucrado en ello y sin que, de hecho, esté sufriendo infinitamente más que nosotros, pues lo que Dios desea para nosotros es nuestra realización y plenitud, y el sufrimiento, de alguna manera completamente misteriosa, es un derivado de esa plenitud futura impactante. Todas las «líneas no vividas» que el poeta Rainer Maria Rilke dijo observar en los rostros de la gente que pasaba por su lado en la calle —esas líneas de posibilidad, de crecimiento, que aquí están tan horriblemente bloqueadas y descompuestas— tendrán oportunidad de ser realizadas en el mundo que está arriba de este.

Uno de los chistes más viejos sobre sobrevivir a la muerte corporal es que sería aburrido vivir para siempre. La imagen trillada relacionada con esto es un grupo de personas aburridas que están sentadas sobre algunas nubes sin nada que hacer. Abajo, en el infierno, uno se imagina que al menos los diablos se están divirtiendo un poco.

Me encanta este lugar común porque habla justamente de lo que los mundos más allá de este *no son*. Si hay una palabra que describe esos mundos, esa es «movimiento». Nada se queda quieto allí ni un instante. En la Tierra, usted o está yendo hacia algún sitio o está quieto; en los mundos más allá de este, en cambio, el movimiento y la llegada están unidos. La alegría de viajar, y la alegría de llegar, se encuentran y se entremezclan.

Esto realmente no es tan descabellado como suena, si usted recuerda que la física ahora ha demostrado más allá de cualquier duda razonable que este mundo físico tan sólido como una roca que usted y yo actualmente habitamos es, de hecho, un espacio vacío en gran medida, y que la cantidad de materia minúsculamente pequeña en sí es solo una configuración especialmente densa de cuerdas de energía que vibran en un espacio-tiempo de una dimensión más elevada. Pero sigue siendo difícil de ver, porque aquí abajo el significado se oculta, pero se hace más visible conforme llegamos más arriba en los mundos que hay más allá de este. Allí las cosas se convierten en toda clase de cosas diferentes a la vez, de modo que cuando usamos el lenguaje de mundo-plano de la Tierra para describirlas, inmediatamente caemos en el riesgo de empezar a decir tonterías.

Así es que cuando miré para abajo, al pasear en esa mariposa que era simbólica y a la vez real, con esa chica que también era simbólica pero real, no solo vi flores que florecían una y otra vez, sino también personas. Y estaban haciendo algo que era análogo a lo que hacían esas flores perpetuamente florecientes.

Estaban bailando.

Al igual que la música, la danza es una actividad antigua, cuyos orígenes se remontan hasta los justos principios de la vida humana en el planeta. Y al igual que toda actividad humana primaria, refleja la realidad cósmica primaria: aquella de los mundos de arriba de los que provenimos. Cuando la gente baila, está actuando con esa parte de sí misma que sabe y recuerda de dónde viene y hacia dónde va. La que sabe que este mundo no es el final. Por ello la gente baila en las bodas, en esa ceremonia terrenal en la que la unión de dos personas evoca la unión más grande del cielo y la tierra. Si la flor probablemente es el objeto más celestial que tenemos aquí en la Tierra, bailar probablemente sea la actividad más celestial. Y ambos apuntan hacia la misma verdad: que la vida más grande que anhelamos es real.

Bailar, al igual que cantar y al igual que la música, es temporal. Usted no puede tener baile o música sin tiempo. En el mundo en el que me adentré durante mis días en coma, había música y había baile. Así que de nuevo, había tiempo, o más bien, el *tiempo profundo* de esos mundos. Era *un tipo de tiempo más rico y más espacioso* que el que experimentamos aquí en la Tierra.

El filósofo cristiano Tomás de Aquino tenía una palabra para este tiempo-sobre-el-tiempo con el que me encontré. Lo llamaba «aeviternidad», el tiempo de los ángeles. Él no creía que esto fuera un estado abstracto, sino uno muy real y muy activo. Este es un tipo de tiempo en el cual las flores florecen y vuelven a florecer. Y es donde la música y el baile jamás se detienen.

Los mitos y leyendas de pueblos indígenas de todo el mundo, desde la sabana australiana hasta la selva tropical de Brasil, describen tierras más allá de la muerte donde bailar y otras actividades humanas que conocemos aquí en la Tierra se llevan a cabo para siempre. Los aborígenes de Australia llaman a este lugar el Tiempo del Sueño y aseveran

que este es el estado del cual los humanos provienen y al cual regresarán tras la muerte. Todos estos lugares, sospecho, son el mismo lugar. Los chamanes lo han estado visitando al menos durante treinta mil años, al igual que quienes viven una experiencia cercana a la muerte o quienes realizan un viaje fuera de su cuerpo en la actualidad. Es el lugar del cual todos venimos, y el lugar al cual todos regresaremos, intermitentemente, cuando nuestro tránsito de vida individual termine, y permanentemente cuando el ciclo de creación actual llegue a su fin.

Y eso en caso de que termine. Porque los indios sienten que los mundos suben y bajan para siempre, y que cada nuevo ciclo de creación es una respiración de Brahma, Dios. Cuando Brahma exhala, un nuevo ciclo se crea. Cuando inhala, todo regresa al lugar de donde vino. Para aquellos que creen en la reencarnación (la evidencia científica de recuerdos de vidas pasadas en niños es avasalladora), este proceso definitivamente podría ser visto como algo que ocurriera después de una vida individual. En este escenario, todos los «usted» que su vida presente contiene (niño, adolescente, adulto) se convierten en un subconjunto de ese «usted» más grande que se mueve de una vida a otra, encarnándose una y otra vez mientras crece y evoluciona junto con el universo. Este «usted» al final de la travesía de reencarnación contiene todas las identidades que usted alguna vez tuvo aquí en la Tierra y todas aquellas identidades que usted alguna vez llegó a tener a lo largo del tiempo desde el pasado remoto. Como escribió el psicólogo Christopher Bache en su libro *Dark night, early dawn (Noche oscura, amanecer temprano)*: «Ahora vemos que nuestra manera única de experimentar la vida, nuestra individualidad singular, ha emergido de un océano de tiempo tan vasto que casi es imposible de medir y que puede seguir desarrollándose todavía durante la misma cantidad de tiempo. La muerte solo es una pausa que puntúa las temporadas de nuestra vida, nada más. Este conocimiento nos lleva al umbral de un nuevo entendimiento de la existencia humana».¹

Del mismo modo que nuestra vida es una travesía que engloba todas las personas diferentes en las que nos convertimos al pasar de la juventud a la edad adulta y a la vejez dentro de esta misma vida, es una travesía cósmica más grande que emprende cada uno de nosotros, durante la cual crecemos y cambiamos mucho más radicalmente que en esta vida terrenal individual. No obstante, en el núcleo de esta gran travesía, hay un solo ser que, al final de este ciclo cósmico podrá recordar todas las apariencias, todas las alegrías y pesares, todas las aventuras asombrosas a los que hubo de hacer frente al pasar de una vida a otra. Este estado está tan elevado, tan adelante, tan alejado de todo lo que podemos comprender desde donde estamos, que siento que me estoy pasando de la raya simplemente por tratar de describirlo. Ya fue bastante difícil describir cómo es el cielo en sus niveles más cercanos, pero basta con tener aunque sea una ligera idea de este futuro que aguarda mucho más adelante y que sin embargo está también aquí con nosotros. Ahora que sé que hay otras aguas, otros cielos, que hay otros paisajes similares a los terrenales en dimensiones por encima de esta, cada una con sus prados con flores o

cascadas estruendosas o campos tranquilos repletos de animales y personas, y que cada uno de esos mundos es más hermoso y sutil y diáfano que el anterior, amo y valoro más sus equivalentes terrenales. ¿Por qué? Porque ahora veo de dónde provienen estos fenómenos terrenales: la realidad más elevada con la que fácil y naturalmente se relacionan, en ese sentido de «lo que está arriba es como lo que está abajo» que indica que todos los fenómenos de los mundos más elevados se relacionan con este. Y especialmente porque sé que lo que une a todos esos mundos, el hilo dorado que nos mantiene conectados sin importar cómo llegemos de lejos, es el amor.

De vez en cuando he experimentado de nuevo esos maravillosos instantes de éxtasis, siempre en momentos completamente inesperados, a veces mientras estoy lavando o mientras realizo alguna labor rutinaria en la casa. Siempre llega este mismo sentimiento, que me deja llorando debido a una gran alegría y con una sensación de profunda reverencia, veneración y amor. Creo que la mejor manera de describirlo es como una forma de añoranza por el hogar, una «nostalgia por algún otro lugar», casi como si yo hubiera conocido una existencia con esa belleza y felicidad indescriptibles, lo que me hace anhelarla [...] Incluso cuando todo parece haberse desmoronado, se amontonan los problemas y he llegado a pensar que la duda era la única certeza, en el fondo más profundo de la desesperación, como a todo el mundo le sucede; incluso entonces ese anhelo por algo que yo había conocido en alguna parte me sustenta y me ayuda a salir adelante. ¿Podría ser un tipo de verdad evidente? Uno no puede sentir añoranza por el hogar con relación a algo que jamás ha conocido.²

Conforme uno asciende por los niveles de los mundos más allá de este, los panoramas se vuelven menos atestados, menos poblados por cosas conocidas y, al mismo tiempo, son bastante *más* conocidas. Solo que es un tipo distinto de familiaridad la que usted siente en estos mundos más elevados: una que representa un reto más grande, porque las realidades con las que usted está volviendo a entrar en contacto han estado alejadas de usted durante más tiempo que las de más abajo. No obstante, paralelamente, estas realidades más elevadas le afectan en un lugar más profundo, porque mientras más elevados sean los mundos a los que usted vaya, más profunda es la parte de usted que está siendo tocada. En nuestro propio núcleo, profundamente debajo del carácter superficial que hemos construido a lo largo de esta vida, hay una parte de nosotros tan central, tan atemporal y tan fundamental que los místicos durante siglos han estado discutiendo cortésmente si es lugar donde tenemos una intersección con Dios, o si es Dios en sí. Entiendo que las religiones orientales por lo general equiparan esta parte tan profunda y central de nosotros directamente con el Divino, mientras que las religiones occidentales tienden a mantener una distinción entre el alma individual o el ser y Dios. Algo de lo que estoy seguro es que debemos respetar lo que nos dicen los practicantes más elevados de *todas* las tradiciones, y recordar que cuando hablamos en un lenguaje común y cotidiano respecto a estos reinos que estamos tratando de esquematizar y entender, en un grado u otro siempre somos como niños que hablan acerca de cosas que son demasiado pequeños para entender.

Pero una cosa que *sí* podemos entender desde nuestra perspectiva, ya sea solo abstracta o directamente, es que mientras más arriba lleguemos en los mundos espirituales a los que vayamos, también nos adentramos más profundamente dentro de nuestros seres, de modo que al final descubrimos que no solo somos mucho más enormes de lo que jamás hemos imaginado, sino que también así es el universo con el cual estamos completa, maravillosa e inextricablemente conectados.

Cuando los místicos dicen que los objetos terrenales no son «reales», que no poseen ninguna sustancialidad subyacente, no están denigrando esos objetos en absoluto, sino que en cierta forma están *venerando*, de hecho, esos objetos al mostrar de dónde provienen en realidad. La materia física es hija de los reinos espirituales; toda la realidad que este mundo posee se debe a los mundos de arriba. Pero como todos los mundos simbolizan y se conectan el uno con el otro, los objetos que nos rodean —incluso los más transitorios y efímeros— sí son con certeza reales, porque este mundo, a pesar de ser tan bajo, a la vez está conectado con esos mundos más elevados. Así que nada de aquí abajo —y decididamente ningún ser vivo— es huérfano. Nada está totalmente perdido para siempre.

Lao Tzu, el fundador de la religión china del taoísmo, dijo que el tao es como una gran matriz que produce todo y, sin embargo, no contiene nada. Buda describió la verdadera realidad como un vacío: un vacío que al mismo tiempo no está vacío en absoluto, sino lleno más allá de cualquier posibilidad de comprender. Esos hombres estaban describiendo las regiones más elevadas de los cielos; de ahí que el nivel de paradoja en sus aseveraciones hubiera llegado a su punto más alto, pues mientras más arriba llegamos, más paradójicas se vuelven las cosas.

A pesar de lo difícil que es comprender estos conceptos desde donde estamos, y de lo distintos que pueden parecer a veces los mapas de los dominios espirituales trazados por las religiones del mundo, estoy empezando a entender que, en su punto más elevado, todas estas tradiciones están de acuerdo. Como científico que ha echado un vistazo al mundo del espíritu, creo que simplemente *tiene* que ser así, porque al igual que una montaña que tenga mil caminos que conducen a la cumbre, todos los mundos provienen de un solo lugar que también es en el cual terminan: ese centro de centros, esa cumbre de cumbres y ese núcleo de núcleos que yo llamo, a pesar de que sé que la palabra no le hace justicia, el Divino.

Estimado doctor Alexander:

Experimenté algo sobre lo que nunca había oído hablar antes ni después.

Como un poco de contexto... Mi padre, un prisionero de guerra en la guerra de Corea, estaba muriéndose a consecuencia por una embolia pulmonar masiva y estaba en el hospital de enfermos terminales en el Departamento de Asuntos de los Veteranos. Justo cuando pensamos que todo había acabado, empezó a respirar profunda, deliberada y ruidosamente, y así siguió durante más de veinticuatro horas. Las enfermeras nos dijeron que los veteranos de guerra tienen una experiencia de muerte distinta a los demás debido al entrenamiento para el combate y a la manera en que están programados para no rendirse jamás.

Él y yo estábamos muy unidos. Bueno, en cierto momento simplemente supe que era el fin, y automáticamente tomé su mano izquierda y coloqué mi mano derecha justo sobre su arteria carótida y su pecho para sentir cuándo se detuvieran su corazón y su respiración. Cerré los ojos para rezar, cuando de golpe fui lanzado hacia lo que solo puedo describir como un cruce entre una película y un sueño, aunque fue extremadamente vívido. Estuve planeando detrás y sobre él de manera muy similar a un camarógrafo, estaba ahí pero no participaba.

Él estaba luchando por sostenerse de unas rocas al lado de un arroyo que fluía con rapidez, claramente estaba exhausto y aterrorizado. De repente, nuestra atención fue captada por un brillo entre blanco y amarillo encima de la parte media del arroyo, que iluminaba una canoa blanca con un remo rojo que flotaba sin moverse sobre el agua. Al tiempo de emitir una especie de grito, mi padre soltó la roca, nadó rápidamente hacia la canoa y saltó hacia ella como si fuera el hombre saludable que había sido cuando estaba en la veintena y la treintena. Corrí veloz hacia él y acabé justo detrás de su cabeza. Empezó a remar vigorosamente y solo una vez se volvió hacia atrás para mirarme: la expresión de su rostro solo puede ser descrita como de felicidad. Fue algo que rebasa hasta tal punto lo que puedo describir, que su poder y resplandor todavía me pueden abrumar.

Duró solo un momento. Luego dio la vuelta y continuó remando con entusiasmo. Se dio la vuelta en un ángulo del arroyo, llegó detrás de unos árboles y me quedé atrás. Y pensé, bueno, eso es todo. Pero, de repente, como impulsado por una goma elástica, fui catapultado hasta la parte superior de un árbol, hacia la izquierda y a cierta distancia. Allá abajo, en una especie de muelle en forma de U, había una multitud de personas que no me veían. Sus rostros estaban borrosos pero por sus cuerpos reconocí a miembros de la familia y antiguos amigos suyos. Mi padre llegó remando desde la derecha hasta que estuvo visible y en cuanto lo vislumbró la multitud empezó a gritar su nombre y a vitorearlo para darle la bienvenida. Él parecía estar sobrecogido de placer, muy sonriente y casi un poco pasmado al principio. Después salió de un salto de la canoa con el remo alzado como en señal de victoria y desapareció entre la multitud en medio de abrazos y palmadas en la espalda...

¡Bum! Estaba de nuevo al lado de su cama. Justo cuando empecé a abrir los ojos sentí su último pulso y aliento. Aún está en mi mente de forma tan vívida como el día que sucedió hace casi cuatro años. Puedo recordar cada detalle [de la visión], desde la ropa que él llevaba, hasta el tipo de árboles, hasta los nombres de las personas que lo estaban esperando en el muelle. Y todavía puedo ver tanto el agotamiento como el temor que había en su cara cuando estaba sujetándose y cómo su cara se iluminó con esa última sonrisa que me brindó. Siento que me permitió acompañarlo parcialmente a su vida después de la vida. Aunque yo era un observador y no un participante, esta experiencia de todas maneras fue transformadora y fue un regalo de mi padre que yo jamás podría pagar. Realmente puedo sentir que YO MISMO estoy radiante y siempre me pongo sensible cuando cuento esta historia.

Repito, nunca había escuchado ningún relato como este, pero por supuesto que esto no cambia nada para mí. Fue lo más asombroso e inesperado que haya experimentado jamás, así como uno de los regalos más valiosos que haya recibido.

Adelántate a toda despedida.

RAINER MARIA RILKE

Las personas que somos a través de todas nuestras vidas un día se juntarán en un ser que combine todos los seres que hayamos sido a lo largo de este ciclo cósmico, y ese ser seguirá creciendo y creciendo hasta que finalmente se convierta en el ser semejante a un dios en el que cada uno de nosotros está destinado a convertirse. En este punto final todos estaremos en el «cielo», y recordaremos lo que la palabra «cielo» realmente significa, como parte del cuerpo de Dios.

Así que esas flores que florecían perennemente que vi —aquellos capullos en flor que eran puro movimiento y, al mismo tiempo, pura quietud— me ofrecieron el más poderoso indicio de lo que nosotros mismos somos a medida que nos acercamos a ese punto de perfección incalculable que está «más adelante» desde una perspectiva, y que también, paradójicamente, está justo aquí y justo ahora.

He aquí el relato de los últimos días del crítico de cine Roger Ebert, antes de sucumbir ante el cáncer, que nos ofreció su mujer:

El 4 de abril, él [Ebert] estaba de nuevo lo suficientemente fuerte como para que me lo llevara de regreso a casa. Mi hija y yo fuimos a recogerlo. Cuando llegamos, las enfermeras lo estaban ayudando a vestirse. Se le veía realmente contento de irse a casa, se lo veía sonriente. Estaba sentado sobre la cama casi como Buda, y en un momento dado bajó la cabeza. Pensamos que estaba meditando, quizá reflexionando sobre sus experiencias, pues estaba agradecido de poder irse a casa. No recuerdo quién lo notó primero, quien comprobó su pulso... Al principio, por supuesto, yo estaba completamente asustada. Dijeron algo de un código y trajeron unas máquinas. Yo estaba aturrida. Pero cuando nos dimos cuenta de que estaba haciendo su transición desde este mundo hacia otro, todos nos calmamos. Apagaron las máquinas y la calma inundó la habitación. Puse la música que le gustaba, de Dave Brubeck, me senté a su lado y le susurré al oído. No quería dejarlo: estuve con él así durante horas, solo sosteniendo su mano.

Roger estaba hermoso, realmente hermoso. No sé cómo describirlo, pero se lo veía tranquilo y joven.

Hay un asunto que puede sorprender a la gente. Roger dijo que no sabía si podía creer en Dios, tenía sus dudas. Pero hacia el final, pasó algo realmente interesante. Esa semana antes de que Roger falleciera, hablaba acerca de haber visitado este otro lugar. Pensé que estaba alucinando. Pensé que le estaban dando demasiados medicamentos. Pero el día antes de su fallecimiento, me escribió una nota: «Todo esto es un engaño complejo». Le pregunté: «¿Qué es un engaño?». Me aclaró que estaba hablando acerca de este mundo, este lugar. Dijo que todo era una ilusión. Pensé que solo estaba confundido, pero no era así: no estaba visitando el cielo que todos imaginamos. Lo describió como una inmensidad que uno no podría siquiera imaginar, un lugar donde el pasado, el presente y el futuro ocurrían al mismo tiempo.

Es difícil expresarlo con palabras. Yo simplemente lo amaba. Lo amaba tanto que creo que pensé que era invencible. A decir verdad, todavía estoy esperando que las cosas vuelvan a ser como antes. Tengo esta sensación de que no hemos terminado, Roger no ha terminado. Para mí, Roger era mágico. Simplemente era mágico. Y todavía siento esa magia. Hablo con él y me responde.³

Es fascinante, y siempre me conmueve, que las personas a punto de dejar este mundo pueden —a veces después de un largo y terrible sufrimiento— de repente tener una visión fugaz del lugar adonde van y donde han estado realmente durante todo el tiempo que estuvieron aquí. Ebert, un hombre que se ganaba la vida con las palabras, le escribió a su esposa un pequeño texto que él consideró que era el regalo más valioso que posiblemente pudiera dejarle: la verdad acerca de este mundo.

Ebert tiene razón. Este mundo *sí* es una ilusión, un engaño. No es real. Y, sin embargo, por supuesto que al mismo tiempo *sí* es real, y maravilloso y merecedor de nuestro más profundo amor y atención. Simplemente no debemos olvidar que no es todo lo que hay.

El mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres son meros actores.

WILLIAM SHAKESPEARE

Aldous Huxley, un escritor que murió en 1963 tras una larga y dolorosa batalla contra el cáncer, le dictó su ensayo final (un artículo sobre Shakespeare solicitado por una revista) a su esposa unos cuantos días antes de fallecer. En ese ensayo, dijo algo sorprendentemente similar a lo que Ebert le escribió en esa nota a su esposa.

«El mundo es una ilusión —afirmó Huxley—, pero es una ilusión que debemos tomar en serio, porque es real mientras está. Debemos encontrar una manera de estar en este mundo y al mismo tiempo de no estar en él». Porque, para empezar, en realidad jamás estamos entera y completamente aquí. Venimos de otra parte, y estamos destinados a regresar a ella. Cuando pensamos que somos nuestros cerebros y cuerpos y nada más, perdemos la habilidad de ser verdaderos protagonistas, verdaderos héroes. Y como señaló Joseph Campbell una y otra vez, todos somos héroes. La palabra «protagonista» viene en parte del término griego «*agon*», que significa «concurso». La palabra *agonía*, desde luego, también proviene de él, y es difícil negar que la vida es una lucha agonizante; para algunas personas durante la mayor parte del tiempo y para la mayoría de las personas durante algo de tiempo. Pero es una lucha que conduce a algún lugar. Ya con el concurso, el *agon*, de su vida terrenal completado, Huxley partió y dejó atrás una información que tenemos que recordar en este nivel, tal como lo hizo Ebert. Este mundo no es todo lo que hay. Hay uno más grande, del cual este mundo terrenal que parece completo es la rebanada más pequeña. Ese mundo más grande está regido por el amor, y todos vamos camino a casa rumbo a él, así que nunca debemos perder las esperanzas.

Porque podemos recuperar lo perdido.

El final de nuestra travesía, el lugar al que vamos, no es un lugar que puede describirse con palabras. No por completo. «Lo opuesto de una declaración correcta —decía el físico Niels Bohr— es una declaración falsa.»⁴ Bohr dice que cuando usted entra con suficiente profundidad, las cosas ya no funcionan con ese principio ordenado de *esto o aquello*, sino con un principio de *tanto esto como aquello*. Una partícula es una partícula y una ola. Una cosa es cierta y su opuesto es verdad. Sin divisiones somos uno con nuestro creador y somos seres separados. Somos uno con el universo y somos individuos. El tiempo se mueve hacia adelante y se mantiene quieto. Una partícula está de lado del universo... y, sin embargo, justamente en el mismo momento, también está del otro lado. Pero porque todos los mundos en realidad son un mundo, podemos usar las palabras y los símbolos de esta tierra para *tratar* de describirlo. Así que decimos que será similar a un baile, similar a una boda, similar a una flor, similar al sonido de agua que corre y similar al destello del oro.

No lo puedo describir mejor, pero sé que está ahí. Y también sé que es nuestro trabajo, como cultura, ayudar a todos nuestros miembros, desde el más joven hasta el más viejo, a recordar este hecho. A mantener vivo en todo momento el conocimiento de la realidad de los mundos que están encima de este. Quiero que esa mujer en el asilo de ancianos, que se perdió en la profunda y deslumbrante oscuridad de los ojos de su nuevo

esposo hace tantos años, sepa que su esposo todavía vive, y que él y ella, y todas las personas y los animales que ella llegó a amar, se volverán a reunir de nuevo en ese mundo que está más allá.

En uno de sus libros, Henry Corbin, estudioso del misticismo islámico, habla de una conversación que tuvo lugar en la década de los cincuenta durante un almuerzo celebrado en el marco de una conferencia de estudiosos de religiones. Corbin y otro colega estaban hablando con Daisetz T. Suzuki, el famoso estudioso japonés del budismo zen. Corbin le preguntó a Suzuki cómo había sido su primer encuentro con la espiritualidad occidental. Ante su sorpresa, este le comentó que años atrás había traducido al japonés cuatro libros de Emanuel Swedenborg.

Corbin y su amigo se sorprendieron. ¿Un estudioso del budismo zen no solo estaba leyendo la obra de un científico y visionario cristiano del siglo XVII, sino que además se estaba tomando la molestia de traducirlo al japonés? Le preguntaron qué similitudes encontraba entre Swedenborg y el zen.

Corbin escribe: «Todavía puedo ver a Suzuki en el momento en que de repente blandió una cuchara y dijo con una sonrisa: “Esta cuchara *ahora* existe en el Paraíso. Ahora estamos en el Cielo”». ⁵

Me encanta esta historia. Un estudioso y místico de oriente homenajea a un estudioso y místico de Occidente usando el objeto más común y cotidiano que uno pudiera imaginar.

Dondequiera que usted esté, ahora está en el cielo, al igual que está en él hasta el último objeto, o la criatura y la persona más humilde, más aparentemente insignificante, no en una forma vaga, teórica y difícil de entender sino de la manera más sólida y real imaginable. Tan real, escribió esa persona que le respondió a Alister Hardy, como el calambre que te da al coger sin querer un cable eléctrico. Cada objeto que usted ve en el mundo que lo rodea existe dentro de una jerarquía de mundos, y así lo hace a cada segundo. Esto incluye la boca de la manguera de la bomba de gasolina que usted utilizó la última vez que llenó el depósito y el vaso de cartón aplastado por su pie al que miraba fijamente de manera distraída mientras este se llenaba. El cielo es aquí. Pero nos hemos entrenado para no verlo, y esa es la razón por la que tantas partes de nuestro mundo están empezando a parecerse al infierno.

¿Por qué, durante mis días como paracaidista, mis amigos y yo saltábamos de aviones que volaban a kilómetros de altitud y coordinamos nuestra caída libre para juntarnos durante unos cuantos segundos gloriosos para formar estrellas, copos de nieve o alguna otra estructura en el cielo?

Bueno, era *divertido*. Pero también había algo más en juego: una sensación de que esto era «justo lo correcto» que yo percibía cuando me estiraba y, durante un instante, todos teníamos éxito al crear una de esas formaciones en el cielo. Durante los segundos en los que nos juntábamos todos en caída libre, éramos un grupo completo y armonioso que estaba encima de la Tierra. Es chistoso —y a la vez no lo es en absoluto— que

durante mis días de paracaidismo, cuando mis amigos y yo saltábamos de aviones para hacer esas efímeras formaciones en el cielo, con mucha frecuencia tenían forma circular. El círculo, como bien sabía Platón, es el símbolo de totalidad del cielo y la tierra unidos, como una vez estuvieron y algún día volverán a estar. Y a cierto nivel, cuando caíamos a toda velocidad en el cielo y maniobrábamos para podernos conectar para crear esas figuras más grandes durante unos cuantos segundos magníficos, lo sabíamos. Sabíamos, mis amigos y yo, exactamente lo que estábamos haciendo cuando formábamos esos círculos en el cielo que eran símbolos tan maravillosos de nuestro destino cósmico. A nivel profundo, todos nosotros sabemos exactamente lo que estamos haciendo en cada momento. Pero esa sabiduría se asoma y se oculta, se asoma y se oculta de nuevo, por ello es por lo que debemos esforzarnos tanto —más ahora que nunca antes— para recordar. Nunca hemos estado así de lejos.

Pero el viaje hacia afuera está terminando y el viaje de regreso está comenzando. Por esta razón, cuando recuerdo esos saltos, siempre pienso también en mi primer salto que fue como el rito de paso, mi iniciación, a esa hermandad celestial, y la pregunta que mi instructor de salto me formuló cuando yo estaba en el borde de la puerta, preparándome para saltar hacia la nada. Pienso en esa pregunta de dos palabras de mi instructor, la que les han hecho a tantos otros iniciados a lo largo de la historia, y mucho antes que eso. Una pregunta de dos palabras que le están planteando ahora mismo a nuestra cultura entera los mundos del más allá, mientras nos preparamos para entrar en lo que será la etapa más desafiante y más maravillosa de nuestra historia.

¿Estás listo?

AGRADECIMIENTOS

Durante la odisea fantástica que emprendí desde que regresé tras estar en coma en noviembre de 2008, he sido bendecido con la ayuda, la percepción y los ánimos de miles de almas de todas partes del globo, cuyas numerosas cartas, correos electrónicos y conversaciones me han aportado fuerza y convicción. Mi gratitud sincera va para todos ellos (especialmente para aquellos cuyas historias están incluidas en este libro).

Mi hermana Phyllis Alexander ha sido una tremenda bendición para mí y para otros al intentar fomentar una conexión sincera con las almas que se acercan a mí. Mi sobrina Dayton Slye también ha contribuido a este esfuerzo continuo.

Doy las gracias a Karen Newell, mi alma gemela a todos los niveles, por compartir su pasión y su sabiduría y por ayudarme a traer el amor que todos somos hacia la realidad de este mundo, para transformarlo para siempre en un lugar mucho mejor.

Gracias a mi extraordinaria agente literaria, Gail Ross, y sus socios, Howard Yoon, Dara Kaye (quien, junto con mi hermana Phyllis, ha sido en gran parte responsable de que pueda cumplir con mi apretada agenda), Anna Sproul-Latimer y otros de la Agencia Ross Yoon.

A Priscilla Painton, vicepresidenta y editora literaria ejecutiva; Jonathan Karp, vicepresidente ejecutivo y editor; Hadley Walker, Anne Tate Pearce y muchos de sus socios en Simon & Schuster, por su extraordinaria visión, pasión y gran esfuerzo por hacer que este mundo sea un lugar mejor.

A mi coautor, Ptolemy Tompkins, por su gran sabiduría, su percepción y su habilidad para escribir.

A Raymond y Cheryl Moody, Bill Guggenheim, John Audette, Edgar Mitchell, Elizabeth Hare, Bob Staretz, Gary y Rhonda Schwartz y muchos otros que ayudaron a desarrollar Eternea.org para educar al público con respecto a la física de la conciencia y la convergencia de la ciencia con la espiritualidad.

A Bruce Greyson, Ed Kelly, Emily Williams Kelly, Jim Tucker, Ross Dunseath y todos los científicos de la División de Estudios Perceptuales de la Universidad de Virginia, por su trabajo valeroso para llevar a la ciencia moderna hacia un conocimiento mucho mayor.

Doy gracias a un gran número de amigos, cuyos actos de amor y cariño me han inspirado a lo largo de mi travesía: Jody Hotchkiss, Chuck Blitz, Ram Dass, Gary Zukav y Linda Francis, Kevin y Catherine Herrmann Kossi, Alexandre Tannous, Anita y Danny Moorjani, Michael y Margie Baldwin, Virginia Hummel, Bharat Mitra y Bhavani Lev, Debra Martin y Sheri Getten, Larry Dossey, Pim van Lommel, Gary Gilman, Michael y

Suzanne Ainslie, Joni Evans, Mary Wells Lawrence, Terre Blair Hamlish, Judith Caldwell, Alex y Jean Trebek, Terri Beavers, Jay Gainsboro, Tyan Knighton y muchos otros.

Gracias, sobre todo, a mi familia querida, por su amor sin límites y su apoyo continuo para ayudarme a lograr un mejor entendimiento de todo: mis hijos enviados desde el cielo, Eben IV y Bond; mis amados padres, Betty y Eben Alexander Jr.; mis hermanas, Jean, Betsy y Phyllis; mi anterior esposa, Holley Bell Alexander; mi amorosa familia biológica; y en especial mi difunta hermana biológica, también llamada Betsy, a quien nunca conocí en este mundo. Ella sigue ayudando a millones de personas con su alma amorosa.

Mi gratitud, muy en especial hacia Dios, va más allá de todas las palabras posibles.

EBEN ALEXANDER

Trabajar con Eben ha sido una de las grandes aventuras de mi vida. Además de a él y a nuestra maravillosa editora literaria, Priscilla Painton, quisiera expresar mi gratitud hacia Kate Farrell, Jerry Smith, Gene Gollogly, Art Klebanoff, Terry McGovern, Karl Taro Greenfeld, Bill Manning, Alexander Vreeland, Sydney Tanigawa, Sophia Jimenez, Steve Sittenrich, Phil Zaleski, Ralph White, Chris Bamford, Richard Ryan, Richard Smoley, Oliver Ray, Bokara Legendre, Michael Baldwin, Elise Wiarda, Dave Stang, Gary Lachman, Mitch Horowitz, Godfrey Cheshire, Rene Goodale, Robin y Stuart Ray, Christie Robb y, en especial, a mi esposa, Colleen, y a mis hijastras, Evie, Lulu y Mara.

PTOLEMY TOMPKINS

Apéndice

LAS RESPUESTAS ESTÁN EN CADA UNO

El conocedor del misterio de sonido conoce el misterio de todo el universo.

HAZRAT INAYAT KHAN (1882-1927)

¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

A raíz de mi travesía, aprendí que un verdadero buscador debe entrar profundamente a su propia conciencia para acercarse más a la posibilidad de darse cuenta de la verdad sobre nuestra existencia. Simplemente leer y escuchar acerca de las experiencias e ideas de otras personas no es suficiente. Como hemos visto, el dogma científico y religioso no siempre es correcto, por lo que es importante desarrollar un alto nivel de confianza en nuestro propio sistema interno de orientación, más que seguir ciegamente a los supuestos expertos.

No es necesario atravesar una experiencia cercana a la muerte u otro tipo de evento externo que proporcione este conocimiento; puede cultivarse intencionalmente. Quienes han meditado durante un tiempo prolongado y los místicos lo demuestran desde hace miles de años. Me llevó unos cuantos años entenderlo tras salir de mi estado de coma, pero finalmente me percaté de que tenía que desarrollar un patrón habitual de meditación para ampliar mi relación con el reino espiritual. Descubrí que podía volver a visitar algunos de los reinos suprafísicos más profundos de mi travesía en pleno estado de coma a través de meditaciones realizadas por sonido que eran, para mí, una forma de oración que me hacían sentirme centrado. Estas meditaciones me ayudaron no solo a volver a acceder a elementos de la travesía que realicé al estar en coma, sino también a alcanzar niveles profundos dentro de la conciencia. Así como un sonido había facilitado las transiciones en mi travesía en estado de coma hacia reinos más profundos y más ampliados, el sonido puede desempeñar un papel importante para todos nosotros, aquí y ahora.

En la época en que caí en estado de coma, en noviembre de 2008, había estado trabajando para la Fundación de Cirugía con Ultrasonido Focalizado durante más de un año. En ella, mi principal función era coordinar investigaciones médicas globales centradas en esta tecnología poderosa e innovadora, con la que había entrado por primera vez en contacto al trabajar en el proyecto de Formación de Imágenes por Resonancia Magnética Intraoperativa (iMRI, por sus siglas en inglés) en la Facultad de Medicina de Harvard a principios de la década de los noventa. Al desempeñar ese papel,

adquirí conocimientos sobre el amplio espectro de interacciones benéficas que el sonido podía tener con la materia. Concretamente pude comprobar cómo los efectos térmicos y mecánicos del ultrasonido —el sonido de una frecuencia superior a veinte mil ciclos por segundo, o hercios (Hz), el límite superior de la audición humana— podían ser guiados a través de la formación avanzada de imágenes por resonancia magnética (o MRI, por sus siglas en inglés) y revolucionar, de este modo, el mundo de la medicina a través de una serie de terapias. En realidad, el trabajo que desarrollé allí fue solo una aproximación a cómo puede influir el sonido en el mundo material.

Como saben los lectores de *La prueba del cielo*, la música, el sonido y la vibración fueron claves para acceder al espectro completo de reinos espirituales durante mi experiencia cercana a la muerte: desde la melodía giratoria de pura luz blanca que me rescató de la perspectiva del gusano y sirvió como portal hacia el valle de la entrada ultrarreal hacia los coros angelicales cuyos cantos e himnos fomentaron mi ascenso más allá de ese idílico valle celestial, a través de dimensiones más elevadas, hasta que finalmente llegué al Núcleo, más allá de todo espacio y tiempo. Fue en el Núcleo donde sentí el asombro estruendoso del Om, el sonido que asocié con ese ser infinitamente poderoso, conocedor y amoroso, esa deidad que va más allá de la posibilidad de nombrarla o describirla: Dios.

Una de las preguntas más comunes después de mis presentaciones es si recuerdo la música, especialmente la melodía giratoria. La respuesta es que he perdido el recuerdo de esos sonidos mágicos. No obstante, he trabajado con distintas personas en un intento por recuperarlos en este reino terrenal. Saskia Moore, que vive en Londres, encontró cierta correlación entre elementos que identifiqué de la música de mi ECM y música similar que ella ha identificado entre otras personas que han vivido este tipo de experiencias su proyecto «Sinfonía muerta».¹

Una experiencia extraordinaria con el sonido y la meditación surgió de una sesión que pasé con Alexandre Tannous, un etnomusicólogo e investigador del sonido que ha estudiado y practicado terapia del sonido. Lo conocí en una conferencia sobre morir y la muerte dentro del Foro de Bioética en Madison, Wisconsin. Cautivó a todo el público con su extraordinaria meditación con sonido para la cual se sirvió de gongs, carillones y cuencos tibetanos antiguos.

Unas cuantas semanas después, me reuní con él para celebrar una sesión privada en su estudio en la ciudad de Nueva York. Me proporcionó una asombrosa travesía del sonido que ofrecía una experiencia completamente ajena a este universo. Me impactó sobremanera la realidad del mundo al que entré a través de los sonidos que produjo: un mundo con leyes de física completamente distintas. Vi hierba mecida suavemente por el viento junto a un río y presencié la rotación de una galaxia cercana en los cielos nocturnos. Mi experiencia del tiempo cambió totalmente: me dio la sensación de que era

una travesía de muchas horas, pero en realidad solo duró una fracción de ese tiempo. Mi descripción puede evocar una experiencia de drogas alucinógenas, pero esta travesía extraordinaria fue el resultado de puro sonido.

Eso es porque *todo es una vibración*. Nuestros sistemas sensoriales, especialmente los ojos y los oídos, procesan información a través de las frecuencias de ondas que vibran, ya sean de radiación electromagnética (luz visible ante el ojo humano) u ondas de sonido en el aire que golpean el tímpano. De igual modo, el actual modelo neurocientífico de la función cerebral se basa en el hecho de que el procesamiento de la información es enteramente el resultado de vibraciones, de los patrones de disparo temporal-espacial de una red enormemente rica de neuronas en el cerebro humano. La neurociencia diría que todo lo que usted ha llegado a experimentar no es nada más que esas vibraciones electroquímicas en el cerebro: un *modelo* de la realidad, no la realidad en sí.

Antes de mi coma, yo sabía poco acerca de la importancia del sonido en ciertas tradiciones religiosas y de meditación. Desde entonces, he aprendido mucho acerca del significado del sonido *Om* en particular, especialmente dentro de la tradición hindú, donde es el sonido principal que se utiliza al entonar los mantras. *Om* ha sido descrito como la vibración primordial que permitió que surgiera la materia en nuestro mundo actual. Mi experiencia en el Núcleo me mostró que *Om*, efectivamente, está en el origen de toda la existencia.

Una gran parte de mi investigación actual, por consiguiente, se centra en el uso de sonido (música y otras manipulaciones de las diversas frecuencias de sonido) para producir estados trascendentales profundos de la conciencia. A través de esta investigación, he tratado de sacar «de la ecuación» a mi cerebro físico para neutralizar el procesamiento de información de mi neocorteza para liberar mi conciencia. Busco volver a experimentar la mejora de la conciencia que experimenté por primera vez debido a mi meningitis (y la consecuente destrucción neocortical) cuando seguí la luz blanca clara (la melodía giratoria) para pasar de la perspectiva del gusano hacia la brillante ultrarrealidad del Valle de la Entrada. Los coros angelicales que allí había proporcionaron otro portal que me guiaba a través de dimensiones más altas hasta el Núcleo. Supuse que podría utilizar el sonido para volver a visitar los reinos de la odisea por la que pasé al estar en un profundo estado de coma, y que podría hacerlo al sincronizar mis ondas cerebrales con frecuencias específicas.

En su forma más sencilla, esto conlleva el uso de tonos de frecuencia ligeramente distinta, presentados por medio de audífonos colocados en los dos oídos. Por ejemplo, presentar una señal de cien hercios a un oído y un tono de ciento cuatro al otro brinda la sensación de un sonido tembloroso de cuatro hercios, un «ritmo binaural», resultado de la diferencia entre los dos datos. Ese sonido «rítmico» no existe como tal fuera del cerebro, no es un «sonido» que otros puedan escuchar.

El circuito neuronal en el tronco encefálico inferior que genera el ritmo binaural es adyacente a un circuito primitivo que, en virtud de las ideas neurocientíficas modernas sobre la conciencia, es el mecanismo fundamental que marca el tiempo para unir muchos núcleos neuronales separados y formar la «unidad» de la percepción consciente. Mi teoría es que esto permite que la frecuencia del ritmo impulse o «guíe» la actividad eléctrica dominante en la neocorteza y, por tanto, que module su funcionamiento general.

Fue en ese contexto donde me encontré con Karen Newell en noviembre de 2011. Karen tenía un profundo conocimiento, una gran sabiduría y experiencia que en muchos niveles complementaban mi propia travesía. Ella y el ingeniero/compositor de audio Kevin Kossi, cofundadores de acústica sagrada, habían estado trabajando juntos durante casi un año para usar este tipo de frecuencias sincronizadas para lograr estados de conciencia alterados con regularidad. Llegué a darme cuenta de que sus técnicas podrían tener un tremendo potencial para ayudarme a alcanzar esos extraordinarios reinos espirituales que quería volver a visitar. Tras escuchar sus grabaciones por primera vez, me sorprendió su poder para liberar mi conciencia de las limitaciones de mi cerebro. Parte de su técnica consiste en retomar frecuencias y armonías que se encuentran en el mundo natural. También se inspiran en la acústica de estructuras sagradas antiguas.

Nuestros antepasados eran conscientes de que podía utilizarse el sonido como herramienta para acceder a los reinos espirituales. El grupo de Investigación de Anomalías de Ingeniería de Princeton (PEAR, por sus siglas en inglés), creado en 1979, dedicó varias décadas a estudiar el papel de la conciencia en la realidad física, y desarrollaron investigaciones sobre arqueoacústica (el estudio de las propiedades acústicas de antiguos sitios para rituales). Un estudio de PEAR² en Gran Bretaña consistió en medir la resonancia acústica en antiguas estructuras hechas por el hombre. A pesar de los muchos y muy distintos tamaños y formas de varios recintos, se encontró que muchos resonaban dentro de un rango de frecuencia similar comprendido entre noventa y cinco y ciento veinte hercios. Este rango es similar al que se encuentra en el rango vocal del varón humano. Algunos han especulado que estos fueron escenarios donde los humanos cantaron y que se sirvieron de la resonancia para acceder a estados de conciencia no locales.

De acuerdo con las investigaciones sobre acústica realizadas en la Gran Pirámide de Giza en Egipto, los constructores intencionalmente incluyeron características que creaban resonancia en los rangos frecuencia más bajos (de uno a ocho hercios) asociados con los estados de meditación trascendental y de sueño. Los visitantes modernos que pasan tiempo dentro de la Cámara del Rey de la Gran Pirámide relatan experiencias místicas generadas a partir del canto y otros sonidos. Muchas de las magníficas catedrales medievales de alrededor del mundo también son conocidas por sus cualidades acústicas, que permiten que la música del órgano y los himnos del coro resuenen con la estructura del edificio y proporcionan una experiencia espiritual edificante a los participantes. Esto es muy evidente en la catedral de Nuestra Señora de Chartres en Francia. Al igual que la

Gran Pirámide, Chartres fue construida para dar realce a armonías específicas. En este sentido, los cantos gregorianos son particularmente poderosos en ese lugar; su propósito era ayudar a quienes escucharan y también a los vocalistas a conectarse de manera más personal con el Divino.

Como neurocirujano, hace décadas que ya sabía que solo una fracción minúscula de la neocorteza en realidad se dedica a generar y entender el habla y producir los propios pensamientos conscientes de la persona. Desde principios de la década de los ochenta, los experimentos de Benjamin Libet y otros neurólogos revelaron que la pequeña voz dentro de nuestra cabeza, el «cerebro lingüístico», ni siquiera es el encargado de tomar decisiones dentro de nuestra conciencia. Este cerebro lingüístico, fuertemente ligado con el ego y los conceptos respecto a uno mismo, es solo un espectador: es informado de las decisiones conscientes de cien a ciento cincuenta milisegundos después de que tales decisiones han sido tomadas. El origen de esas elecciones es un misterio mucho más profundo. El doctor Wilder Penfield, uno de los neurocirujanos más reconocidos del siglo XX, declaró en su libro *El misterio de la mente* (1975) que la conciencia no es *creada* por el cerebro físico. Tras décadas de trabajo dedicadas a estimular eléctricamente los cerebros de pacientes despiertos, sabía que a lo que nos referimos como libre albedrío, conciencia o mente parece tener influencia sobre el cerebro físico «desde afuera», y *no* es creado por él.

La verdadera profundidad de la conciencia accesible solo me quedó clara después de mi estado de coma, y esa profundidad se ha vuelto mucho más evidente para mí desde que empecé a trabajar con acústica sagrada. Estas meditaciones realizadas por el sonido me han ayudado a apagar esa pequeña voz dentro de mi cabeza y ese constante flujo de pensamientos (el cual *no* es nuestra conciencia), y a conectarme con el *observador* interno de esos pensamientos, algo que acerca más mi conciencia a mi propio ser auténtico. Al deshabilitar temporalmente el parloteo del cerebro lingüístico (el ego/el yo), tan asociado con el miedo y la ansiedad, y cultivar nuestro conocimiento por medio de la meditación, empezamos a acceder a la verdadera naturaleza de la conciencia, y de la existencia.

Al igual que los reportes de ECM, que difieren, cada individuo experimentará este conocimiento de una forma distinta. A través de mis meditaciones, he tenido bastante éxito al regresar a esos reinos que encontré por primera vez al estar en un profundo estado de coma. También he podido percibir y comunicarme con el alma de mi padre, algo tan claramente ausente durante mi experiencia cercana a la muerte. Otros han reportado mejora de concentración, asombrosas inspiraciones creativas, la recuperación de recuerdos perdidos de la niñez, conocimiento, orientación e intuición ampliados. Algunos incluso se han conectado directamente con reinos no físicos y con la unidad de la conciencia universal que inspira asombro. Cada una de nuestras travesías es única, las

posibilidades son ilimitadas. El regalo del conocimiento nos proporciona el potencial para explorar por nuestra cuenta la verdadera naturaleza de la conciencia y nuestra conexión personal con todo lo que existe.

A medida que cada uno de nosotros se despierta ante el hecho de que nuestro conocimiento individual es parte de una conciencia universal mucho más grande, la humanidad entrará en la fase más grandiosa de toda la historia que se ha registrado, durante la cual obtendremos una comprensión más profunda de la naturaleza fundamental de toda la existencia. Esto llevará consigo la consolidación de la sabiduría de milenios, una fusión de la ciencia y la espiritualidad, y una convergencia de los más grandes conceptos respecto a la naturaleza de nuestra existencia. Las respuestas residen dentro de todos nosotros.

¿Estás listo?

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Eben, *La prueba del cielo. El viaje de un neurocirujano a la vida después de la muerte*, Simon & Schuster, Nueva York, 2012.
- Alexander, Eben, y Karen Newell, *En busca del cielo. Travesías de sonido hacia más allá*, Audiolibros Simon & Schuster, Nueva York, 2013.
- Anderson, William, *Dante el hacedor*, Hutchison, Londres, 1983.
- , *El rostro de la gloria. Creatividad, conciencia y civilización*, Plaza de Trafalgar, Londres, 1996.
- Arkle, William, *Una geografía de la conciencia*, Neville Spearman, Londres, 1974.¹
- Bache, Christopher, *Noche oscura, amanecer temprano: pasos para una profunda ecología de la mente*, Editorial de la Universidad Estatal de Nueva York, Albany, 2000.
- Baker, Mark C. y Stewart Goetz (eds.), *La hipótesis del alma. Investigaciones sobre la existencia del alma*, Continuum International, Londres, 2011.
- Blackhirst, Rodney, *Alquimia primordial y religión moderna. Ensayos sobre la cosmología tradicional*, Sophia Perennis, California, 2008.²
- Bucke, Maurice, *Conciencia cósmica. Un estudio sobre la evolución de la mente humana*, Dutton, Nueva York, 1956.
- Chalmers, David J., *La mente consciente. En busca de una teoría fundamental*, Editorial de la Universidad de Oxford, Oxford, 1996.
- Corbin, Henry, *El hombre de luz en el sufismo iraní*, traducido por Nancy Pearson, Omega Publications, Colorado, 1994.
- , *Cuerpo espiritual y tierra celeste*, traducido por Nancy Pearson, Editorial de la Universidad de Princeton, Princeton, 1989.
- , *A solas con lo solo. La imaginación creativa en el sufismo de Ibn 'Arabi*, traducido por Ralph Manheim, Editorial de la Universidad de Princeton, Princeton, 1989.
- Crookall, Robert, *La aventura suprema. Análisis de comunicación psíquica*, James Clarke, Londres, 1961.
- Dalái Lama, *La mente despierta. Cultivar la sabiduría en la vida cotidiana*, Harmony Books, Nueva York, 2012.
- , *El universo en un solo átomo. La convergencia de la ciencia y la espiritualidad*, Broadway Books, Nueva York, 2005.
- De Chardin, Teilhard. *Cristianismo y evolución. Reflexiones sobre la ciencia y la religión*, traducido por René Hague, Harcourt Brace Jovanovich, California, 1971.

- , *El corazón de la materia*, traducido por René Hague, Harcourt Brace Jovanovich, California, 1978.
- Delbruck, Max. *La mente a partir de la materia. Un ensayo sobre epistemología evolutiva*, Blackwell Scientific Publications, California, 1986.
- Devereux, Paul, *Bandas sonoras de la Edad de Piedra. La arqueología acústica de sitios antiguos*, Vega, Londres, 2002.
- Dossey, Larry, *Una mente. Cómo es que nuestra mente individual es parte de una conciencia más grande y por qué es importante*, Hay House, California, 2013.³
- , *El poder de las premoniciones. Cómo es que conocer el futuro puede darle forma a nuestras vidas*, Dutton, Nueva York, 2009.
- Elder, Paul, *Ojos de un ángel. Viajes del alma, guías espirituales, almas gemelas y la realidad del amor*, Hampton Roads, Virginia, 2005.
- Elkington, David, y Paul Howard Ellison, *En el nombre de los dioses. El misterio de la resonancia y el Mesías prehistórico*, Green Man Press, Reino Unido, 2001.
- Findlay, J.N., *La trascendencia de la cueva*, George Allen & Unwin, Londres, 1967.
- Fontana, David, *¿Hay una vida después de la muerte? Una visión de conjunto abarcadora de la evidencia*, IFF Books, Reino Unido, 2005.
- , *La vida más allá de la muerte. ¿Qué debemos esperar?*, Watkins, Londres, 2009.⁴
- Fox, Mark, *Religión, espiritualidad y la experiencia cercana a la muerte*, Routledge, Nueva York, 2002.
- , *Encuentros espirituales con fenómenos inusuales de luz. Formas de luz*, Editorial de la Universidad de Gales, Cardiff, 2008.
- Godwin, Joscelyn, *El hilo dorado. La sabiduría atemporal de las tradiciones occidentales del misterio*, Quest Books, Illinois, 2007.
- Groll, Ursula, *Swedenborg y el nuevo paradigma de la ciencia*, traducido por Nicholas Goodrick-Clarke, Swedenborg Foundation Publishers, Pensilvania, 2000.
- Grosso, Michael, *La decisión final. Jugar el juego de la supervivencia*, New Hampshire, 1985.
- Guggenheim, Bill y Judy Guggenheim, *¡Hola desde el cielo!*, Bantam Books, Nueva York, 1995.
- Hale, Susan Elizabeth, *Espacio sagrado, sonido sagrado. Los misterios acústicos de los lugares santos*, Quest Books, Illinois, 2007.
- Happold, F. C., *Misticismo: Un estudio y una antología*, Penguin, Nueva York, 3.^a edición. 1990.⁵
- Hardy, Alister, *La naturaleza espiritual del hombre*, Clarendon Press, Nueva York, 1979.
- Head, Joseph y Cranston, S. L., *Reencarnación. El misterio del fuego del Fénix. Un diálogo oriente-occidente sobre la muerte y el renacimiento tomado de los mundos de la religión, la ciencia, la psicología, la filosofía, el arte y la literatura, y de los grandes pensadores del pasado y el presente*, Julian Press, Nueva York, 1977.

- Hogan, R. Craig, *Su ser eterno*, Greater Reality Publications, Illinois, 2008.
- Holden, Janice, Bruce Greyson y Debbie James, (eds.), *El manual de las experiencias cercanas a la muerte. Treinta años de investigación*, Praeger, California, 2009.
- Houshmand, Zara, Robert B. Livingston y B. Alan Wallace (eds.), *Mente y conciencia. Conversaciones con el Dalái Lama sobre la ciencia del cerebro y el budismo*, Snow Lion, Nueva York, 1999.
- Jahn, Robert G. y Brenda J. Dunne, *Al margen de la realidad. El papel de la conciencia en el mundo físico*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1987.
- Jung, C. G., *Recuerdos, sueños, pensamientos*, registrado y editado por Aniela Jaffé, Vintage, Nueva York, 1987.
- , *Sincronicidad. Un principio conector acausal*, Editorial de la Universidad de Princeton, Princeton, 2010.
- Kason, Yvonne y Teri Degler, *Una costa más lejana. Cómo las experiencias cercanas a la muerte y otras experiencias extraordinarias pueden transformar vidas ordinarias*. HarperCollins, Nueva York, 1994. (Editado nuevamente como *Costas más lejanas*, iUniverse, 2008).
- Kelly, Edward F., Emily Williams Kelly, Adam Crabtree, Alan Gauld, Michael Grosso y Bruce Greyson, *Mente irreducible. Rumbo a una psicología para el siglo XXI*, Rowman & Littlefield, Maryland, 2007.
- Knight, F. Jackson, *Elysion. Sobre las ideas griegas y romanas antiguas respecto a una vida después de la muerte*, Rider, Londres, 1970.⁶
- Kübler-Ross, Elisabeth, *Sobre la vida después de la muerte*, Ten Speed Press, California, 1991.
- Lachman, Gary, *Los cuidadores del cosmos. Vivir de manera responsable en un mundo sin terminar*, Floris Books, Londres, 2013.⁷
- LeShan, Lawrence, *Una nueva ciencia de lo paranormal. La promesa de la investigación psíquica*, Quest Books, Illinois, 2009.
- Libet, B., C. A. Gleason, E. W. Wright y D. K. Pearl, «Cantidad de tiempo que tarda la intención consciente en actuar con relación al comienzo de la actividad cerebral (preparación-potencial): La iniciación inconsciente de un acto libremente voluntario», *Brain*, 106, 1983, 623-642.
- Libet, Benjamin, *Tiempo de la mente. El factor temporal de la conciencia*, Editorial de la Universidad de Harvard, Cambridge, 2004.
- Lockwood, Michael, *La mente, el cerebro y el cuántum. El compuesto «yo»*, Basil Blackwell, Oxford, 1989.
- Lorimer, David, *¿Supervivencia? Cuerpo, mente y muerte bajo la luz de la experiencia psíquica*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1984.
- , *Entero al ser uno: la experiencia cercana a la muerte y la ética de la interconexión*, Arkana, Nueva York, 1991.

- MacGreggor, Geddes, *La reencarnación como esperanza cristiana*, Macmillan, Londres, 1982.
- McMoneagle, Joseph, *Travesía de la mente. Explorar la conciencia, el tiempo y el espacio a través de verlos de manera remota*, Hampton Roads, Virginia, 1993.
- Maxwell, Meg y Tschudin, Verena, *Ver lo invisible. Experiencias religiosas modernas y otras experiencias trascendentes*, Arkana, Londres, 1990.⁸
- Mayer, Elizabeth Lloyd, *Conocimiento extraordinario: ciencia, escepticismo y los poderes inexplicables de la mente humana*, Bantam, Nueva York, 2007.
- , *Secretos de la visión remota. Un manual*, Hampton Roads, Virginia, 2000.
- Medhananda, *Con Medhananda sobre las costas del infinito*, Sri Mira Trust, India, 1998.
- Monroe, Robert A., *Travesías lejanas*, Doubleday, Nueva York, 1985.
- , *Travesías fuera del cuerpo*, Doubleday, Nueva York, 1971.
- , *La máxima travesía*, Doubleday, Nueva York, 1994.
- Moody, Raymond A. Jr., *Vida después de la vida: La investigación de un fenómeno. La supervivencia de la muerte corporal*, Harper-Collins, Nueva York, 2001.
- Moody, Raymond, Jr., y Paul Perry, *Vistazos de la eternidad. Compartir el avance de un ser amado de esta vida hacia la siguiente*, Guideposts, Nueva York, 2010.
- Moorjani, Anita, *Morir para ser yo. Mi viaje a través del cáncer y la muerte hasta el despertar y la verdadera curación*, Gaia, 3013.
- Murphy, Michael, *El futuro del cuerpo. Exploraciones sobre la evolución más extensa de la naturaleza humana*, Tarcher, Nueva York, 1993.⁹
- Nicolaus, Georg, C. G. Jung y Nikolai Berdyaev, *La individuación y la persona*, Routledge, Nueva York, 2011.¹⁰
- Pagels, Elaine. *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás*, Random House, Nueva York, 2003
- , *Los evangelios gnósticos*, Vintage Books, Nueva York, 1979.
- Penfield, Wilder, *El misterio de la mente. Un estudio crítico de la conciencia y el cerebro humano*, Editorial de la Universidad de Princeton, Princeton, 1975.
- Penrose, Roger, *Ciclos del tiempo: una extraordinaria nueva visión del universo*, Knopf, Nueva York, 2010.
- , *La nueva mente del emperador*, Editorial de la Universidad de Oxford, Oxford, 1989.
- , *El camino a la realidad: una guía completa de las leyes del universo*, Vintage Books, Nueva York, 2007.
- , *Las sombras de la mente*, Editorial de la Universidad de Oxford, Oxford, 1994.
- Penrose, Roger, Malcolm Longair, Abner Shimony, Nancy Cartwright y Stephen Hawking, *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*, Editorial de la Universidad de Cambridge, Cambridge, 1997.

- Puryear, Herbert Bruce, *Por qué Jesús enseñó sobre reencarnación. Un evangelio de mejores noticias*, New Paradigm Press, Arizona, 1992.
- Radin, Dean, *El universo consciente. La verdad científica de los fenómenos psíquicos*, HarperCollins, Nueva York, 1997.
- , *Mentes enredadas. Experiencias extrasensoriales en una realidad cuántica*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006.
- , *Supernormal. Ciencia, yoga y la evidencia de habilidades psíquicas extraordinarias*, Random House, Nueva York, 2013.
- Raine, Kathleen, *W. B. Yeats y el aprendizaje de la imaginación*, Dallas Institute Publications, Dallas, 1999.
- Ramakrishna, Sri, *El evangelio de Sri Ramakrishna*, traducido por Swami Nikhilananda, Ramakrishna-Vivekananda Center, Nueva York, 1980.
- Ring, Kenneth y Sharon Cooper, *Visión de la mente. Experiencias cercanas a la muerte y fuera del cuerpo en personas ciegas*, Centro William James para Estudios de la Conciencia en el Instituto de Psicología Transpersonal, California, 1999.
- Ring, Kenneth y Evelyn Elsaesser Valarino, *Lecciones de la luz. Lo que podemos aprender de la experiencia cercana a la muerte*, Insight Books, Nueva York, 1998.
- Robinson, Edward, *La visión original. Un estudio de la experiencia religiosa de la niñez*, Seabury Press, Nueva York, 1983.¹¹
- Rosenblum, Bruce y Fred Kuttner, *El enigma cuántico. Encuentros entre la física y la conciencia*, Editorial de la Universidad de Oxford, Nueva York, 2006.
- Russell, Peter, *De la ciencia hasta Dios. La travesía de un físico hacia el misterio de la conciencia*, New World Library, San Francisco, 2004.
- Schrödinger, Erwin, *¿Qué es la vida? Con mente y materia y escenas autobiográficas* (Canto Classics), Editorial de la Universidad de Cambridge, Cambridge, 1992.
- Schwartz, Stephan A., *Apertura hacia el infinito. El arte y la ciencia de la conciencia no local*, Nemoseen Media, Texas, 2007.
- Sheldrake, Rupert, *La liberación de la ciencia: 10 caminos para nuevos descubrimientos*, Deepak Chopra Books, Nueva York, 2012.
- Singer, Thomas, *El asunto de la visión: mito, política y psique en el Nuevo Mundo*, Routledge, Nueva York, 2000.
- Smith, Huston, *Como están las cosas. Conversaciones con Huston Smith sobre la vida espiritual*, editado por Phil Cousineau, Editorial de la Universidad de California, Los Ángeles, 2003.
- Smoley, Richard, *El juego de los dados de Shiva. Cómo es que la conciencia crea el universo*, New World Library, San Francisco, 2009.
- , *Sabiduría oculta: Una guía sobre las tradiciones occidentales internas* (con Jay Kinney), Quest Books, Illinois, 2006.
- , *Cristianismo interno: Una guía sobre la tradición esotérica*, Shambhala, Boston, 2002.¹²

- Stevenson, Ian, *Niños que recuerdan vidas pasadas. Una cuestión de reencarnación*. Rev. ed. Jefferson, McFarland, NC, 2001.
- Sudman, Natalie, *Aplicación de lo imposible. Una experiencia cercana a la muerte*, Ozark Mountain, Arkansas, 2012.¹³
- Sussman, Janet Iris, *La realidad del tiempo*, Time Portal, Iowa, 2005.
- , *Desplazamiento del tiempo. La experiencia del cambio dimensional*, Time Portal, Iowa, 1996.
- Talbot, Michael, *El universo holográfico*, Harper-Collins, Nueva York, 1991.
- Tarnas, Richard, *Cosmos y psique. Indicios de una nueva visión del mundo*, Plume, Nueva York, 2007.
- , *La pasión de la mente occidental. Entender las ideas que han dado forma a nuestra visión del mundo*, Ballantine Books, Nueva York, 1993.
- Tart, Charles T., *El fin del materialismo. Cómo es que la evidencia de lo paranormal está reuniendo a la ciencia y el espíritu*, New Harbinger, California, 2009.
- Taylor, Jill Bolte, *Un ataque de lucidez. La travesía personal de una neuroanatomista*, Penguin, Nueva York, 2006.
- TenDam, Hans, *Explorar la reencarnación*, traducido por A. E. J. Wils, Arkana, Londres, 1990.
- Tompkins, Ptolemy, *El libro moderno de los muertos: una perspectiva revolucionaria sobre la muerte, el alma y lo que realmente ocurre en la vida que viene*, Atria Books, Nueva York, 2012.
- Traherne, Thomas, *Prosa y poemas seleccionados*, Penguin Classics, Nueva York 1992.
- Tucker, J. B., *Vida antes de la vida. Los niños que recuerdan vidas anteriores*, Océano, 2012.
- Uždavinys, Algis, *La cadena dorada. Una antología de filosofía pitagórica y platónica*, World Wisdom Books, Indiana, 2004.
- Van Dusen, Wilson, *La presencia de otros mundos. Los hallazgos psicológicos y espirituales de Emanuel Swedenborg*, Chrysalis Books, Nueva York, 2004.¹⁴
- Van Lommel, Pim, *Consciencia más allá de la vida: La ciencia de la experiencia cercana a la muerte*, HarperCollins, Nueva York, 2010.¹⁵
- Von Franz, Marie-Louise, *Sobre la muerte & los sueños*, Shambhala, Boston, 1987.
- , *Psique y materia*, Shambhala, Boston, 2001.
- Walker, Benjamin, *Más allá del cuerpo. El doble humano y los planos astrales*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1974.
- Weiss, Brian L., *Muchas vidas, muchos sabios*, Fireside, Nueva York, 1988.
- Whiteman J. H. M., *La vida mística. Un resumen de su naturaleza y sus enseñanzas a partir de la evidencia de la experiencia directa*, Faber & Faber, Londres, 1961.
- , *Antigua y nueva evidencia sobre el significado de la vida. La visión mística del mundo y la disputa interna*, Colin Smythe, Londres, 1968.

- Wigner, Eugene, «La eficacia poco razonable de las matemáticas en las ciencias naturales», *Comunicaciones en matemáticas puras y aplicadas*, 1960, 13, número 1.
- Wilber, Ken (ed.), *Cuestiones cuánticas*, Shambhala, Boston, 1984.
- Wilson, Colin, *Vida después de la muerte: una investigación*, Doubleday, Nueva York, 1987.
- Yeats, William Butler, *Obras recopiladas W. B. Yeats, Volumen III: Autobiografías*, Touchstone, Nueva York, 1999.
- Zukav, Gary, *La danza de los maestros de Wu Li*, William Morrow and Company, Inc., Nueva York, 1979.
- , *El lugar del alma*, Fireside Press, Nueva York, 1989.

NOTAS

1. Smith, *Como están las cosas*, 79.

2. Centro de Investigación sobre Experiencias Religiosas (RERC, por sus siglas en inglés), número de cuenta 000385, citado en Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 53.

1. *Charlas de sobremesa del fallecido Samuel Taylor Coleridge*, registro del 2 de julio de 1830 (1835).

2. De los «Himnos homéricos»: [http://www.sacred-texts-com/ cla/gpr/gpr07.htm](http://www.sacred-texts-com/cla/gpr/gpr07.htm)

1. Citado en Russell, *De la ciencia a Dios*.

2. Tarnas, «¿La psique está atravesando un rito de iniciación?», de Singer, *El asunto de la visión*, 262.

3. Jung, *Sincronicidad*, 31.

4. *Ibid.*

1. LeShan, *Una nueva ciencia de lo paranormal*, 81-82.

2. TCR 792, citado en Van Dusen, *La presencia de otros mundos*, 72.

3. De «El anhelo sagrado», de Johann Wolfgang von Goethe, traducido del alemán por Robert Bly.

4. Pascal, «El fragmento», citado en Happold, *Misticismo*, 39.

5. Fechner, *Religión de un científico: selecciones de Gustav Fechner*, editado y traducido por Walter Lowrie, 153, citado en Anderson, *El rostro de la gloria*, 156.

6. Groll, *Swedenborg y la ciencia del nuevo paradigma*, 78.

7. Citado en Corbin, *El hombre de luz en el sufismo iraní*, 60.

1. De *El evangelio de Sri Ramakrishna*.

2. Durkheim, *Formas elementales de vida religiosa*, citado en Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 8.

1. Citado en Bucke, *Conciencia cósmica*, 181-182.

2. Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 1.

3. Recuento 4405 de RERC, citado en Maxwell y Tschudin, *Ver lo invisible*.

4. Recuento 2389 de RERC, citado en Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 92.

5. Robinson, *La visión original*, 21.

6. *Ibid.*, 22.

7. Recuento 000651de RERC, citado en Robinson, *La visión original*, 27.

8. Recuento 000500 de RERC, citado en Robinson, *La visión original*, 28-29.

9. Robinson, *La visión original*, 29.

10. Esta es una de las razones por las que he estado trabajando tan duro, especialmente a través de mi trabajo con acústica sagrada, para desarrollar formas de ejercicio espiritual que cualquier persona de hoy en día, y tal vez los jóvenes principalmente, puedan hacer. Ver el Apéndice.

1. Medhananda, *Con Medhananda en las costas del infinito*, 34.

2. Recuento 983 de RERC, citado en Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 78.

3. Sudman, *Aplicación de lo imposible*, 111.

4. Yeats, *Obras recopiladas*, tomo III, 216-217.

5. De «Václación», de William Butler Yeats.

6. Recuento 165 de RERC, citado en Fox, *Encuentros espirituales con fenómenos inusuales de luz: Formas de luz*, 26.

1. Bache, *Noche oscura, amanecer temprano*, 41.

2. Recuento 975 de RERC, citado en Hardy, *La naturaleza espiritual del hombre*, 60.

3. Este relato de Chris Ebert apareció en *Esquire*, en diciembre de 2013.

4. Citado en Delbruck, *La mente a partir de la materia*, 167.

5. Corbin, *A solas con lo solo*, 354.

1. Para más información sobre el proyecto «Sinfonía muerta» de Moore, visite <http://saskiamoore.tumblr.com/deadsymphony>

2. <http://www.princeton.edu/~pear/pdfs/1995-acousticalresonances-ancient-structures.pdf>

1. Arkle actualmente es poco conocido, pero es un pensador extraordinario cuyas experiencias se traslapan de manera asombrosa con la mía.

2. Es sorprendente cuántos puntos de vista discrepantes existen respecto a lo que Platón realmente pensaba. Esta brillante colección de ensayos es una lectura esencial para cualquiera que se interese por lo que Platón significa hoy para nosotros.

-
-
3. Dossey resume las más recientes investigaciones sobre la conciencia y sus implicaciones para todos nosotros.

4. Fontana es uno de los autores favoritos para Ptolemy y para mí. Estos dos libros son clásicos.

5. Una encuesta fascinante sobre experiencias místicas de todo tipo y una de las favoritas de Ptolemy.

6. Un libro verdaderamente revolucionario escrito por un gran estudioso respecto a lo que los antiguos realmente pensaban sobre la muerte y a la vida en el más allá.

7. ¿Cómo integramos los descubrimientos que se están haciendo acerca del mundo espiritual a la forma de vivir en la tierra aquí y ahora? Lachman proporciona una valoración fascinante de las respuestas posibles.

8. Una excelente investigación de experiencias contemporáneas místicas/trascendentes, con un gran surtido de narraciones del Centro de Investigación sobre Experiencias Religiosas de Alister Hardy.

9. El libro de Murphy no ha sido superado como catálogo de posibilidades humanas y es un verdadero tesoro por su información.

10. Un libro brillante sobre Jung y otras grandes mentes visionarias del siglo XX.

11. Una hermosa exploración de las experiencias espirituales en niños que utiliza mucho del material de Hardy que se trata en este libro.

12. Smoley es un guía esencial en cuanto a las tradiciones antiguas y muestra cómo un mayor entendimiento de esas tradiciones puede volver más significativas nuestras vidas actuales.

13. Una de las experiencias más asombrosas y significativas jamás relatadas.

14. Un libro extremadamente cómodo de leer acerca de los escritos frecuentemente densos y complejos de Swedenborg y las implicaciones de su vida y su trabajo.

15. Otro clásico moderno.

El mapa del cielo

Eben Alexander

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Map of Heaven*

Publicado en inglés por Simon & Schuster

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial del Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © CoolKengzz/Shutterstock

© Eben Alexander LLC, 2014

© de la traducción, Sandra Rodríguez, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13997-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria	4
Introducción	5
1. El regalo del conocimiento	20
2. El regalo del significado	28
3. El regalo de la visión	41
4. El regalo de la fuerza	51
5. El regalo de pertenecer	56
6. El regalo de la alegría	68
7. El regalo de la esperanza	78
Agradecimientos	91
Apéndice. Las respuestas están en cada uno	93
Bibliografía	99
Notas	106
Créditos	161